



4 PESETAS

**OBRAS DE EÇA
DE QUEIROZ
SAN ONO-
FRE**

**TRADUCCION Y PRO-
LOGO DE ANDRES
GONZALEZ-BLANCO
BIBLIOTECA NUEVA**

12

2009

12

260099

SAN ONOFRE

R 4455900



OBRAS DE
EÇA DE
QUEIROZ

S AN
ONO

FRE

TRADUCCION DE
A. GONZALEZ-BLANCO

BIBLIOTECA NUEVA
M A D R I D



Sociedades de Rivadeneyra (S. A.) Paseo de San Vicente, 20.—Madrid.

EÇA DE QUEIROZ

(BREVE BOSQUEJO BIOGRÁFICO-CRÍTICO)

LA VIDA PRELITERARIA.—AÑOS DE INFANCIA Y DE FORMACIÓN INTELECTUAL

I

PATRIA DE EÇA DE QUEIROZ

Si no siete ciudades, como al ciego Homero, se disputan a Eça de Queiroz dos pequeñas villas portuguesas. Seamos ecuánimes y no nos dejemos arrastrar del hiperbolismo meridional: ni Eça es Homero ni la porfía puede revestir tales caracteres de oscuridad y lejanía que sea indescifrable en este caso quién tenga la razón y a cuál corresponda la gloria de ser cuna de tan gran novelista.

Lo cierto es que en el año de 1906, cuando en los periódicos portugueses se publicó la noticia del homenaje que un pueblo de Portugal, Povoa de Varzim (pequeña villa costera del Norte, de la provincia del Minho y del distrito de Braga),

E Ç A D E Q U E I R O Z

se aprestaba a rendir a Eça de Queiroz—el gran novelista creador de *A RELIQUIA Y OS MAIAS*—, el pueblo rival y cercano, que baña el río Leste, Villa do Conde, hizo publicar comunicados en esos mismos periódicos alegando sus derechos a proclamarse patria del gran novelista lusitano. En un predio situado en una de las plazas públicas de Povoá de Varzim iba ya a colocarse la lápida; quedó suspendida la colocación mientras se aclaraba este extremo. Los de Villa do Conde exhibían un testimonio al parecer concluyente: la fe de bautismo, registrada en la *Matriz Collegiada* (nosotros diríamos Iglesia Parroquial) de dicha villa, donde constaba que en 1.º de Diciembre de 1845 había sido bautizado allí un niño a quien se dió el nombre de José María, hijo de Don José María de Almeida Teixeira de Queiroz y de Doña Carolina Eça de Queiroz, que le fué impuesto el Santo Sacramento del Bautismo por el Reverendo Padre Antonio de Silva Coelho, a quien había dado jurisdicción el Arcipreste del distrito, Domingos da Soledade Sillos, siendo padrino del neófito la imagen venerada bajo la advocación de “o Senhor dos Afflictos” y madrina Doña Joaquina Leal de Barros, casada con Antonio Fernandes do Carmo.

El testimonio parecía irrecusable; es habitual que cada niño sea bautizado en la localidad donde nace, por no exponer a criaturas de pocos días a los riesgos y molestias de un viaje; y la verdad

S A N O N O F R E

es que aún hoy se me resiste prestar certidumbre a ese traslado inusitado de una criatura, de una *creancinha* de cinco días, desde Povia de Varzim a Villa do Conde, por más que sea muy corta (como me aseguran y como de los mapas se deduce) la distancia que media entre esas dos villas.

Verdad es que, entre los testimonios que se aducen para certificar el nacimiento en Povia de Varzim, está el muy rotundo y definitivo de la madre del novelista, en carta de 6 de Noviembre de 1906, en la cual testifica haber nacido su hijo en Povia de Varzim. Añádase a esto el testimonio del padre, que alega que nació en una casa (no recuerda cuál) de Povia, donde ese año de 1845 moraba un su pariente, Francisco Augusto Soro-menho.

Cierto es también que a esto se añaden, al parecer con carácter de definitivas, las alegaciones del Doctor Mendes dos Remedios, autor de una *Historia da litteratura portuguesa* y Director de la Biblioteca de la Universidad de Coimbra, que, en carta a un biógrafo de Eça, hace referencia y da traslado de varias certificaciones de examen, en todas las cuales consta el mismo lugar de natalicio. Lo cual hace al Dr. Mendes dos Remedios concluir apodíctico: *E em todos, Povia de Varzim, for ever!...*

Si la confusión entre las dos villas solo fuese aclarada con testimonios por el estilo, aun seguiría

en pie. Dada la creencia del propio novelista en su nacimiento en Pova de Varzim, es evidente y notorio que en cualquier acto de su vida civil, así, pues, en uno de ellos, al presentarse en la Universidad a matricularse como alumno, declararía dicho pueblo como su patria, y ya sabe el Doctor Mendes dos Remedios que en las Secretarías de las Universidades se anota y registra el lugar del nacimiento, así como la edad y demás circunstancias, bajo la fe del testimonio personal del interesado y en la forma que él las declara y manifiesta, sin ulteriores confrontaciones ni averiguaciones.

Otro testimonio que se alega es el de Ramalho Ortigão, íntimo amigo del novelista; testimonio que no es de peso, pues operada la confusión en los primeros años, ella había de persistir y transmitirse así a Ramalho Ortigão, que conoció a Eça ya hombre, ya formado, y que no había de entrar en averiguaciones de natalicio, que no suele ser tema de conversación entre gentes de letras.

Realmente queda el ánimo suspenso y hesitante entre las dos hipótesis. Los críticos y biógrafos de Eça no le sacan a uno de la confusión del lugar de nacimiento. Mientras unos, como Mendes dos Remedios, dan por evidente el nacimiento en Pova, otros tan esclarecidos y serenos de juicio como Fidelino de Figueiredo afirma rotundamente y magistralmente, sin aducir pruebas, pero con la autoridad que le dan su conocimiento profundo

de la literatura portuguesa y sus aficiones de bibliófilo-archivero, que Eça de Queiroz nació en Villa do Conde e não na Povoá de Varzim, como por um melindre familiar fez crêr (1).

Otros, en cambio, como Antonio Cabral, dedícanse a entonar loas al pueblecito y consideraciones hiperbólicas, equiparando esta disputa a la porfía célebre sobre la patria de Homero, con esa condenada exageración meridional que yo llamaría *peninsularismo*. (No quiero llamarla *portuguesismo*, porque no acostumbro a mentir a sabiendas, y observó en el lado oriental de la Península, en España, absolutamente la misma propensión al abultamiento y tumefacción de la realidad, que acaso es también común al Norte de Italia y al Mediodía de Francia, pues ya Daudet explicaba este fenómeno de espejismo, que hace ver la realidad deformada, por el sol del mediodía, en su obra maestra *Tartarín de Tarascón*.)

Realmente tan portugués y portugués del Norte es Eça de Queiroz habiendo nacido en una villa como en otra, pero verdaderamente es aplastante el testimonio de la fe de bautismo que consta en la parroquial de este pueblo de Villa do Conde; y es anómalo suponerle bautizado a los seis días fuera de la parroquia natal. Pero aceptemos los otros *referenda* como concluyentes y supongamos que

(1) *Historia da litteratura realista* (1871-1900); cap. IV, pág. 117. (Lisboa, 1914).

E Ç A D E Q U E I R O Z

José María d'Eça de Queiroz nació en Povoia de Varzim, en una casa de la Praça de Almada a 25 de Noviembre de 1895.

Para esta hipótesis tenemos también la exclamación de Eça, que en su *briga* o polémica famosa con Pinheiro Chagas, a propósito de Brasil y de Portugal, dice en un raptó de irónica humildad: "*Você é um poeta, um orador, um luctador; eu sou apenas um pobre homem de Povoia de Varzim* (1)." La exclamación parece resolver definitivamente el pleito; sin embargo, no nos fíemos demasiado de exclamaciones literarias para corroborar datos reales; y más en Eça, que era tan gran prosista, que fué capaz de sacrificar la exactitud histórica a la musicalidad de un párrafo. ¡Y si le sonaba mejor Povoia de Varzim que Villa do Conde!...

Luis de Magalhaes, que le conoció muy a fondo, que vigiló y corrigió esclarecidamente la publicación de sus obras póstumas, a partir de *A Cidade e as Serras*, cuyas pruebas fueron por él corregidas en 1911, nos dice que *dada a contigüidade das duas povoacões, o facto não admira*, aludiendo al hecho de haber sido bautizado en Villa do Conde, a pesar de ser nacido en Povoia de Varzim. Yo no sé en qué puede fundamentarse el ilustre

(1) Véase NOTAS CONTEMPORÁNEAS, pág. 83; 2.^a edição; Porto, 1913.—Este ensayo *Brasil y Portugal* ha sido traducido por mí en el volumen titulado: EL SEÑOR DIABLO. (*Biblioteca Nueva*; Madrid, 1918).

ex ministro del último Gabinete provisional monárquico de Porto, en 1919, el culto y artista creador de *O Brasileiro Soares*, que Eça prologó con tanto *amore*, para hacer esta afirmación; a mí sí me asombra el hecho.

De todos modos, en Villa do Conde fué criado y educado, esto es evidente. Allí vivió hasta los seis años (edad en que regresó a casa de sus padres) siendo amamantado y cuidado por la costurera Ana Joaquina Leal de Barros, esposa del sastre (*alfaiate*, aún se dice en portugués como en el antiguo castellano) y luego oficial de diligencias, Antonio Fernandes do Carmo. ¿No es este quizá el tipo del señor Mathías que él evoca y dibuja en dos rasgos magistrales en las primeras páginas de *A RELIQUIA*; aquel señor Mathías que lleva a Raposo, siendo niño, a casa de su tía Doña Patrocínio; aquel señor Mathías que nos aparece *com a sua pitada suspensa*?

En casa de estas honradas gentes del pueblo fué criado el que luego había de ser tan *janota*, elegante y dado a la aristocracia; el que más tarde sería gloria de la literatura portuguesa y de la novela universal. En sus primeros contactos con el mundo exterior, pudo conocer el pueblo portugués, el buen *povo* tan humilde y cristiano...

Su padre, entre tanto, desempeñaba el cargo de Delegado del Procurador Regio en Ponte do Lima, donde había tomado posesión de su puesto (según consta en la *Gazeta dos Tribunaes*) en 16

E Ç A D E Q U E I R O Z

de Marzo de 1857. La herencia paterna predisponía a Eça hacia las letras y hacia la toga. Aunque muy entregado y absorto en pleno en la carrera judicial, el padre de José María, en Coimbra, junto con Teixeira de Vasconcellos y José Freire de Serpa, redactó la *Crónica Literaria de la Academia dramática*; y compuso versos sonoros, de los cuales había quedado en la memoria de la generación un poema titulado *O Castello do Lago*: “de extenso folego walterscotteano”, según dice Castello Branco.

II

EDUCACIÓN Y ESTUDIOS UNIVERSITARIOS DE EÇA DE QUEIROZ

En la vieja Coimbra, *alma máter* portuguesa, en la Coimbra casi encantada y fantástica, como la había él de llamar más tarde, que ha visto tantas generaciones de estudiantes desfilar por sus calles vetustas, fué a estudiar Eça de Queiroz desde Octubre de 1861, cuando iba a cumplir diez y seis años. Después de abandonar Villa do Conde, donde había sido cuidado y educado con amor por aquella buena familia de menestrales, fué a vivir a Porto, donde residía su padre, nombrado juez del segundo distrito criminal en 17 de Mayo

de 1856. Allí aprobó su examen de instrucción primaria, en 17 de Julio de 1858, y estudió después en un colegio el preparatorio de la facultad, haciendo luego en Coimbra los correspondientes exámenes.

Parece que no fué Eça de Queiroz un estudiante muy aplicado, y que una vez más pudo aplicarse a un futuro genio literario la *boutade* de Teófilo Gautier en el prefacio de *Les Fleurs du mal*. El mismo Eça nos dice en su delicioso artículo O FRANCEZISMO (1) que rara vez abrió un libro de Jurisprudencia, *a não ser em vesperas de acto, e com infinita repugnancia, a Novissima Reforma judiciaria*. Estudió jurisprudencia porque el padre le forzaría a ello, por seguir la familiar tradición.

Cuando la generación de Eça de Queiroz había entrado en las aulas de Coimbra, esta Universidad se resentía aún de la agitación política de 1847, en que la nación se insurreccionó contra las absolutistas preponderancias de Doña María II—la famosa reina que definía así al portugués: *O portuguez é como o limão acedo, quanto mais se exprime, mais jugo deita...*—llegando la Junta revolucionaria, allí presidida por el Marqués de Loulé, a establecer una regencia, declarar destituida a la reina y hasta amenazarla con la suerte

(1) Véanse ÚLTIMAS PÁGINAS; Porto, 1911.—Ha sido traducido por mí en el volumen LA DECADENCIA DE LA RISA Y OTROS ENSAYOS. (*Biblioteca Nueva*); Madrid, 1918.

de Luis XVI; por su parte, la reina, no comprendiendo nada de la reclamación nacional, llamó sobre Portugal la intervención armada de España, Inglaterra y Francia, que la sustentó en el trono. Así quedó virtualmente rota la solidaridad entre la nación y el trono y muerto moralmente este pueblo, que nunca más reaccionó contra los sofismas y las especulaciones del constitucionalismo; la inteligencia portuguesa atrofióse en una profunda esterilidad, como lo presintiera Quinet en su protesta histórica.

Al llegar la generación de Eça a la vieja *alma máter* coimbricense, ya el fuego de estos hervores inquietos se iba extinguiendo, pero palpitaba aún el rescoldo rebelde atizado por la inquieta y revoltosa estudiantería, a la que quedaba mezclada un resto de influencia sentimental de João de Deus, a quien ya alcanzó Eça salido de las aulas.

João de Deus, con el balbuceo de su poesía popular, influenciada de modismos del pueblo y en los fados inspirada, había deleitado a dos generaciones de estudiantes. Ya terminada su *formatura* (como allá dicen) o licenciatura en Derecho, aún permaneció allí João de Deus hasta 1862 (1) después de haber salido de Coimbra las generaciones académicas que le habían adorado; en 1860 publicó una poesía en *Atheneu* (núm. IV, pági-

(1) Vid. el estudio de Teófilo Braga sobre João de Deus en *Revista de Portugal*; Febrero, 1892

na 124), y en 1861 una traducción de la pequeña oda de Víctor Hugo: *Puisque ici bas toute âme* con el título *A ti*, reproducida en A ESTREIA LITTERARIA, revista editada por estudiantes para socorrer a un condiscípulo pobre; en 1862 dictó a su amigo Guimarães Fonseca (otro poeta que murió víctima de la imitación de Musset) la célebre sátira *Pires de Marmelada*, dedicada al profesor (*lente*, como allí dicen, o *lector*, que decíamos antes nosotros) de Teología, D. Victorino da Conceição Teixeira Neves Rebello, ridiculizado por los estudiantes.

Poco después de la salida de João de Deus comenzaron a publicarse en Coimbra las revistillas estudiantiles *O Fhosphoro* y en seguida *O tiro-teimas*, y allí aparecieron composiciones inéditas del poeta que copiaron, según él las iba dictando, João Villena y Rodrigo Velloso, sus amigos y camaradas.

Queiroz era en Coimbra un estudiante desaplicado, indiferente, hostil a los compendios, *chalgador* (como le llama el Dr. Fidelino de Figueiredo); *dilettante* superficial y observador de una gran viveza, mas en quien nadie podía presentir al futuro gran novelista. Distinguióse como actor, destacando principalmente en el papel del poeta Garção (como él nos cuenta en *O Francezismo*), en el primer ensayo dramático del que había de ser luego erudito historiador de las letras portuguesas, Theophilo Braga, que escribió un drama,

Resignação (1865), que disgustó a los estudiantes por ser poco francés, según nos dice Eça.

Vivió Eça en la Rúa do Loureiro, núm. 12, en casa del Dr. José Doria, de quien hablan las crónicas y anales coimbricenses de la época queiroziana. De este José Doria, figura muy popular en la provincia, bella figura peninsular, nos habla con encanto Th. Braga en su estudio de João de Deus, diciéndonos que "asombraba a todos con sus variaciones en la viola sobre el Fado de Coimbra"; y refiriéndose al propio João de Deus, dice-nos que *a viola de arame dominava-a tanto como o José Doria*.

La casa del Dr. Doria era una vivienda particular que sólo recibía estudiantes de cierta distinción, y en cuyo jardín destacaba el llamado árbol de los Dorias, magnífico ejemplar de elevada copa, que se divisaba a gran distancia desde la colina empinada en que se asienta la ciudad, árbol que Eça evoca en aquella pintoresca descripción de Coimbra, escrita por el Consejero Acacio: *Reclinada nobremente na sua verdejante collina como odalisca nos seus aposentos, está a sabia Coimbra, a lusa Athenas... Para além logo uma capa de arvoredos attrae as vistas; é a celebrada arvore dos Dorias que dilata seus seculares ramos no jardim d' um dos membros d' issa respeitavel familia* (1)...

(1) O PRIMO BASILIO, cap. XII, págs. 454 y 455. (Porto, 4.^a edição, 1910).

Es en aquella escena, inolvidable de humorismo, cuando el consejero Acacio es nombrado *grande cavalleiro da ordem de S. Thiago* y congrega a sus amigos en el tercer piso de la *rua do Ferregial de Cima*, donde vive amancebado con la criada, y les lee algunas galeradas de su nuevo libro *Descripção das principaes cidades do Reino e seus estabelecimentos*.

Luego pasó Eça, después de habitar la casa de los Doria, en el primero y segundo curso de la Facultad, a morar en la Rúa do Salvador, número 16, donde permaneció hasta el año de su licenciatura, teniendo por compañero a Francisco Antonio do Carvalho Lamas, condiscípulo suyo, luego primer oficial del Gobierno civil de Porto. Eça evoca ese cuarto de estudiante en unas frases de la carta dirigida a Carlos Mayer, y que con el título *Una carta*, se publicó en PROSAS BÁRBARAS: *O meu quarto no Salvador era mais austero. Na parede havia pintada a carvão uma gran cruz. Em redor estavam escriptos versiculos da Biblia e disticos da Imitação* (1).

Dada la sensación de la vida estudiantil de Eça

(1) «También evoca esta habitación de estudiante en su estudio sobre Anthero de Quental titulado *Un genio que era un santo*, publicado en el *IM MEMORIAM* dedicado al gran poeta y reproducido en *NOTAS CONTEMPORÁNEAS. PROSAS BÁRBARAS*, página 148 (3.^a Edición, Porto, 1917). *Era o hereditario quarto da velha Coimbra, com as portas rudemente besuntadas de azul, o tecto alto de madeira fusca e a cal das*

en Coimbra, sólo resta decir que los mayores amigos de Eça en Coimbra eran muchachos de la aristocracia (a la cual él pertenecía por linaje familiar), pasando apagado y sin relieve por los bancos de la Facultad cuando ya sus compañeros de generación Anthero de Quental y Th. Braga eran literariamente conocidos. En 1861 entraba Eça en la Universidad; en el mismo año publicaba Anthero sus primeros *Sonetos*, y en 1863, *Beatrice*; en 1864 daba a luz Th. Braga su primer poema *Visão dos tempos*.

Mostraba ya Eça inclinaciones literarias, a pesar de no colaborar en los periódicos de la época: *O Phosphoro*, *Athila*, *O Tira-teimas*, *Crysálida* y otros. La Universidad de Coimbra, ultraconservadora y ultracatólica, *abolizione della gioventù*—como a la Universidad italiana llamó Leopardi—vino a ser para aquella generación donde Anthero de Quental era el Príncipe de la Moedad, “no sólo una escuela de revolución política, sino una escuela de impiedad moral”.

“Anthero resumió, con desusado brillo, el tipo del estudiante revolucionario y racionalista, y de ahí arrancó su popularidad y su leyenda—nos dice Eça con enternecimiento de evocación melancólica y rasgos de ironía suya—. No recuerdo ni sé si es

paredes raiada por todas as cabeças dos lumes-promptos que em cincoenta mil annos ali tinham raspado com preguiça para acender a torcida de azeite á hora triste em que toca a cabra.»
(NOTAS CONTEMPORÁNEAS, pág. 360; 2.^a edição; Porto, 1913).

histórica esa temeraria noche en que él, durante una tormenta, intimó a Dios, reloj en mano, a que le partiese de un rayo en el término de siete minutos, caso de existir. Desconfío del altivo episodio. Anthero no llevaba reloj, y su exégesis era muy fina para confundir así los modales de Jehová con los de Júpiter" (1).

Evocando aquella *ardente e phantastica Coimbra do meu tempo*, como él la llama, dice en un pasaje de otra obra póstuma: "Hicimos tres revoluciones; derribamos Rectores excelentes, sólo por el placer de derribar y de ejercer la fuerza demagógica; proclamamos una mañana la liberación de Polonia, mandando un cartel de desafío al Zar; penetramos en comisión en un cementerio para intimar a la Muerte a que nos revelara su secreto; destruimos una noche a través de toda la ciudad todos los mástiles y arcos de follaje y astas de banderas y obeliscos de lona erigidos para celebrar no sé qué gloria nacional, porque contrariaban las leyes de nuestra estética; abandonamos la Universidad en un clamoroso éxodo para ir a fundar en los alrededores de Porto una civilización más en armonía con nuestro horror a los compendios; atajamos y dispersamos procesiones por no

(1) Véase NOTAS CONTEMPORÁNEAS, pág. 378 y 379; 2.^a edição, Porto, 1909.—Ha sido este ensayo hermosísimo, una de las mejores páginas de Eça de Queiroz, traducido por mí para encabezar un volumen titulado: ANTERO DE QUENTAL, VÍCTOR HUGO Y OTROS ENSAYOS.

E Ç A D E Q U E I R O Z

considerarlas suficientemente espiritualistas; organizamos una asociación secreta para renovar la guerra de los Titanes y derribar a Jehová... Fuimos tremendos, y casi todos los años nos batíamos con las tropas que el Gobierno nos enviaba para mantenernos dentro de la decencia y del raciocinio..." (1).

Es notorio que Coimbra había ayudado a formar el espíritu irónico y rebelde que había de ser Eça de Queiroz. *¿Não influiria por ventura na accção demolidora de Eça de Queiroz o meio revolucionario em que elle viveu em Coimbra?*, pregunta perogrullescamente el biógrafo (no me atrevo a llamarle crítico) Antonio Cabral en ese libro (EÇA DE QUEIROZ: CARTAS E DOCUMENTOS INÉDITOS, cap. II, p. 94) que en Lisboa llaman cruel, pero gráficamente, "la venganza del consejero Aca-cio".

Sale Eça de Queiroz formado ya en las rebel-días literarias y aun políticas, en la insurgencia contra las reglas de los preceptistas y contra los ukases de los viejos políticos, que caracterizó a la generación de Coimbra. Comienza en Lisboa su vida literaria... Pero ésta es ya otro aspecto de la carrera del novelista, y en el liminar de ella entramos en otra fase de su personalidad.

(1) CARTAS FAMILIARES E BILHETES DE PARÍS, pág. 183, IX; segunda edição, Porto, 1913.

SE INICIA LA VIDA LITERARIA Y BOHEMIA
EN LISBOA

I

EL AMBIENTE LITERARIO

Salió Eça de Queiroz de aquella "ardiente y fantástica Coimbra" de su época, donde los estudiantes revoltosos apedreaban la imagen de *Nosso Senhor dos Passos* en las esquinas de las calles (1), y de la cual había de conservar el recuerdo y la fragancia aquel mozo callado y tímido que cruzó por sus aulas de 1861 a 1866.

Cuando salió Eça de Coimbra, "formado" ya en Derecho y terminados los estudios académicos que tan a desgana había emprendido y rema-

(1) Esta evocación de las procesiones dispersadas por estudiantes algareros y revolucionarios la repite varias veces en sus novelas y se ve que ha llegado a convertirse en un tópico de su fantasía, fatalmente adscrito al recuerdo de Coimbra. Así en *A RELIQUIA* evoca con nitidez un momento en que Raposo, al salir de la iglesia de la Concepción Vieja (*Conceição Velha*) tropezaba con algún discípulo republicano. «*As vezes, ao sahir, surrateiro, do portão da igreja topava com algum condiscipulo republicano dos que me acompanhavam em Coimbra em tardes de procissão chasqueando o Senhor da canha verde.*» (*A RELIQUIA*, cap. I, pág. 41; 3.^a edição; Porto, 1902).

tado, se había cohesionado ya el grupo de los disidentes de Coimbra, que habían lanzado su grito de insurgencia contra el academicismo culminante en la figura patriarcal del viejo Antonio Feliciano de Castilho.

Frente al *castilhismo*, que representaba la literatura oficial y académica, cargada de mercedes regias, venía a oponerse la escuela de los rebeldes de Coimbra — con Anthero de Quenthal a la cabeza, como príncipe de la mocedad, *porque nadie resumió con más brillo los defectos y las cualidades de aquella generación, rebelde a toda enseñanza tradicional* (1).

Tras el caudillo iban los epigonos y los *pioneers* de la generación rebelde, entre los cuales resplandecían como más esclarecidos: Guillermo de Azevedo, muerto prematuramente y a quien nuestro *Clarín* dedicó uno de sus más bellos y emocionados “paliques”; Guerra Junqueiro, ya por enton-

(1) Vid. NOTAS CONTEMPORÁNEAS, artículo sobre Anthero de Quental, pág. 369.—Segunda edición. Porto, 1913.—El señor Fran Paxeco quiere asignar con notoria parcialidad el principado y caudillaje de esa mocedad al señor Theophilo Braga — por lo demás tan estimable como erudito, pero que nunca ha tenido condiciones de caudillo — y para ello labora en su prolijo y difuso trabajo *A Escola de Coimbra e a dissolução do Romantismo* (1865-1915).— Un volumen de 368 págs.—Lisboa, 1917.— Sobre el concepto que este crítico merece a la crítica portuguesa ponderada y serena, véase una nota de F. de F. (Fidelino de Figueiredo) en *Revista de Historia*, número 30; Abril-Junio, año VIII, 1919.

ces alborotado y ruidoso; Alberto Sampaio, prosista impecable, que aportó una brillante colaboración a la *Revista de Portugal*, siendo, a su vez, crítico perspicaz y comprensor de las novedades literarias y fino y elegante cronista; Antonio de Azevedo Castello Branco, poeta y más tarde político; Vieira de Castro, orador elocuentísimo, muerto en el destierro en el vigor de su juventud después de una trágica peripecia de enamorado a la portuguesa en que pereció su esposa—que ya dijo Cervantes cuán propensos eran los lusitanos a morir por amor—, apagándose con él un luminar de la tribuna parlamentaria portuguesa, orador romántico y caracterizadamente imitador apasionado de José Estevam, y cuyos discursos “acusaban una gran indiferencia por la argumentación sólida y un absorbente cuidado por el efecto oratorio; no aspiraba a convencer, aspiraba a deslumbrar, a hacerse admirar”, llegando a ser proclamado, “por consenso de los contemporáneos, el primer orador parlamentario portugués”, como dice de él crítico ordinariamente tan ecuánime y poco hiperbólico como F. de Figueiredo (1); Guimarães Fonseca, gran poeta, que prometía ser una gloria de la lírica portuguesa, y que, envenenado por el influjo de Musset y de los byronianos, malgastó su vida miserablemente, muriendo joven; Rodrigo Vello-

(1) Vid. su HISTORIA DA LITTERATURA ROMANTICA PORTUGUESA (1825-1870); capítulo IX: *A Eloquencia*, pág. 285; Livraria Classica Editora; Lisboa, 1913.

so, periodista y abogado, uno de los mejores amigos del gran poeta João de Deus; José Cândido de Moraes, bondadoso e inteligentísimo ingeniero en las Azores, y a quien por su prestigiosa elocuencia llamaban el canario de las islas (*o canario das ilhas*); Germano Vieira de Meyrelles, periodista esclarecido, íntimo amigo y compañero de hospedaje de Anthero de Quental, sobre quien influyó extraordinariamente, dejándose influenciar a la vez por él; Gomes Leal, más tarde poeta formidable, tal vez el mayor de los poetas hoy vivos en Portugal, superior a Guerra Junqueiro, en mi entender, glorioso cantor de *Claridades do Sul* y *A mulher de lucto* (1); Alexandre da Conceição, gran poeta y gran crítico; Cesáreo Verde, poeta admirable, de entonación realista, muerto tuberculoso en temprana edad; Guilherme Braga, Fernando Leal, Freitas Costa, José Falcão, Fernando Rocha, Santos Valente, Lobo de Moura, Cerqueira Lobo, *et quibusdam aliis...* que tal vez no es menester nombrar aquí porque sólo son los comparsas del movimiento disidente.

Oponiase la escuela *coimbricense* a la *olisiponense*, denominaciones meramente geográficas y

(1) Moniz Barreto, ese gran crítico poco fecundo, tan emejante en todo a nuestro catalán José Ixart, sostuvo en un bellísimo esquema de la literatura portuguesa contemporánea que Guerra Junqueiro era mucho más orador que poeta; *tem muito mais eloquencia que poesia*. (Véase la REVISTA DE PORTUGAL, primer volumen, primer número; París, 1899.)

llenas de vaguedad, pues que, en rigor, en Coimbra se inició ese movimiento, pero en Lisboa culminó y llegó a su esplendor y florecimiento. Lo que realmente se oponían era la briosa mocedad y el romper de las viejas tablas de la arcaica ley frente al arcadismo retórico y postizo de Antonio Feliciano de Castilho, que por entonces, aunque viejo, achacoso y ciego, estaba en la cumbre de su fama, ya hecho Vizconde do Castilho, cargado de honores y distinciones del Gobierno y del Monarca, de respeto de los literatos consagrados y de fama y aura entre el gran público. Castilho había recogido los restos descompuestos de la Arcadia, que Filinto Elysio y Manuel María Bocage le habían legado para embalsamarla. Había nacido con el siglo, y a través de cuatro generaciones literarias había conservado y acrecentado su fama. Venerado ahora, ya no sólo por sus obras poéticas—*Amor e melancholia*, *Cartas d'Echo à Narciso*, *Epístola à Primavera*—, sino por su traducción del *Fausto*, tan discutida y diversamente apreciada (1), era

(1) Hay sobre esta traducción una copiosa bibliografía portuguesa. Véanse, entre otros folletos y libros, el de Joaquín de Vasconcellos, autoridad en la materia porque era un gran germanista: *O Fausto de Gæthe e a traducção do Visconde do Castilho*, Porto, 1872; el de José Gómes Monteiro: *Os criticos do Fausto do Snr. Visconde do Castilho*; Porto, 1873; los artículos del erudito Adolpho Coelho en *Bibliographia Critica de Historia e Litteratura*, números 1 y 2; la *Revista da Academia de Lettras*, año II, número 3, Enero de 1911; y recientemente aún, casi en nuestros días, resuci-

E Ç A D E Q U E I R O Z

respetado también por su ceguera, por sus canas; vivía como en un solio de Pontífice, Vicario de la literatura oficial.

Este Júpiter tonante del fastidio no tenía por aquel entonces otros poetas competidores que Mendes Leal, poeta y diplomático, especie de Espronceda portugués, creador de un romanticismo liberal que se inspiraba en las *Odas* de Víctor Hugo, pero ya envejecido y olvidado, cuando en 1869 publicaba *Odio de raça*; Gomes d'Amorim, amigo íntimo y biógrafo de Almeida-Garrett, experto en la labor crítica, pero mediocre como poeta, y más aún como poeta sentimental; Bulhão Pato, perseguido luego por la acerba ironía de Eça de Queiroz, que se suponía haberle fustigado en el Thomas de Alencar de Os MAIAS, sentimental poeta de *Paqueta*, español de nacimiento, muy amigo de los poetas de la época, así como de los políticos y toda suerte de primates, y que en su obra *Sob os cyprestes* nos dejó una colección de reminiscencias muy interesantes de una vida intensa y agitada; Thomaz Ribeiro, que aun sobrevivía en fama y gloria después de su famoso canto a la belleza de Portugal; Alexandre Braga, cantor también de ese romanticismo liberal que prevalecía por entonces...

Apenas si frente a Castilho habían surgido en

tada la cuestión en un artículo del Profesor Gustavo Ramos* (*Instituto*, vol. 61, número 8; año 1914).

la madurez de ese Arcade, Herculano, representando el romanticismo religioso o *emmanuélico*, y João de Lemos y Soares dos Passos, en quien persistía el romanticismo *ossianesco* y sentimental, que en Portugal, como en España, hacía estragos. Herculano (nacido en 1810, siguiéndole los pasos a la generación de Castilho) era ya por entonces, achacoso y arrumbado, más el novelista histórico del *Monje del Cister* que el poeta de *A tempestade*, y era, sobre todo, el consagrado profeta y apocalíptico evocador del futuro de Portugal; casi había acabado su carrera literaria cuando Eça surgió al mundo de las letras, pues bien sabido es por todo portugués amante de sus nombres gloriosos que, si bien Alejandro Herculano murió en 1877, diez años antes, en 1867, es decir, el año en que Eça acababa de salir de las aulas luso-atenienses, se había retirado a la quinta de Valle de Lobos a cuidar de sus coles, nuevo Cincinato...

Años de actividad eran éstos para las letras portuguesas. En 1861, Anthero había publicado los *Sonetos*; Alexandre da Conceição, sus *Alvoradas*; Castro Freitas, sus *Recordações poeticas*; Arnaldo Gama diera a luz su gran novela histórica *Um motim ha cem annos*; y Rodrigo Paganino, sus *Cuentos do tio Joaquim*; en 1862, Anthero insiste con *Beatrice*, y Simões Dias, con *Mundo interior*, en tanto que Arnaldo Gama preparaba su *Sargento-môr de Villar*, y Castello Branco sus *Vinte horas de liteira*; en 1865 aun Mendes Leal lan-

E Ç A D E Q U E I R O Z

zaba sus arcaicos *Amores de Bocage*, en tanto que Anthero de Quental ya se valoraba definitivamente como un gran poeta con las *Odes modernas*.

Sale, pues, Eça de Queiroz de las aulas de la Lusa Athenas, como latina y pedantescamente la llaman todos los *conselheiros* de Portugal, a zambullirse en el ambiente literario de Lisboa cuando éste se halla más agitado y turbulento con el oleaje promovido por la cuestión de Coimbra. En 1866, cuando él, ya licenciado en leyes, se lanza al mundo de las letras, salen a luz los discursos de Vieira de Castro—que habían de considerarse como uno de los documentos de la escuela, textos sacros o evangelios de la retórica nueva.

Eran aún príncipes literarios Julio Diniz, que en 1867 publicaba ya *As pupillas do Senhor Reitor*, y João de Lemos que lanzaba entonces *Cancões da tarde*; en el mismo año publicaba Alexandre da Conceição, uno de los epigonos de la escuela, *Abençoada esmola*; más mozo era aún Gonçalves Crespo, que sólo en 1870 editaba sus *Miniaturas*, entre tanto que Camillo, en plena fiebre, publicaba *Os Brilhantes do Brasileiro* (1869) y ya en 1866 había publicado *A queda de um Anjo*, dos de sus mejores novelas...

Soares de Passos, muerto joven, había dejado una estela después de su muerte (1860). Habíanse congregado en torno de João de Lemos en 1844 para renovar el lirismo unos cuantos poetas,

a quienes se conoce con el nombre del grupo de *O Trovador*; João de Lemos había creado escuela en torno suyo y se había immortalizado con su *Lua de Londres*. Era un resucitador del lirismo romántico medioeval, que en Europa ya había perecido a manos del romanticismo liberal. Los poetas de esta escuela "vivían una vida contemplativa y procuraban ocuparla con la única realidad que contemplaban: el amor." "Un pesimismo precoz, contradictorio, incoherente; un pesimismo contraído por la vida literaria, resultante sólo de extender a toda la amplísima vida un velo de tristeza que les provenía de sus amores fantásticos..." (1). João de Lemos, pontífice de la escuela de poetas medioevalistas, estaba predestinado para ser un cantor de los tiempos pasados; era un arcaico consecuente, no como Serpa Pimentel, que también fué *medioevalista* en poesía y luego se quedó en jefe del partido regenerador, aceptando muy a gusto la realidad moderna frente a la romántica aspiración que llenó su juventud... Bien es verdad que sus poesías (*Poesías*; un volumen, 1851) son de los veinte a los veinticinco años, y su actuación política es de 1865 en adelante. Pero João de Lemos fué en su vida privada consecuente con su tendencia poética, que los críticos en Portugal designaron con el título de *medievismo*.

(1) *Historia da litteratura romantica*, por F. de Figueiredo; cap. III, pág. 155.

Lemos, ese sí, era un perfecto medioevalista; no aceptó siquiera, como el Vizconde de Santa Mónica también poeta de este tiempo, el preceptorado de los príncipes D. Alfonso y D. Carlos (luego Rey, trágicamente muerto). João de Lemos era miguelista; dirigió *A Nação*, órgano del partido, contra la cual se habían de ejercitar tantas veces las saetas de la ironía de Ramalho Ortigão y Eça de Queiroz en *AS FARPAS*; tomó parte activa en las luchas periodísticas; estuvo desterrado en el extranjero y viajó por cuenta de don Miguel, desempeñando misiones de confianza... Era un acendrado devoto del Gobierno absoluto, y cuando cantaba en sus rimas los encantos de la vida medioeval no era un canto vacío y artificioso; era una realidad viva que palpitaba en él. Fué un consagrado al culto del pretendiente aquel que tan admirablemente ha descrito Oliveira Martins. Don Miguel, tal como se produjo en 1823 y en 1826, era el tipo genuino del segundón de casa hidalga: *fadista, marialva, toreiro, supersticioso, beato, nullo como intelligencia* (1). "Por dos años o más anduviera el vivo mozo robado a sus empresas gratas de caballista, a las corridas de toros, a los paseos de Queluz, a las conversaciones de los picadores, a las *saloias*, al cielo, al sol, a la luz de Portugal... El infante probablemente pen-

(1) Oliveira Martins: *Portugal contemporáneo*, tomo I pág. 38. (Lisboa, 1884).

saba que volvería a Portugal, abrazaría a la madre querida, se rodearía de su corte plebeya, y entre procesiones y *toiradas*, viviría una existencia alegre.”

Con el *Novo Trovador*, Soares de Passos había seguido la escuela de João de Lemos, y como dice muy bien el propio Eça en un ingenioso ensayo, *Testamento de Mecenas* (1), los volúmenes de ambos “habían estado años sin cuento en todos los cestos de costura, y esas composiciones poéticas tan doloridas y libidinosas, que ellos intitulaban *¡A ti!, ¡A ella!*, hicieron suspirar y meditar sobre sus bordados o sobre sus tarros de dulce a dos generaciones de señoras... Pocas eran entonces las *soirées* de provincia en que lindos ojos negros no se humedeciesen cuando un bachiller se levantaba después del té, y con un pañuelo blanco en la mano, decía a las señoras el *Noviazgo del sepulcro*, los dos amorosos esqueletos enganchados uno a otro, o bien ese famoso *¡Adiós!* que fué en estos reinos durante veinte años la expresión oficial, y la única garantizada por la Academia, de los dolores de la separación y de las torturas de la ausencia. ¡Y a cuántas ventanas de provincia, en noches claras de estío, no se vino a apoyar una silueta de chal sobre los hombros y los cabellos

(1) Véase en *ULTIMAS PÁGINAS (Manuscriptos inéditos)* págs. 455 a 465; 2.^a edição; Porto, 1917.—Ha sido traducido por mí en *LA DECADENCIA DE LA RISA Y OTROS ENSAYOS; Biblioteca Nueva*; Madrid, 1918.

ya dentro de la redecilla, murmurando la *Luna de Londres*, mientras abajo el huerto dormía y el reloj del Ayuntamiento daba tristemente las diez!...”

Todo ello iba a disolverse y desaparecer en seguida, porque después de 1860 el romanticismo se pudría y se oxidaba en la literatura portuguesa, y el realismo ya alboreaba en las obras de Julio Diniz, publicadas desde 1867 a 1872: *As pupillas do Sr Reitor* (1867); *Uma familia inglesa* (1868); *A Morgandinha dos Cannavias* (1868); *Os fidalgos da Casa Mourisca* (1871). Expiraba el romanticismo con la escuela de Coimbra, que venía a licenciarlo. Anthero de Quental escribió su célebre carta *Buen sentido y buen gusto, Carta al Excmo. Snr. Antonio Feliciano de Castillo* en 1865 (1) (en ese mismo año ya iba Eça a licenciarse en Derecho y a salir de Coimbra); no le contesta el viejo pontífice de la literatura oficial por actitud despectiva; pero le contestan sus adláteres y defensores oficiales: los Pinheiro Chagas (2), los Manoel Rousado (3), el propio hijo del pontífice, Julio de

(1) *Bom senso e bom gôsto; Carta ao Excmo. Snr. Antonio Feliciano de Castilho*, por Anthero de Quental (que la fecha en 2 de Noviembre de 1865)— in 8.º grande — con 16 páginas.— Imprensa da Universidade. (Coimbra, 1865).

(2) *Bom senso e bom gôsto.*— *Folhetim a proposito da carta que o senhor Anthero de Quental dirigiu ao senhor Antonio Feliciano de Castilho*, por M. Pinheiro Chagas; (Lisboa, 1865).

(3) *Bom senso e bom gôsto:* Resposta ã carta que o senhor

Castilho (1) y un Rui Porto Carrero, de nombre bien linajudo, bien rancio, de castellano sabor, de pura cepa española... (2).

Sale a la palestra un nuevo combatiente, más bravo, aguerrido y agresivo que los demás. Este no se limita a rozar los resquemores literarios; entra en las intenciones personales. Había de ser luego íntimo de Anthero de Quental y de Eça de Queiroz, de quien no sólo camarada cordial, sino colaborador llegaría a ser muy pronto; pero en aquel momento era opuesto a la escuela coimbricense; él no había pasado por aquellas aulas; era de Porto aquel bravo mozo, Joaquín Duarte Ramalho Ortigão, y ni siquiera era bachiller, como más tarde habría de decir con admiración el fraternal Eça de Queiroz en su conmovida semblanza... Ahora renegaba de aquella escuela, utilizando sus bisoñas dotes de crítico para zaherirla, y esgrimiendo y probando sus primeras armas de pamfletario en combatirla...

Anthero de Quental dirigiu ao Excmo. Snr. Antonio Feliciano de Castilho, por Manoel Roussado. (Lisboa, 1865).

(1) *O senhor Antonio Feliciano de Castilho*, por Julio de Castilho, in 8.º grande. (Lisboa, 1865).

(2) *A carta do Snr. Anthero de Quental ante os Snrs. Pinheiro Chagas, Manoel Roussado e Julio de Castilho*, por Rui Porto Carrero; Lisboa, 1864.—Rui de Porto Carrero: *Lisboa Coimbra, Porto e a Questão litteraria. — A carta do Senhor Anthero de Quental ante os Snrs. Pinheiro Chagas, Manoel Roussado e Julio de Castilho.*—(Segunda edição).—Lisboa, 1866.

Precisamente en aquel mismo año de 1866 en que Eça salía de las aulas de Coimbra, publicaba Ramalho Ortigão ese folleto crítico, *Litteratura de hoje* (1) en que fustigaba con tonos irónicos la presunta rebeldía de aquellos ácratas literarios, la pretenciosa desfachatez de aquellos improvisados iconoclastas... Quería juzgarlos por sus obras, y preguntábase con asombro: "¿Qué obras nuevas, renovadoras del espíritu lusitano, nos ha dado esa escuela tan cacareada?..." Y contestaba un poco despectivamente: "En ciencias, los *Elementos de Philosophia racional e moral*, del Dr. Doria; la *Retórica*, del P. Cardoso; la *Geographia*, del señor Bernardim Carneiro; la *Sebenta* y la *Descrição do Bussaco*, del Sr. Adriano Forjaz; de los dioses menores, sólo produjo los libros del señor Teophilo Braga, los cuentos del Sr. Ibero y las *Odas* del Sr. Anthero de Quental."

Contra éste sigue luego enderezando sus dardos Ramalho Ortigão. Arbitrariamente había dividido el poeta de *Beatrice* la literatura lusitana en dos bandos, y arbitrariamente se había designado la primacía de ser el heraldo y paladín de uno de ellos. "*Escola de Coimbra* — dice Ramalho — *é uma designação nova intromettida no mundo pelo senhor Quental. Liquidemos isto para nos enten-*

(1) *Litteratura de hoje*, por J. D. Ramalho Ortigão, in 8.º grande, con 61 páginas. (Porto, 1866.)

dermos bem.” Ironizando luego sobre ambos bandos, decía: “*Dizem os de Lisboa, que não percebem as palavras e o abstruso mixtiforio dos literatos de Coimbra; gritam os de Coimbra que se lhes não da com o paladar academico e o palavrorio delambido dos de Lisboa...*” Entra luego en la parte personal, en el ataque directo, áspero y duro contra Anthero de Quental, a quien acusa de *cobarde* por haber atacado a un pobre anciano achacoso y ciego, como era el Vizconde de Castilho. De esta acusación de cobardía se originó un duelo, pues Anthero, que nada tenía de manso ni blandengue, fué a Porto a desafiarlo. Se preparó Anthero por la busca de un espadachín, maestro de armas; encontráronlo al fin en un estudiante de la Escuela Naval, que le dió dos lecciones de esgrima; uno de los padrinos, Custodio José Vieira, elegido por Ramalho Ortigão, se repuchó antes del lance, por juzgar ridículo un duelo que podría ser sangriento, basado en motivos puramente literarios, sin resquemor personal; por fin se verificó el encuentro en Arca de Agua (Porto)... Luego quedan reconciliados, grandes amigos, y Ramalho Ortigão entra en la cuadrilla y hermandad del Arte Nuevo.

Habían sido los padrinos de este duelo un rapaz llamado Manuel Duarte d’Almeida, que estudiaba en Porto y que era de Villa Real, y otro mozo, también de Villa Real, y también estudian-

E Ç A D E Q U E I R O Z

te, Francisco Cardoso Pinto (1); por Anthero de Quental. No pudo serlo su íntimo amigo Antonio d'Azevedo Castello Branco, porque estaba en cama enfermo. Los padrinos de Ramalho fueron el ya aludido Custodio José Vieira, a quien por fin convencieron, y Anthero Albano da Silveira Pinto. Corrió largo tiempo en Portugal la leyenda de que Camillo Castello Branco había sido padrino de Anthero, como éste lo fué de Camillo, después, en 1879, en su duelo con el Par del Reino, Vizconde de Monte-São. No es así. Camillo lo que hizo fué aconsejar a Quental que no la emprendiese a bofetadas con el crítico.

II

PRIMERAS PRODUCCIONES DE EÇA DE QUEIROZ

Comienza Eça de Queiroz su carrera literaria por publicar unos folletines de corte fantástico y tenebroso en la *Gazeta de Portugal*. Pirueteaba entonces por las calles de Lisboa, conversaba, con su ya naciente facultad de gran conversador, por

(1) Así consta de una interesantísima carta que Quental escribió por entonces a Antonio d'Azevedo Castello Branco y de la cual copió fragmentos Antonio Cabral, para su libro: *Eça de Queiroz: A sua vida e a sua obra*, cap. II, pág. 70.

los sitios más frecuentados de la alta sociedad, como el Gremio Litterario, en la Rua Ivens, donde coloca la escena emocionante de OS MAIAS, subsiguiente a la revelación del incesto; la Casa Havana, en el Chiado, frente al Largo do Loreto; el Café Martinho, en la Praça de Camões, tradicionalmente café de frecuentaciones literarias...

Por entonces hay un paréntesis en la vida cortesana de Eça de Queiroz. Fatigado de la vida de Lisboa o necesitando procurarse el sustento, que no se lograba disqueteando amenamente y flameando entre la *Baixa* y el *Chiado*, atacando a Napoleón III y la corte de las Tullerías, como nos cuenta él mismo en O FRANCEZISMO (1); aceptó un puesto que le brindaron, al final del año 1866, de Director del nuevo periódico *O Districto d'Evora*, bisemanario, en que le concedían cien mil *reis* de sueldo mensual. Publicóse su primer número el 6 de Enero de 1867, y allí estuvo Eça de Queiroz hasta 1.º de Agosto del mismo año, escribiéndose todo el periódico, así las noticias como los artículos de fondo y hasta un folletín literario, donde publicó unas *Lecturas modernas*, que luego no han sido recopiladas, y entre las cuales menciona un

(1) «*Eu, moço e ardente, cheio d'ideias de Liberdade e de Republica, transbordando d'ódio contra essa corja dos Rouher e dos Baroche, que prohibiam o theatro de Hugo e tinham levado á policia correccional Gustave Flaubert, lancei-me vivamente na opposição às Tullerias.*» (ULTIMAS PÁGINAS, págs. 478 y 479; 2.ª Edicão, Porto, 1917).

biógrafo un cuento incompleto: *O rei Thadeu...* Pronto se fatigó Eça de aquella vida del periodismo provinciano, que es una vida de lo más abyecta y vil que puede ofrecerse a un espíritu selecto. Fatigábanle las polémicas con *A Folha do Sul*, periódico del Gobierno; fatigábale la mezquindad áspera y rastrea del periodismo provinciano; fatigábale la vida monótona de la capital del Alentejo...

Torna a Lisboa en 1.º de Agosto de 1867; la *Revolução de Setembro* da irónicamente la noticia de su regreso y el traspaso del periódico de oposición a otra empresa, dejando de ser Director Eça de Queiroz, "que se encargó de *adjetivar* las columnas de ese periódico". Abre bufete de abogado en la Praça de Don Pedro (Rocío), núm. 26, 4.º piso, según consta del *Diario de Noticias* de 20 de Diciembre de 1867. Como jurisconsulto, pocos asuntos tuvo y poca nombradía alcanzó ese espíritu sutil, inquieto, irónico, que había nacido para la vida de las letras, y que no tenía carácter para ganar clientes ni vocación de jurisperito para defenderlos.

Por entonces, en finales de 1867 o comienzos de 1868, fúndase el *Cenáculo*, el célebre Cenáculo, en casa de Jayme Batalha Reis, ingeniero agrónomo y gran aficionado a la música y a la literatura, en la esquina de la travesía del Guardamôr, hoy calle del Gremio Lusitano, a la calle de

los Calafates (1), hoy calle del Diario de Noticias, en el pintoresco barrio alto de Lisboa. De este Cenáculo se han contado muchas leyendas y se han escrito muchas páginas; las más verídicas y fidedignas son las que en su famosa *Introducción* a las *Prosas Bárbaras*, de Eça, escribió el fundador y sustentador del Cenáculo, Jayme Batalha Reis. Ramalho Ortigão escribe en síntesis luminosa, hablando del Cenáculo: "Nunca en Portugal se derrochó tanto ingenio, tanta fantasía, tanto poder de improvisación, tanta fuerza humorística, tanta vena cómica..." (1).

Asistían a aquel Cenáculo primitivo varios muchachos que, fuera de Eça y de Batalha Reis, no han dejado huella en las letras portuguesas, como Santos Valente, Augusto Fuschini, Mariano Machado de Faria e Maia, Alberto Telles, Salomão Saragga, José Tedeschi, Federico Filemón da Silva, José Eduardo Lobo de Moura, Augusto Machado, etc. Cuando Batalha Reis se trasladó a una casa del *largo* de San Pedro de Alcántara, enfrente de la Alameda, comenzaron a frecuentar el

(1) En la *Rua dos Calafates* sitúa Eça la escena de la presentación de la Villaça en casa de un notario. Allí es donde Macario conversa por vez primera con Luisa. (Véase el cuento *Singularidades de uma rapariga loira* en los *Contos*, 1.^a edição, 1909). Recientemente han sido traducidos por mí en esta misma Biblioteca: *CUENTOS*; *Biblioteca Nueva*; Madrid, 1920.

(2) Véase su *Carta ao Diario de Noticias* haciendo una semblanza de Eça de Queiroz (*As Farpas*, tomo II, pág. 211).

Cenáculo, Anthero de Quental, Ramalho Ortigão y Oliveira Martins, las tres figuras preclaras de la poesía, la sátira y la historia portuguesas.

En el estudio dedicado a Anthero de Quental hay una evocación conmovida del Cenáculo: "*o nosso querido e absurdo Cenaculo*", donde "rugía y flameaba nuestra escandalosa hoguera de Revolución, de Metafísica, de Satanismo, de Anarquía, de Bohemia feroz" (1). Otra referencia más ligera y de pasada hace Eça al Cenáculo en A CORRESPONDENCIA DE FRADIQUE MENDES, en la primera página, como hace otras dos en A CIDADE E AS SERRAS (1.ª edic., pág. 10; Porto, 1901), donde habla, así en una como en otra, de sus "camaradas de Cenáculo" y en Os MAIAS (pág. 143, primera edic., vol. I), João da Ega, que es la *contrefaçon* del novelista, dice a Carlos de Maia: "*—Precisamos arranjar um cenaculo, uma bohemiasinha dourada...*"

Jayme Batalha Reis ha contado aquellas horas nocturnas del Cenáculo entre alborotadoras discusiones, elucubraciones exegéticas de Salomão Saragga y lectura de cuentos macabros de Eça, que decía siempre a su amigo al entrar: "*—¡Soy yo y mis buitres!... Venimos a crear, devorando cadáveres...*"

Cuéntanos Batalha Reis lo supersticioso que

(1) Vid. NOTAS CONTEMPORÁNEAS, pag. 391; 2.ª edição; Porto, 1913.

era Eça, las angustias que pasaba en cuanto sentía una corriente de aire, clamando mientras cerraba la puerta o las ventanas: —¡Es la pneumonía, la congestión pulmonar fulminante, la muerte, muchacho!... y cómo entraba siempre en el cuarto con el pie derecho echando atrás el agorero pie izquierdo... Cuéntanos también cómo en muchas madrugadas, después de haber escrito toda la noche sus cuentos tremebundos y fúnebres, Eça le decía: —Estamos convirtiéndonos en impresos... Basta de leer e imaginar. Necesitamos un baño de vida práctica... Nos es indispensable un acto humano—inverosímil, si fuese posible—: la aventura, la leyenda en acción, el héroe palpable... Vamos, pues, a cenar con el capitán João de Sá—el João de Sá Nogueira—, D' Artagnan d'Africa, en Lisboa, con licencia registrada... (1).

En las noches de ruidosa cena, en medio del bacalao con patatas y del confortante Collares, Eça comenzaba a mostrarse como el ironista sutil y el conversador admirable que había de ser más tarde... En otras noches, en las más serenas, en las *noites de luar*, salían Batalha Reis y él de la ciudad e iban conversando e improvisando por los campos y por los montes, o a lo largo de las márgenes del Tajo, hasta el nacer del sol...

Por entonces escribía Eça con extrema facili-

(1) Confróntese con un pasaje casi idéntico literalmente del primer capítulo de A CORRESPONDENCIA DE FRADIQUE MENDES (*Memorias e notas*); segunda edição; Porto, 1902.

dad y enmendaba muy poco. "Las imágenes, los epítetos, se le ocurrían abundantes, tumultuosamente, y redactaba rápido, insensible a repeticiones de palabras y de rimas o a desequilibrio de períodos, sin exigencias críticas de forma, aceptando, conmovido, lo que tan espontáneamente se le ocurría... (1)." En ciertas noches en que se absorbía en la composición o en la charla, Eça de Queiroz quedábase a dormir en casa de Batalha Reis. Así, pues, en aquel cuartito de estudiante de la *Travessa do Guarda-môr* o en el cuarto piso del número 26 de la Plaza de Don Pedro V (Rocio)—donde moraba Eça con su familia—, fueron escritos casi todos los folletines publicados en la *Gazeta de Portugal*, luego coleccionados en el volumen *PROSAS BÁRBARAS*, cuya primera edición se publicó póstumamente en 1903.

Por entonces era también muy excelente amigo de Eça, Juan Burnay, ingeniero, hombre positivo y de conocimientos prácticos, en quien parece haberse inspirado un poco el novelista—al menos, en sus rasgos esenciales—para describir el Jorge, marido de Luisa, e O PRIMO BASILIO. Pero su gran camarada de aquella época fué el Conde de Resende, muchacho atolondrado y loco, con quien habían de unirle luego lazos familiares, ya que Eça

(1) Jayme Batalha Reis: *Introduccão na primeira phase da vida litteraria de Eça de Queiroz*, en el libro *PROSAS BÁRBARAS* (págs. XVI y XVII); 3.^a edição; Porto, 1917.

había de casar diez y siete años más tarde con su hermana, doña Emilia de Castro Pamplona...

Este Conde de Resende era un magnífico tipo de portugués antiguo. Par del Reino por derecho propio, Almirante de Portugal, de una rancia familia de abolengo, era a la vez un gran pendenciero, galanteador y enamorado del peligro... ¡Gran compañero para parrandas nocturnas, para jugarretas terribles—como la que hicieron en Porto él y José María d'Almeida Garrett, al Conde de Bolhão, en la clásica y lóbrega callejuela de la Neta—; gran camarada para aventuras nocher-niegas y para *pándegas* ruidosas, y gran camarada también para cazar leones en el Sahara!... Indiferente al peligro, *brigador* y pendenciero, activo y montaraz como un *condottiero* del Renacimiento italiano, hemos de pensar cómo sufriría con él en aquel viaje atrevido el bueno y débil Eça, que ya en su emocionada biografía de Anthero, cuenta cómo éste levantaba pesos que a él le hacían crujir todo y temblar...

Ramalho Ortigão ha dedicado al Conde de Resende en *AS FARPAS*, una semblanza que es una medalla antigua, una medalla de oro viejo, bien acuñada y grabada por manos de un mirífico artífice. Con todo esto, el Conde de Resende no era un vulgar "señorito juerguista" a estilo andaluz: era un bravo y valiente rapaz, pero instruído, cultísimo, consagrado al culto de las grandes figuras de la Humanidad; admirador, sin duda, de

Musset y de Lord Byron... Todos cuantos le conocieron testifican esto: Antonio José de Freitas, "hombre de letras, mediocre, pero conversador genial", le decía así un día a Raul Brandão: —Si viviese, era ciertamente el jefe del partido conservador... ¡Qué hombre encantador, pulido y escéptico!... Y tenía un poderoso ascendiente magnético sobre nosotros todos... (1).

Luego cuenta anécdotas de él. Cuando ya estaba muy enfermo, el médico le recomendó aires de mar; él se dedicó a dar paseos en bote por el Tajo con Freitas y con el Marqués de Soveral... Llevábanle botijas de agua caliente porque se sentía con un frío mortal... Y un periódico satírico y caricaturista del tiempo, *O Rabecão*, decía que se iban a emborrachar todas las noches al río...

Pero la anécdota estupenda, definitiva, es la del viaje a Palestina y Tierra Santa con el propio Eça. Ambos oyeron misa (con la peregrinación en que iban, sin duda aprovechando baratura de precios en los pasajes y en los hoteles) en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalem... Eça, prudente y discreto, respetuoso con los ritos tradicionales y con el *qué dirán* de toda aquella beatería de *fidalgas* portuguesas, cayó de rodillas; cuando alzó la cabeza para ver el cuadro, dos o tres mil personas se habían arrodillado como él por un impulso irresis-

(1) *Memorias* de Raul Brandão; primer volumen—Enero de 1900 — Julio de 1910 — págs. 46 y 47; 2.^a edição; «Renascença portuguesa», Porto, 1918.

tible: solo, a su lado, con el sobretodo al brazo y la caña de junco, se mantenía de pie, sin perder la serenidad y la línea, monóculo clavado en el sepulcro de Jesús, un único hombre: el Conde de Resende.

Con este compañero admirable, que después de vivir toda la vida como un ateo, murió como un creyente, hizo el viaje a Tierra Santa, entre admirativas despedidas del noticierismo local, Eça de Queiroz. Asistieron en 17 de Noviembre de 1869 a la inauguración del Canal de Suez y a las brillantísimas fiestas que con ese motivo se celebraron; y de ello nos ha dejado memoria en su larga crónica, demasiado descriptiva y escueta, sin grandes galas literarias, *De Port-Said a Suez*, reproducida en NOTAS CONTEMPORÁNEAS, en las primeras páginas del libro. En Jerusalem también escribió Eça su trabajo *A Morte de Jesus*, fechado en 1.º de Diciembre de 1869, en el Mediterranean-Hotel-Jerusalem, especie de esbozo y *maquette* de la parte histórica y reconstructiva de A RELIQUIA. Ese trabajo fué compilado, cerrando el volumen de PROSAS BÁRBARAS. Aquel viaje dejó una impresión imborrable en la imaginación plástica de Eça de Queiroz, y de él hay reflejos y vestigios, no sólo en A RELIQUIA, sino más pasajeramente, en algunos de los cuentos, principalmente en *O Suave Milagre*, en *A Morte de Jesus*, (contenida en PROSAS BÁRBARAS), en fragmentos

E Ç A D E Q U E I R O Z

de AS FARPAS, en CORRESPONDENCIA DE FRADIQUE MENDES y en NOTAS CONTEMPORÁNEAS.

De regreso a Lisboa, en la primavera de 1870, es cuando Eça se encuentra en el Cenáculo, ya reconciliado con Anthero de Quental, a Ramalho Ortigão. "Fué a su regreso de Oriente, cuando Eça de Queiroz se encontró conmigo en Lisboa"; dice Ramalho en el folletín-carta al Director del *Diario Ilustrado* (22 de Octubre de 1874), que luego fué reproducido en AS FARPAS (tomo XXIII de la 1.^a edición, y tomo II de la edición de David Corazzi; págs. 209 a 238).

Eça de Queiroz mismo, en una carta-prefacio a la 3.^a edición de O MYSTERIO DA ESTRADA DE CINTRA, nos cuenta cómo fué concebida y planeada esta novela absurda y folletinesca... "Hace catorce años, una noche de verano, en el Paseo Público, enfrente de dos tazas de café, penetrados por la tristeza de la gran ciudad que en torno de nosotros cabeceaba de sueño al son de un sollozante *pot-pourri* de *Los dos Foscaris*, deliberamos reaccionar sobre nosotros mismos y despertar todo aquello a gritos, en una novela terrible, lanzada a la *Baixa* desde las alturas del *Diario de Noticias*... (1)."

(1) El sentido de esta frase de Eça no se alcanza bien si no se sabe que la *Baixa* es denominada toda la parte baja, comercial y lujosa de la ciudad de Lisboa, y que el *Diario de Noticias* está instalado en el Barrio Alto, en la antigua calle de los Calafates, hoy de su nombre.

Por su parte Ramalho, en esa carta al *Diario Ilustrado*, que contiene la semblanza de Eça, dice igualmente: "No teníamos nada que hacer, ni uno ni otro, e íbamos una noche paseando al acaso, cuando se nos ocurrió dar a la ciudad algo que leer para el otro día... Nuestro objeto no era que nos mandasen la Encomienda de Santiago ni que nos metiesen en la Academia..."

Así nació O MYSTERIO DA ESTRADA DE CINTRA (1), que en forma de cartas al *Diario de Noticias*, distrajo impresionó y preocupó a las muchachitas lisboetas y aun a los habitantes graves y solemnes de la gran ciudad, oprimida bajo la dictadura del Mariscal Duque de Saldanha, que en 19 de Mayo de 1870 había derribado violentamente el Ministerio presidido por el Duque de Loulé...

No hay probabilidades de que esta novela haya sido plagiada de una historia fantástica de un periódico que Ramalho no conocía (pues así lo afirmó rotundamente a Adolpho Coelho, y Ramalho era hombre veraz) y que Eça tampoco debía de conocer, y aun conociéndolo, no había de acudir a tan baja fuente hombre de tan exquisito

(1) El Dr. Adolfo Coelho en su libro *Alexandreerculano e o ensino publico* (pág. 220; Lisboa, 1910) dice que esta novela fué plagiada en su punto de partida, derivada, diríamos ahora, «de una historia fantaseada por un noticiero en *Progresso e Ordem*...» Este era un periódico obrero avanzado que se publicó en Lisboa en 1864 y que Ramalho Ortigão y Eça de Queiroz desconocieron en absoluto.

paladar literario. A más de que por mucho que hubiese aprovechado de la misteriosa noticia *¿Sería crimen?*, publicada por ese diario en 3 de Julio de 1864, lo que hoy llamaríamos una película en series, pues fué desenvuelta en números sucesivos, siempre habría de haberla revestido con todas las galas de su estilo y con su peculiar humorismo que hacen agradable esta novela, aun siendo tosca, desabazada e inconexa en su composición y menos deleitosa que el resto de la obra del gran novelista. Con EL MISTERIO DE LA CARRETERA DE CINTRA (1), ni ganaron honra ni provecho ambos colaboradores; se trata de un simple *scherzo*, "una broma de juventud que sólo vale como ejercicio de estilo" (2).

(1) Próximamente será publicado EL MISTERIO DE LA CARRETERA DE CINTRA, que va a ser traducido por mí, en esta misma *Biblioteca Nueva*; traducción hecha sobre la 4.^a Edición portuguesa emmendada y precedida de un prefacio. (Parcería Antonio María Pereira, Livraria-Editora; Lisboa, 1902) y teniendo a la vista la 3.^a Edición del mismo Editor (Lisboa, MDCCCXCIV).—Hay una traducción castellana anterior de D. Enrique Amado, publicada por el Librero-Editor, Francisco Beltrán; Librería Nacional y Extranjera. Madrid, sin fecha.

(2) «Uma brincadeira de mocidade que só vale como exercicio de estylo.» (F. de Figueiredo: *Historia da litteratura realista*, cap. IV, pág. 131).

III

"AS FARPAS".--EÇA OCUPA SU PRIMER CARGO
OFICIAL

Va luego destinado de administrador del Concejo a Leiria, ciudad levítica y episcopal, donde concibe y planea su primera novela realista, *CRIME DO PADRE AMARO*, que no escribe sino cuatro años más tarde, en su primitiva e incompleta redacción. Este cargo lo ocupó Eça muy poco tiempo, desde 30 de Julio de 1870, en que tomó posesión, hasta Septiembre, en que vino a Lisboa a presentarse a los exámenes para Cónsul de primera clase, oposiciones o concurso (como allí más propiamente se dice), convocado para el día 1.º de Octubre del mismo año. Aquellos dos meses de verano, de Julio a Septiembre, en la ciudad que baña el Liz, fueron preñados de trabajo intenso y de promesas literarias. Allí escribió parte de la colaboración que le pertenece en *EL MISTERIO DE LA CARRETERA DE CINTRA*; allí planeó y esbozó *EL CRIMEN DEL PADRE AMARO*, escrito más tarde, y allí preparó sus exámenes para el concurso del Consulado. Frescas aún las nociones de la Universidad, no le fué difícil recorrer el programa de Derecho administrativo, Derecho Marítimo, etc. Esta preparación iniciada en la ciudad amada por el Rey

Don Diniz—donde cultivó poco la sociedad me-socrática, placiéndose más en las mañanas de ve-rano en la playa de Vieira, conversando con las señoras de la *alta roda*, que le acogían amables por sus tendencias aristocráticas y su ingenio fino—la completó y remató en Lisboa en com-pañía de Batalha Reis, que ya vivía en San Pedro de Alcántara, en el segundo cobijo del Cenáculo...

En AS FARPAS (volumen VII, correspondiente a Noviembre de 1881) hay una página deliciosa, irónica y evocativa, que graba el recuerdo de aque-llos días pasados en la preparación de los exáme-nes con Batalha Reis, que ahora tenía por compa-ñero de casa a Anthero de Quental, a quien ha-bían prohibido el acceso a la habitación donde am-bos palidecían ante Ortolan, Leclerq, Silvestre Ribeiro y Vrunsk. Aparte de la inexactitud de contar que se había preparado en un invierno en Leiria—donde, como ya se ha dicho, sólo había pasado dos meses de verano—, toda la página es una maravilla de evocación plástica y commo-vida...

En 1.º de Octubre se examina y es aprobado y clasificado en primer lugar con cuatro *muy bue-nos* y *un bueno*. Estaba sin proveer el Consulado de Portugal en Bahía (Brasil); pero no le dieron ese puesto vacante a él, sino a su compañero de con-curso Manuel Saldanha da Gama, que tenía infe-rior puntuación, pero mayores aldabas, influencia cerca de una dama ilustre. El caso lo narra con

sutilísima ironía el propio Eça de Queiroz en la página mencionada de *AS FARPAS*, donde dice que “la única cosa que me apenó fué haber tenido sólo un consulado para sacrificárselo: ¡ah, si al menos tuviese un puesto de miembro de la Junta de la Parroquia!... ¿eh? Porque estos dos puestos, con algún romero en torno y algunas violetas en medio, ya harían un bonito obsequio para depositarlo a sus pies”...

La causa alegada para no conceder el primer puesto a Eça de Queiroz había sido el considerarle un revolucionario terrible (1), por haber tomado parte en aquellas famosas conferencias del Casino, las conferencias democráticas que prohibió el Marqués de Avila y Bolama, al anunciarse la de Salomão Saragga, miembro del Cenáculo, con este tema: *Os historiadores criticos de Jesus*. En el mes de Mayo de 1871 se publicó el programa de las conferencias que suscribían, entre otros, Anthero de Quental, Oliveira Martins, Eça de Queiroz, Manuel d'Arriaga (que había de ser el primer Presidente de la República Portuguesa), Teófilo Braga (que había de ocupar también esta

(1) Realmente las conferencias tenían un matiz revolucionario, aunque la de Eça de Queiroz fuese puramente artística y la de Saragga puramente científica. «Las conferencias y la activa propaganda—dice en su estudio acerca de Anthero de Quental el Dr. Fidelino de Figueiredo—eran mi plan sistemático preparador del gran sueño revolucionario...» (*Historia da litteratura realista*, cap. III, pág. 37).

E Ç A D E Q U E I R O Z

alta magistratura), Augusto Soromenho, Profesor del Curso Superior de Letras; Batalha Reis, Adolfo Coelho, insigne erudito y publicista; el poeta Guillermo d'Azevedo; Salomão Saragga, el periodista Vieira de Meyrelles, etc.

Celebróse la primera conferencia, que fué preparatoria y como de exposición del programa, en 22 de Mayo; fué el conferenciante Anthero de Quental, que era el alma de aquel movimiento que al Gobierno pacato, en que el Marqués de Avila era Ministro del Reino, había parecido sospechoso. En 27 de Mayo celebróse la segunda conferencia, que dió el mismo Anthero, sobre el tema: *Causas de la decadencia de la Península en los últimos tres siglos*, causas que eran: ¡el catolicismo, el absolutismo y la sed de conquistas!... Como es lógico, aquel Gobierno moderado y conservador se asustó y se puso más en guardia, consultando al Procurador general de la Corona, señor Martens Ferrão. El tema de la tercera conferencia fué más inofensivo; versó sobre *La literatura portuguesa*, y corrió a cargo del profesor Augusto Soromenho, que lamentó la falta de crítica en Portugal y arremetió, calada la visera, contra la Prensa, tan iliteraria allí como acá... La cuarta conferencia fué la de Eça de Queiroz, a 12 de Junio, que disertó sobre *La afirmación del realismo como nueva expresión de arte*. La quinta conferencia fué la del Sr. Adolfo Coelho (a 19 de Junio), y desmenuzó el tema en que se ha espe-

cializado desde mozo este ilustre publicista: *La cuestión de la enseñanza...* Ya la conferencia del Sr. Coelho, que fué muy agresiva con el Estado portugués, suscitó la indignación del Gobierno, que se dispuso a clausurar aquellas peroraciones que promovían un estado de ánimo revolucionario. En 26 de Junio un decreto las prohibía, precisamente cuando estaba anunciada la de Salomão Saragga: *Los historiadores críticos de Jesús*.

Al mismo tiempo que se inauguraban las conferencias democráticas, comenzaba, en Mayo de 1871, la publicación de AS FARPAS, "crónica mensual de la política, de las letras y de las costumbres". En ellas colaboró Eça de Queiroz desde Mayo de 1871 hasta 9 de Noviembre de 1872 en que salió para Cuba, nombrado Cónsul general de Portugal para las Antillas Españolas, por decreto de 16 de Marzo del mismo año, siendo Ministro de Negocios Extranjeros João d'Andrade Corvo, notable como novelista histórico, en *Un año en la Corte* (1).

(1) João de Andrade Corvo, nacido en Torres Novas (1824), fué ingeniero militar, carrera en que llegó al puesto de coronel. Entró en política y se afilió al partido regenerador, del cual era jefe Fontes Pereira de Mello. Fué diputado en 1865 y ministro por vez primera en 1866. Escribió para el teatro, en el cual dió obras tan notables como *O Astrologo*, *Nem tudo que luz é ouro*, *O Alliciador*, *D.^a Maria Telles*, *Um conto ao serão*. Su novela histórica muy notable y por la cual se hizo popular en ese género fué la mencionada, que data de 1850. Murió en 1890.

E Ç A D E Q U E I R O Z

En AS FARPAS puso Eça de Queiroz todo su genio ya alboreante de gran escritor y todo su entusiasmo de mocedad. Hay en esta publicación —y en la parte debida a la pluma de Eça de Queiroz, que más tarde había de desglosarse y publicarse aparte en dos volúmenes, con el título de *Uma campanha alegre*—todas las cualidades primordiales de gran literato que apuntaban ya en el mozo brioso de entonces. AS FARPAS fueron una labor decisiva en el saneamiento de la sociedad portuguesa. Al inaugurarse la estatua de Eça de Queiroz, en 1903, Ramalho Ortigão evocó en un bello discurso el tiempo en que ambos trabajaron justos, “combatiendo los ridículos de una sociedad en la que enmendaron muchos errores y a la cual enseñaron muchas lecciones de arte, de moral, de elegancia y de higiene”. Así nos lo transcribe una gentil cronista de este acto solemne (1).

Realmente el *fidus Achates* de Eça de Queiroz, el glorioso y fiel amigo del novelista, tenía motivos para ufanarse de aquella labor que ambos habían emprendido, llenos de fe y de entusiasmo, y que él había llevado a término y culminación, haciendo de ella la razón, la fe y la tarea de su vida, tan colmada de nobleza, de trabajo y de dedi-

(1) La Sra. Doña María Amelia Vaz de Carvalho en su interesantísimo libro *No MEU CANTINHO... (Homems-Factos Ideas)* — págs. 169 a 178.—(A. M. Pereira; Livraria Editora; Lisboa, 1909).

cación a la Patria. Por su parte, Eça de Queiroz se enorgulleció siempre de aquella su juvenil colaboración en *As Farpas*, que fué su aprendizaje de estilo, su iniciación en las lides literarias y su adiestramiento para la polémica.

Con admirable paradoja escribía Eça en su estudio sobre Ramalho que suele decirse: Ramalho, autor de "*As Farpas*", y debiera decirse: "*As Farpas*, autoras de Ramalho"... Esta obra fué para Eça también un adiestramiento definitivo, como lo fué para Ramalho, y ambos alcanzaron, escribiendo *As Farpas*, el estilo puro, *requintado*, moderno, definitivo que había de constituirles al uno en un admirable artista visual, un intérprete de las cosas y de los objetos exteriores, un colorista similar a Gautier, y al otro en el admirable artista de la prosa, en esa poderosa imaginación, "viendo y comprendiendo la vida a través de la más luminosa y fiel retina en que ella haya podido reflejarse" (1).

(1) «Queiroz era realmente como ningún otro escritor portugués antiguo o moderno lo fué, un genio claro, servido por el mayor poder de imaginación plástica que hubo jamás, no ya en nuestra literatura, sino en todas las literaturas del mundo. Por mucho que haya sido un novelista, un analista, un humorista, un cronista, un crítico, un fino literato o un alto *dandy* literario, lo cierto es que siempre fué ante todo, principalmente, fundamentalmente, estructuralmente, una imaginación adivinando, viendo y comprendiendo la vida a través de la más luminosa y fiel retina en que ella haya podido reflejarse.» (João Chagas: *Vida litteraria*, (págs. 161 y 162: Coimbra, 1906.)

IV

SUS PUESTOS CONSULARES.--LAS PRIMERAS NOVELAS

Sale Eça de Queiroz, en 9 de Noviembre de 1872, para Cuba, abandonando las queridas *Farpas* que llevaban dos años de publicación y que iban haciéndose en Portugal una nombradía como obra intensa, demoledora y fuerte, vivaz en el estilo, valiente en las ideas, agresiva en la exposición, estratégica en los métodos de ataque, desenmascarando a los políticos, torturando a los malos poetas, fustigando el enamoramiento ridículo a estilo lisboeta, en suma, realizando una labor de higiene y de purificación de las costumbres, enseñando al *lisboeta* a lavarse, a bañarse, a vivir bien, a no habitar en zahurdas lóbregas, a no tener callos en los pies, a no cultivar el sentimentalismo, a desdeñar el vacuo y falso lirismo meridional.

Marcha para las Antillas Españolas, de las cuales sólo una muy vaga y difuminada impresión le quedó. No más dos o tres referencias y alusiones, a su estancia en Cuba hay a través de su larga obra; una es en las CARTAS FAMILIARES E BILHETES DE PARÍS, obra póstuma, compuesta con retazos de sus cartas: en la titulada *Aún las fiestas rusas: Los periódicos* (II, pág. 204), relata una anécdota

acaecida en La Habana. En otra de sus obras, a mi entender, la obra máxima, como culminación de su personalidad intelectual, en A CORRESPONDENCIA DE FRADIQUE MENDES, hay sólo una pasajera reminiscencia: "...*Emquanto eu errava pela America, pelas Antilhas, pelas republicas do golfo de México...*" (1).

Poco tiempo permaneció en La Habana, pues en 1874 era destinado a New-Castle y hacia allá embarcaba en 29 de Noviembre. Esta ciudad carbonífera de Inglaterra, donde Eça se sentía aislado y desvinculado de su mundo artístico, sin enlaces con gente que pudiera interesarle, fué para su espíritu un fecundo centro de actividad. Por este mismo aislamiento, el *splendid isolement* en que se sentía y que es tan característico de la vida insular inglesa; Queiroz se dió a estudiar la lengua y la literatura británicas, y a la vez a crear una de sus obras capitales, de las que le habían de dar más prestigio, fama y nombradía...

Evocando desde aquella ciudad neblinosa y metalúrgica las claras márgenes del Liz y las orillas mansas del Lena; evocando la clerical ciudad de Leiria, dióse a componer una novela que tuviera por ambiente el mundo y las intrigas de beatas y clérigos a la sombra de una vieja Catedral portuguesa... Todos aquellos tipos que pre-

(1) A CORRESPONDENCIA DE FRADIQUE MENDES (*Memorias e notas*), IV, pág. 57; 2.^a edição; Porto, 1902

senta él los había sentido y vivido en el tiempo breve, pero fructuoso para su espíritu de observador, en que había sido administrador del Concejo en aquella ciudad. Entonces, alojado en casa de unas señoras llamadas las Sras. Jordões, había conocido, tratado y anotado en su carnet de observador, a la simpática Ameliasinha, de tipo suave y *meigo*; al ingenio João Eduardo, escribimiente y periodista, mozo romántico y apasionado como buen portugués; al tipo epicúreo y rabelesiano del canónigo Días, que había engordado tanto “que su panza enorme apenas cabía bajo las sotanas”; a la señora doña Augusta Caminha, llamada la São Joanneira, por ser de São João da Foz, madre de Amelia, y que recibía huéspedes en su casa de la calle de la Misericordia; al médico Gouveia, librepensador y naturalista; a Agustín Brito, el estudiante recitador y apasionado, que sabe hablar con las señoras; a las Gangoso, a todos los personajes de la obra.

Las tertulias cursis y provincianas en casa de la São Joanneira, donde se cantan aquellas romanzas que hicieron las delicias de nuestras abuelas y que hemos oído aún nosotros siendo niños a nuestras madres, aquellas romanzas antillanas—están plasmadas con fuerte sensación de realidad. Se comprende que la novela está palpitante, casi fotográficamente tomada de la realidad vivida durante su estancia en Leiria y en la playa de Vieira,

ã beira mar, donde también sitúa varias escenas de su novela.

Así lo corrobora su biógrafo Antonio Cabral, que dice que "ya del todo convertido al realismo, allí esbozó O CRIME DO PADRE AMARO, cuya acción pasa en Leiria, y cuyos personajes, en su mayor parte, son fotografías características y flagrantes de personas y tipos de aquella ciudad, hoy casi todos fallecidos" (1).

Sin embargo, el mismo Eça de Queiroz dice a su amigo Oliveira Martins, en carta de 10 de Marzo de 1884: "¿Cómo está hecho el portugués de Chaves o de Guimarães? No lo sé. *El Padre Amaro* está más adivinado que observado." Esto no quiere decir nada; es una coquetería de artista y además una verdad. En general, todos los grandes artistas, por muy realistas que sean, observan siempre menos que adivinan, porque ponen en sus obras más de su talento creador que de su perspicacia observadora (2). Nada dice contra esto el hecho de que se sepa positivamente que han

(1) *Eça de Queiroz: A sua vida e a sua obra*, cap. III de la primera parte; pág. 114.

(2) «Naturaleza múltiple y la mayor vocación de artista que ha surgido en Portugal desde Garrett, Eça de Queiroz comenzó por la improvisación y por el lirismo. Sensibilidad intensa y compleja, capaz de vibrar hondamente al contacto de los objetos más diversos, imaginación capaz de reflejar y transfigurar todos los aspectos de las cosas, la pasión y la fantasía ocupan un lugar importante en su obra al lado de la observación y del análisis.» (Moniz Barreto: *A litterattu-*

vivido hasta hace no muchos años en Leiria personas fielmente observadas y retratadas en la novela de Queiroz, como nada importa el hecho positivo de que en Saumur fueran observados los personajes vivos que toda la ciudad conoció y que fueron inmortalizados en *Eugenie Grandet*, de Balzac; como nada importa, tampoco, el hecho de que una familia de Bovary, avecindada cerca de Rouen, se queyase contra Flaubert, por haber trasladado fotográficamente hechos y circunstancias de su vida a la inmortal novela *Madame Bovary*.

Eça de Queiroz observó, ¡quién lo duda!, muchos detalles de la vida de Leiria; ¡como que hay una cierta homofonía entre la S. Joanneira y las señoras Jordães, donde él se hospedó!... La constitución y vida interna de los periódicos de provincia, que retrata tan admirablemente al pintar el tipo de João Eduardo, también la conocía a fondo, puesto que estuviera en Evora, dirigiendo *O Distrito de Evora*, y, sin duda, aplicaría a Leiria las observaciones hechas en la capital del Alentejo. Quizá aun haya otros detalles, como la visita a la Santa de Arregassa, plenamente fotografiados de la realidad... Pero ¡quién duda que gran parte de la novela es más *presentida* que *averiguada*, ya que Queiroz se rozaba poco con la pequeña burguesía, en cuyo seno se desarrolla la obra, por ser

ra portuguesa contemporanea, en REVISTA DE PORTUGAL; primer volumen, primer número.

algo altivo y dado al trato con la sociedad aristocrática!... *Dava se apenas* (dice un biógrafo) *com a melhor sociedade de Leiria que sempre o acolheu bem, apreciando a viveza e originalidade das suas ideias e a graça aguda e fina dos seus ditos.*

O CRIME DO PADRE AMARO fué escrito al principio en esbozo, casi como una novela corta, en relación con las dimensiones que hoy tiene en la edición definitiva. Fué publicado por primera vez en 1875, en la *Revista Occidental*; hizose despues una edición ampliada y corregida para publicarse en volumen en 1876; preo aun ésta (1) no es sombra ni reflejo de lo que fué la edición completa, definitiva y acabada de 1880, "enteramente refundida y recompuesta", como con razón advirtió el autor en la portada (2). No podemos seguir las varian-

(1) De ella fué traducida una curiosa edición española anónima, dividida en dos partes: *El Crimen de un clérigo*, por Eça de Queiroz y *El Padre Amaro, segunda parte de El Crimen de un clérigo*, por Eça de Queiroz (*sic*), con un curioso índice abso ataménte forjado por los traductores, que destinaban sin duda esta obra a la propaganda sectaria, formando parte de una biblioteca de carácter anticlerical.— Imprenta de Juan Iniesta; Mendizábal, 22 (Barrio de Argüelles); Madrid, 1884.

(2) SCENAS DA VIDA DEVOTA: O CRIME DO PADRE AMARO: *nova edição inteiramente refundida e recomposta.*— Livraria Internacional de Ernesto Chardron, Editor; Porto e Braga, 1880.

De esta traducción es la versión castellana en dos volúmenes, hecha por Ramón del Valle Inclán y publicada en la Casa Maucci (Barcelona, s. f.)

tes, correcciones y ampliaciones del texto primitivo, porque esa sería materia para un estudio especial; pero son tales y de tal monta que dan idea de la manera intensa, fecunda y razonadora que tenía de trabajar Eça de Queiroz. Quien quiera documentarse acerca del método de trabajo del gran novelista portugués no tiene sino consultar un curioso estudio de Albino Forjaz de Sampaio, ese autor interesantísimo y virulento, en su libro *Chronicas imorais*, publicado en Lisboa por la Empresa Editora Fluminense, y según desatinada costumbre de editorzuelos poco escrupulosos, sin fecha...

O CRIME DO PADRE AMARO marca una fecha singular en la novela lusitana: la creación del realismo, y así lo consignan en sus historias todos los críticos razonadores y sagaces, lo mismo Teófilo Braga que el severo Fidelino de Figueredo, que arranca de esa publicación su *Historia da litteratura realista* (1875-1900). Ni Julio Diniz, a pesar de que José Agostinho le atribuya el máximo de realismo, *in odium auctoris*, en su folleto dedicado a Eça de Queiroz (1); ni Francisco Bordallo con sus novelas marítimas tan interesantes; ni D. João de Azevedo (1815-1854), cultivador de la novela psicológica en *O Sceptico* y *O Misanthropo*; llegan al punto de realismo pleno que culmina

(1) José Agostinho: *Os nossos escritores*: IV.—*Eça de Queiroz*, cap. III, pág. 78. (Porto, 1909).

en O CRIME DO PADRE AMARO. Esta fecha de 1875 es un *dies albo notanda lapillo*. Fué escrita la obra de 1874 a 1875, en Newcastle.

En la misma ciudad compuso, planeó y redactó casi en su totalidad O PRIMO BASILIO, segunda novela realista, la mejor suya en sentir de muchos críticos. Fué escrita O PRIMO BASILIO desde Septiembre de 1876 a Septiembre de 1877; un año justo le llevó su composición y factura, lo cual da prueba de la honradez y probidad literaria con que trabajaba Eça de Queiroz. En 30 de Julio de 1878 fué trasladado a Bristol; de modo que allí concluyó de corregir las pruebas de O PRIMO BASILIO, que allí está fechado (1). De Octubre de 1878 a Octubre de 1879 recompone y remodela totalmente O CRIME DO PADRE AMARO, para publicar la edición definitiva y única que ha sido estimada, en 1880. En la misma ciudad, en el apartado arrabal de Clifton, donde vivía entre flores, compone la vasta y voluminosa obra OS MAIAS (2), sólo comparable en extensión y en abundancia de episodios, incidentes y escenas y profusión de personajes a *La Regenta*, de Leopoldo Alas, o a *Fortunata y Jacinta*, de Galdós...

(1) De O PRIMO BASILIO hay una traducción castellana *El Primo Basilio*, traducida por Ramón del Valle Inclán: Casa editorial: Maucci (Barcelona, s. f.)

(2) De OS MAIAS hay una traducción castellana: *Os Maias*. Episodios de la vida romántica, traducción por Augusto Riera; Dos volúmenes, Casa Editorial Maucci (Barcelona, s. f.)

E Ç A D E Q U E I R O Z

OS MAIAS fueron escritos en Bristol, en los largos ocios consulares, y primitivamente se titularon *A Capital*, que es en verdad título más adecuado a la magnitud de la obra, a la amplitud de ambiente; no es realmente otra cosa sino un cuadro de la vida de Lisboa (1), en que el autor acumula a veces con exceso y recargamiento todas las observaciones de tipos, personajes y ambientes, hechos al través de sus años de bohemia y de juventud en la capital del entonces reino de Portugal.

V

PERÍODO DE MADUREZ EN EÇA QUEIROZ.—SU MATRIMONIO.—SUS NOVELAS ÚLTIMAS.—SU MUERTE.

En la brumosa Inglaterra—de la cual fué tan detractor en lo político, como buen peninsular, y tan apasionado en lo literario y en lo social, en su arte, en sus costumbres y en su vida—llegó Eça

(1) «La energía de la pasión que devuelve en caricatura la impresión burlesca de las cosas y en insulto la impresión hostil de los hombres, la familiaridad y audacia de las invenciones cómicas, la vivacidad irreverente del artista enemigo de las convenciones sociales y la perfecta elegancia del mundano, capaz de dominarse y calcular los golpes: he ahí las cualidades que distinguen su ironía», dice Moniz Barreto en el estudio citado: *La literatura portuguesa contemporánea*.

de Queiroz a la plenitud y madurez de su talento, fogoso e indisciplinado e irrequieto en las primeras obras que luego compusieron el volumen *PROSAS BÁRBARAS*, ya más macerado y compuesto en las novelas de la fase primaria, que son heraldos del realismo portugués—*O CRIME DO PADRE AMARO*, *O PRIMO BASILIO*, *Os MAIAS*—y que había de madurar definitivamente en novelas posteriores como *A RELIQUIA*, comenzada en Bristol y rematada en Lisboa, en unas vacaciones que disfrutó durante el verano de 1884 (1).

Resulta *A RELIQUIA*, no la obra más completa ni más armónica de Eça, pero sí la más pintoresca y animada, pues a su nota realista mo-

(1) Hay una evocación emocionada de Ramalho Ort'gão en uno de sus volúmenes de *As FARPAS*, en que narra las escenas de aquellas vacaciones; una apuesta al billar con una gentil bañista, que les ofreció un abanico para que lo honrasen con sus firmas ilustres los cinco amigos gloriosos que se reunieron en Porto a comer: Oliveira Martins, Guerra Junqueiro, Anthero de Quental, Eça de Queiroz y el propio Ramalho. Dícenos que Eça andaba buscando una casita bien retirada y campestre, huyendo de la algarabía de las playas famosas: Figueira, Granja, etc., para terminar *A RELIQUIA*. «*Queiroz proseguirá da Granja para Lisboa e de lá para a linda casa que habita em Clifton, nas margens do Avom, em frente de Bristol; ao pé de um braço de floresta conhecido pelo poetico nome de bosque dos rouxinhoes, pequeno gentil cottage rodeado de massiços de flores, vestido de trepa-deira, n'essa humida profundidade de musselina sobre a qual se esfuman em côr de perola os esguios perfis das construcções de luxo do campo inglez.*» (*As FARPAS*: Tomo I, pág. 290; Corrazi Editor; Lisboa, 1890.)

derna de la primera parte—toda la evocación de la Lisboa *piegas* y devota, en cuyo mundo viven doña Patrocínio das Neves, el Padre Casimiro, el Padre Pinheiro y el pobre Raposo, torturado en aquel caserón del Campo de Santa Ana—añade la evocación plástica, refulgente y maravillosa de la pasión de Jesús en la segunda parte del libro, que forma cien páginas de las más cuidadas y bien escritas de este Eça que era siempre un maravilloso artífice de la prosa... De *pochade* reputó Camillo Castello Branco, asperrimamente, A RELIQUIA; ciertamente que no es payasada ni bufonada, novela que encierra tan estupendas escenas y tan admirables tipos como el Dr. Margaride, el tipo admirable de consejero grave y solemne, el erudito alemán Topsius y ese pintoresco Alpedrinha, que un crítico y poeta admirable, Alberto de Oliveira, ha reputado como representativo del alma andariega de Portugal (1).

Síguese a LA RELIQUIA (2) como un descanso en su labor intensa para esta obra, O MANDARIM, un scherzo, un juguete artístico, una Tanagra literaria, pero deliciosa de vivacidad, de fantasía y

(1) *Eça de Queiroz (páginas de memorias)*; Portugal Brazil Limitada. (Lisboa, 1918.)

(2) A RELIQUIA ha obtenido dos traducciones en castellano:—*La Reliquia*, novela, traducción de Ramón del Valle Inclán. Casa Editorial Maucci (Barcelona, s. f.), y *La Reliquia*, novela, traducción de Francisco Villasespa y Camilo Bargiela; F. Granada, Editor (Barcelona, s. f.)

de humorismo. Es una novelita que vale más que algunas obras voluminosas de autores pomposos. Fué publicada A RELIQUIA en 1885, y al año siguiente, en una licencia pedida para descansar de las fatigas que el clima británico le iba produciendo en los pulmones y en los bronquios, resentidos desde que abandonara el claro sol de su país, y antes de que en 1887, salga a luz O MANDARIM, Eça de Queiroz, de paso en Portugal, cásase en Porto, el 28 de Agosto de 1886, en la parroquia de San Martín de Cedofeita, con la señora doña Emilia de Castro Pamplona y Souza Rangel, de familia nobilísima y hermana del Conde de Resende, segundo varón de la familia que llevaba entonces el título por muerte del primogénito, de aquel mozo gallardo, tipo espléndido de aristócrata del Renacimiento que hemos evocado en páginas anteriores...

En 1888 publicado ya O MANDARIM, es trasladado Eça de Queiroz en 28 de Agosto a París, que era su sueño dorado y su aspiración suprema en la carrera consular. Así lo expresa en carta a Oliveira Martins, y era lógico que prefiriera a la oscuridad de un mediocre *cottage* inglés, el esplendor y el brillo de la vida intelectual en París, ciudad de arte.

Aquí emprende la publicación de la REVISTA DE PORTUGAL, sueño que él había acariciado hacía mucho tiempo, pues su *alter ego*, su Sosías novelesco, João da Ega, ya decía en OS MAIAS (vo-

lumen I, cap. V) que tenía la obsesión de publicar una revista "que dirigiese el gusto, pesase en la política, regulase la sociedad, fuese la fuerza pensante de Lisboa..." Por entonces había planeado una novela AS MONJAS DE RIBAJÓIA, que se quedó en conato frustrado, pues nunca llegó a publicarse, a pesar de que se anunciara en la *Revista de Portugal* y en el periódico de su amigo Lobo d'Avila *O Tempo* (3 de Mayo de 1889); pero en cambio, comenzó a publicarse en la *Revista de Portugal* un libro que no era propiamente novela, sino que era literatura de imaginación, admirable estudio de un tipo ideal de gran señor en las postrimerías del siglo XIX.

Carlos Fradique Mendes, que ya apareciera como personaje a medio esbozar en O MYSTERIO DA ESTRADA DE CINTRA, es ahora un hombre esquisito, perfecto, *um homem como ainda não ha*, diremos apropiándonos de una frase suya. Tiene algo de los voluptuosos de D'Annunzio y algo de los héroes ideológicos de Maurice Barrés, con mucho de los analistas exclusivos de Paul Bourget; Robert Greslou, Delrio y Sperelli podrían ser hermanos suyos. Pero ni está exclusivamente consagrado a la voluptuosidad amarga y lúgubre como Stelio Effrena, ni quiere ser sólo una reviviscencia del Renacimiento, *un beau félin du XIX^{ème} siècle*, como llamó Vogüé al Conde Andrea Sperelli; es un gustador refinado y exquisito de la vida. En él ha puesto Eça lo mejor de sus amigos; la gallar-

día legendaria del Conde de Resende, la agilidad física de Ramalho Ortigão, el vigor intelectual de Oliveira Martins, la elegancia del Marqués de Soveral, la mundanidad de Carlos Maier y mucho de su propio espíritu, artista ante todo... Y así ha hecho de A CORRESPONDENCIA DE FRADIQUE MENDES, si no la más completa, la más exquisita y excelsa de sus obras.

Síguese luego un paréntesis largo de silencio, casi nueve años, sin publicar libro alguno, aunque siempre consagrado a las colaboraciones en periódicos de América, que más tarde habían de reunirse y recopilarse en los cinco volúmenes: CARTAS D'INGLATERRA (1902), ECHOS DE PARÍS (1902), NOTAS CONTEMPORÁNEAS (1909), CARTAS FAMILIARES E BILHETES DE PARIS (1910) y ÚLTIMAS PÁGINAS (1911).

Dábase en el espíritu de Eça una reacción artística considerable y una regresión de amor y culto a la patria, que se tradujo en ese canto glorioso al viejo Portugal que se titula A ILLUSTRE CASA DE RAMIRES (1899), obra admirable, tanto en la parte histórica y reconstructiva, en la novela a lo Walter Scott que escribe el protagonista Gonçalo Mendes Ramires, y que se injerta en la otra fábula, como en la acción moderna, vivida y vibrante, con notas realistas y fuertes. En mi entender es esta la mejor novela, la más armónica de Queiroz. A ella sigue A CIDADE E AS SERRAS (1900), que ya no pudo corregir en pruebas...

E Ç A D E Q U E I R O Z

La tisis mesentérica iba minando su organismo débil, torturado por ciertos excesos de juventud y por los climas húmedos en que había vivido; en 28 de Julio de 1900 va a Suiza en compañía de Ramalho Ortigão; sigue éste en 2 de Agosto su viaje a Berna e Interlaken, hacia la Engadina, y deja en Glion a Eça mejorado y animoso, leyendo y fumando; pero el novelista siéntese grave y regresa a París una semana antes de morir. Muere en su casita de Neuilly, a las cuatro y media de la tarde del 16 de Agosto de 1900. Dejó como obras póstumas SAN CRISTOBAL, SAN ONOFRE y SAN FREI GIL, tres maravillas de hagiografía cristiana sobre un fondo de novela realista moderna.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

Madrid, 12 de Junio de 1920.

I

SAN ONOFRE

I

Onofre, desde los veinte años, vivía en el desierto de la Tebaida...

Su caverna de solitario estaba en lo alto de un monte, todo de roca rojiza y desnuda, sin un espinoso o un musgo que suavizase su aspereza; y seguramente antaño había albergado salteadores sarracenos, porque el amplio enlosado que delante de ella se extendía, en explanada, estaba cerrado y defendido por un muro de piedras sueltas, ennegrecidas por el humo de las hogueras, y con saeteras como las de una ciudadela. Asperos pedregales cavados en la roca descendían tumultuosamente a un valle donde un hilo de agua cayendo de peña en peña había creado un huerto de hierbas silvestres, tamariscos, terebintos, tres altas palmeras y hasta una mimosa que cada primavera florecía y perfumaba el yermo... Más allá, detrás de gruesos peñascos de pórfido, estaban las arenas, las inmensas arenas arábicas, ondulando hasta el

E Ç A D E Q U E I R O Z

Mar Rojo, lisas, refulgentes, como la piel de un león...

Cada vez que la mimosa se cubría de gajos amarillos, Onofre, con un hierro de lanza encontrado en el fondo de su caverna, marcaba en la roca una raya: como las que su padre, en su taberna, en la ciudad de Afrodita sobre el Nilo, trazaba en la pared para apuntar los años del vino Marcótico...

Cada tres meses aparecía un monje, montado en su dromedario, trayendo en serones de esparto esos panes de avena, duros y más anchos que ruedas, que los abades de los monasterios distribuían entre los solitarios de la Tebaida. Sin descender del dromedario, el monje daba a Onofre su pan, bebía una taza de agua fresca, contaba la noticia considerable de algún edicto imperial sobre los cristianos, de otro César aclamado por las legiones, o de una herejía inesperada que afligía a la Iglesia, y se marchaba, desaparecía entre las dunas, encorvado bajo su larga capucha, al lento tintinear de los cascabeles de su dromedario. Durante muchas lunas, Onofre no divisaba otro rostro humano. Y su vida seguía, siempre igual, como el agua de su huerto, que con el mismo rumor corría en las mismas piedras.

Cada noche, aun con las estrellas palideciendo en el cielo, dejaba el montón de hojas secas que le servía de lecho, ataba una cuerda en derredor de su túnica de piel de cabra, y arrodillado, con

los brazos abiertos delante de una cruz de madera clavada entre dos losas, en la explanada, comenzaba su oración, hasta que en el fondo de los arenales, ya rosados, el sol surgía en el cielo sin nubes, ya ardiente, todo de brasa y de oro... Entonces, en pie, Onofre entonaba un cántico agradeciendo al Señor el día nuevo... Después, en obediencia al precepto de San Antón, que atribuía al trabajo tanta virtud como a la oración, cogía su hazada, su podadera, su balde de cuero, y descendía cantando a trabajar abajo, en aquel huerto que el agua había formado y que él ensanchaba pacientemente sobre las arenas, para que se cumpliese la palabra divina y *el Desierto se cubriese de flores...* Cuando el cielo pesado flameaba en su inmovilidad, y los ramajes se ennegrecían como bronces en la refulgencia ambiente, y la tierra le escaldaba los pies desnudos, Onofre, fatigado, sediento, jadeando como un buey en la labranza, subía a su caverna, desenrollaba los rollos de papiro que contenían los Cuatro Evangelios y encogido en una zona de sombra, después de besar las líneas divinas, sumíase en una meditación en que toda la vida del Señor revivía lentamente en su alma y la inundaba de dulzura o la traspasaba de dolor... Postrado, con el rostro en las losas abrasadas, oraba; y de nuevo volvía a su dura labor, cantando salmos, mientras la azada golpeaba el terruño, o los hombros se le doblaban bajo la carreta de pedruscos, para que sin cesar subiese del yermo

hacia el cielo, como un humo de ara que nunca se apaga, el tributo de su corazón...

Lentamente, montes y rocas se teñían de un color rosado semejante a un rubor humano; las alturas eran de ámbar fino; en los follajes, más ligeros y como aliviados, pasaba un estremecimiento de alas, un piar fugitivo de las aves que venían a beber a la fuente; y cuando Onofre se recogía al alto cercado, con su azada al hombro, todo el desierto, allá abajo, hasta el mar, brillaba como una lámina de cobre... El sol descendía por detrás de nubes que ensangrentaba; y era entonces cuando el Solitario, aliviando la fatiga con un largo suspiro, se sentaba, con una corteza de pan duro y unos pocos dátiles en el regazo y su jarra de agua fresca posada junto a la cruz... Con los ojos tendidos por las inmensas arenas que palidecían, Onofre comía lentamente...

Cada sorbo de agua difundía en su ser, con la frescura, el contento de todo un día consagrado a trabajar en la obra de Dios. Y su Oración de Gracias era tan enternecida que las lágrimas, una a una, le resbalaban por las barbas polvorientas.

La luna, curva como una barca del Nilo, o redonda y brillante como la rueda de un carro sagrado, rozaba la cima negra de la Cordillera Árabe. En la torrentera los chacales aullaban descendiendo a la fuente... Después todo enmudecía; y Onofre, recostado en el parapeto, embebido en la frescura y en la paz del claro de luna, sentía en

S A N O N O F R E

aquel silencio universal el palpitar cansado de su corazón. Pero aun esos instantes de reposo los consagraba al Señor;—atribuyendo solamente a su misericordia el impulso que le había arrancado de entre los hombres y del lodo en que se chapuzan, y le había traído a la pureza de esta soledad, donde la eterna Verdad se divisa tan claramente como aquella gran luna, lustrosa y consoladora... En su reconocimiento se postraba de nuevo ante la cruz, y de rodillas, cantando un último salmo, después de arrastrarse tres veces en torno de su cercado, Onofre penetraba en su negra caverna y se tendía contento en su lecho de hojas secas...

Así, en aquella inmensidad de arenas, que ondulaba desde Egipto hasta Arabia, bajo esa inmensa curva del cielo donde se fatigaba el aletear de las águilas y de los vientos, se movía aquella forma solitaria, única entre tanta inmensidad, siempre diligente como una abeja que fabrica su miel; orando con los brazos abiertos, cavando la tierra, hojeando el libro sagrado, trepando por los peldaños de la caverna con su odre de agua, de hinojos en las losas ante la cruz, entonando desde el borde de su cercado un cántico de gran esperanza, sumergiéndose en las tinieblas de su caverna, emergiendo ansiosamente de ella para volver a la oración, al trabajo, al éxtasis, a la penitencia incansable... Dios miraba... y esperaba...

II

Pero como el Solitario iba penetrando en la perfección, el Demonio, inquieto con el santo ruido que surgía, corrió al Yermo; y desde entonces comenzaron en el alma de Onofre los sustos, las sorpresas, los ruidos, los combates de una ciudadela cercada. El cenobita con quien él al principio habitara en el desierto de Scetis, el viejo Apolonio, que había traspuesto un centenar de años y sólo conseguía ya caminar con las manos en el suelo, le había instruído muy ampliamente acerca de las artes múltiples y ondulantes de Satanás, que invade los corazones, menos por la fuerza y despedazándolos, que por una penetración de horrenda y abominable dulzura... Y sin embargo, tan seguros y serenos fueron sus primeros tiempos en el Desierto, que Onofre, como un centinela que ve en derredor la planicie sólo cubierta de espigas y de luz, y se recuesta en la lanza, y se adormece, había dejado al Enemigo penetrar en su ser, con la facilidad de una culebra que se escurre entre las tablas mal juntas de una cabaña... Aun él cada día, al oscurecer, reposando al borde de su cercado, con los ojos hundidos en las estrellas, agradecía al Señor aquella dulce misericordia que caía en su alma como una fuente de leche, y ya la serpiente bebía de esa leche... El arbusto da

el perfume de su flor y no siente el gusano; Onofre no sentía al Demonio deteriorando la raíz de su perfección. Había sólo entonces en él, a esa hora de silencio y de estrellas, una evocación tan dulce de la ciudad de Afrodita y de la taberna de su padre, que apoyaba la cabeza sobre la roca, y cerraba los párpados para retener más cerca del alma esas imágenes inesperadamente bellas, de arbolados y de casas blanqueando entre los arbolados, y de alegres rumores humanos...

La taberna de su padre era en el barrio griego de Afrodita, junto a la Puerta de las Arenas, a la orilla de un bosque de mimosas y sicomoros que, sobre una colina más alta que las murallas, se extendía hasta un pequeño santuario de Esculapio.

Por aquel lindo bosque acompañaba él a su madre—que era griega, de las Islas Egeas—cuando, ya pálida, consumida por los ardores del Egipto, iba ella a suplicar la salud al Dios helénico, al claro Idolo de barbas doradas, y a derramar sobre su ara el aceite puro del Atica, que llevaba en la mano en una cántara pintada. Era siempre de madrugada, cuando en los vergeles del santuario cantaban los gallos consagrados a Esculapio...

Del lado de las murallas donde estaba acuartelada la Legión Germánica, venía el son áspero y grave de las trompetas, que le hacían pensar en marchas triunfantes por países bárbaros y altas ciudades amurallada. Y su pobre madre se detenía, fatigada.

con la mano transparente sobre un tronco de árbol, respirando el aroma disperso de violetas entre la hierba, que le recordaba la dulzura de su patria.

Por aquel bosque cruzaba también todas las tardes, con su jarra de greda bajo el manto de lino, a buscar a la taberna cerveza de Cilicia o vino Marcótico, el viejo Ammonio, el archivero del Santuario, que le enseñaba las Letras, los Números, ciertos dictámenes de Música, las divisiones del Imperio Romano y hasta, sobre una esfera hecha de mimbre fino, el caminar de las estrellas... ¡Buen Ammonio, que siempre le había amado, que le admiraba tanto por su inteligencia y que hasta había aconsejado a su padre que le mandase a estudiar, a las Escuelas de Alejandría, la Gramática y la Retórica!...

No todos los paganos indudablemente van al Infierno. Aquél era sencillo, suave, humano, y siempre en la taberna desmigajaba sobre el suelo un poco de su pan para las golondrinas y para los ibis...

Así Onofre cavilaba y recordaba a la puerta de su caverna, entre las rocas, envuelto por el Desierto... Y como huéspedes bien acogidos en casa abierta y repleta, que vuelven contentos trayendo a otros camaradas, estos pensamientos invadían cada noche el alma del Solitario, arrasando otros, más ligeros, más llenos del rumor y de la alegría del mundo que él había abandonado... Todos procedían siempre de aquella ta-

berna del *Gallo*, tan clara y fresca entre los sicomoros... ¡Qué aseada y bien gobernada estaba!... Junto a la puerta estaban colgados los azotes para los siervos que no extendiesen bien finamente por los patios la arena roja entre los macizos de rosas, o que no esponjasen cada madrugada, sobre los muros pintados de amarillo, el humoso rastro de las lámparas...; pero, en verdad, sólo sobre el azote se amontonaba el polvo; tanta era la diligencia y el orden... ¡Ningún pan se amasaba en Afrodita más suave y blanco que el del *Gallo*!... Y para comer las ostras de Canopia, que todos los días llegaban por las barcas del Nilo, en gruesas cajas forradas de algas, venían allí mercaderes ricos y hasta sacerdotes: porque los que sirven a los ídolos son siempre voraces...

También los griegos, en aquel barrio nuevo, escogían siempre *El Gallo* para rematar a la noche con danzas las horrendas fiestas dionisiacas... ¡Cuántas veces, antes de que la verdad penetrase en él, había ayudado culpablemente a colgar linternas en el ancho y profuso sicomoro que ensombrecía el patio del lado de las murallas!... Al oscurecer aparecían los místicos en bandada, mozos y muchachas, de regreso del Templo, coronados de hiedra y chopo, disfrazados con máscaras, envueltos en pieles de macho cabrío, cantando los himnos de Yacos... Los siervos subían luego de la bodega, sosteniendo por las asas un enorme cántaro de vino nuevo. Caretas y pieles eran arrojadas

das junto a las mesas, armadas bajo el velario de esparto, cubiertas de aceitunas, de pasteles de miel, de frutas en cestas y de hielo que brillaba... Todos corrían a refrescar las caras, abrasadas y llenas de polvo, en la ancha piscina, al lado del pesebre de los dromedarios... Dos mozos de los más ágiles danzaban entonces la Pirrica, levantando vasos a manera de escudos y blandiendo, como lanzas en un combate, los tirsos de mirto y de rosas... Después el cántaro enorme de vino era arrastrado al medio de la explanada, coronado de flores; y todos, con las manos juntas, los muchachos alternando con las mozas, la Fuerza entremezclada con la Gracia, bailaban al son triunfal de las flautas y de los crótalos el Coro sagrado, gritando: "¡Yacos! ¡Sé con nosotros!..." ¡Delirios abominables!... Pero en el danzar de aquellas paganas, destinadas a los fuegos del Infierno, más blancas que los mármoles y con formas impuras de Diosas, ¡cuánto arte perverso y cuánta belleza!...

Sobre todo, una de ellas, Glyceria, que era hija de un grabador de perlas finas, y habitaba tan cerca del Gallo, que él la sentía cantar, hilando a la vera de su portal, o colgando en las ramas del limonero las ropas del hermano pequeñito... Muchas veces, pasando por su puerta, de madrugada, vió trazados con tiza loores a su hermosura y a la gracia de su andar: "*¡Glyceria, por ser la más bella, precocupa a Venus!... —¡Tus pies, oh,*

Glyceria, correrían sobre lirios sin mancillarles la pureza!..." Y él se ruborizaba indignado, como si sorprendiese un ultraje. Tenía entonces quince años y ella veinte; y cuando la divisaba al borde de la terraza, ligera y blanca, con el hermanito al cuello, una melancolía sin motivo, dulce como el crepúsculo, descendía sobre su corazón... La última vez que la había encontrado, había sido en esa mañana, en que él subiera al Templo de Esculapio para despedirse del viejo archivero, su maestro...

Era a la hora de la siesta; y en derredor del Santuario, blanco y lustroso, el bosque sagrado reposaba en el esplendor del sol de Agosto, sin un murmurio de ramaje, abrigando aquí y allá, en la sombra fresca, alguna desnudez de estatua que brillaba... Y en el silencio, el gotear durmiente de las aguas lustrales sobre las bacías de pórvido, el arrullar fugitivo de una tórtola, eran aún como rumores religiosos, llenos de gravedad y de dulzura...

El enorme Esculapio, sobre su altar, en lo alto de las escaleras de mármol color de rosa, sonreía beatíficamente en su barba dorada, recostado en su bastón, donde se enroscaba una culebra de bronce. En una jaula de cedro, las dos serpientes rituales, gordas, moteadas de amarillo, dormían con beatitud sobre fofas lanas de Mileto... A un rincón, en su silla de marfil, el Sacerdote de servicio dormía también, con las manos resplande-

cientes de anillos posadas sobre el vientre, y una punta del manto de lino extendida sobre la faz, sudada y lustrosa. Y en el ara de bronce, cubierta de brasa, un humo ligero y lento y recto y perfumado, subía como una prez continua y serena... En espera de su maestro, él paseaba en la frescura de los pórticos, entre las columnas de mármol, cubiertas de estelas votivas y de pétalos de mimosas, ahogando sobre las losas bien lavadas el ruido de sus sandalias, cuando ella asomó por la larga avenida de palmeras... Lenta y pensativa, con las manos envueltas en el velo ligero de color de azafrán, que le colgaba de los cabellos, vino caminando por la franja de sombra hasta la escalinata de mármol, que sus rodillas tocaron ligeramente... Y sus ojos, que levantó vagorosamente hacia el Dios, y donde una lágrima bailaba, eran como dos piedras preciosas refulgiendo bajo el agua... Después, con la mano que había sacado del velo, dejó caer sobre el ara un puñado de incienso. Contempló un instante el humo aromático que envolvió la faz del Idolo; y bajó por la avenida, a pasos lentos y pesados, con el semblante caviloso, bajo la sombra angosta de las palmeras. Glyceria resplandecía de salud y de lozanía... ¿Para qué ser bien amado había venido a implorar a su Dios?... Lejos ya, bajo los árboles, su velo, recogido en un rayo de sol, resplandeció como el oro... Y nunca más la había vuelto a ver...

Una noche en que así cavilaba, con la cabeza

recostada en las rocas, sintió cerca como un rumor de sandalias y un aroma lento de incienso. Abrió los ojos, con espanto, y en el sitio de su negra caverna vió que blanqueaban los mármoles del Templo... ¡Esculapio sonreía en sus barbas doradas, el ara humeaba dulcemente y Glyceria, sin velos, extendía los brazos!... Pero era hacia él, no hacia el Dios, hacia quien extendía los brazos suplicantes y desnudos. Bajo la túnica, apenas fruncida, su seno palpitaba como un deseo que anhela y se contiene... Toda ella sonreía, con los párpados pesados... Y el calor de su cuerpo irradiaba a través de los tejidos ligeros...

Tan viva y real era aquella presencia, que Onofre murmuró, temblando: "¿Qué quieres?..." Y ya se levantaba, sus manos se hundían en aquellas blancuras de carne y mármol, cuando todo desapareció súbitamente, como sorbido por la negra boca de la caverna... Entonces Onofre, con inmensa tristeza, reconoció que el Demonio había penetrado al fin en su soledad... Aquellas evocaciones de los pasados días, que creyera enviadas por Dios para que él ahora, viviendo en las delicias de la Verdad, las contemplase con el saludable horror con que el hombre, un momento extraviado, contempla las manchas de vino en la túnica que se quitó del cuerpo;—eran traídas por el Demonio que las embellecía, para que lo que en él aun quedaba de carnal y humano se aficionase a su dulzura...

Y en efecto, se había estremecido y había suspirado. ¡Su alma, pues, que había recogido toda dentro de Dios, no estaba aún segura!... Tumbado sobre las losas, con los brazos apretados en torno de la cruz, Onofre imploró fortaleza al Señor durante toda aquella larga noche...

III

Como un centinela desconfiado a la puerta de un castillo, vigiló él entonces severamente los pensamientos que se le presentaban procedentes de su pasado, y sólo recibía aquellos que traían la marca luminosa de la Gracia...

El más dulce de esos era el del buen Ahmés, un esclavo nubio que su padre había comprado a un bando de sarracenos nómadas, y que, habiendo recorrido la Arabia y la Mauritania y el Africa hasta el país de los Garamantes, le contaba en su infancia maravillosas historias de guerras, de leones, de pueblos terribles y de tesoros escondidos en cavernas... Su padre, desde que había terminado la persecución de Diocleciano, solía alquilar dromedarios a los cristianos de Alejandría y del Delta, que subían el Nilo hasta Afrodita en peregrinación a los Monasterios de la Baja Tebaida.

Ahmés, que conducía como camellero esas cara-

vanas piadosas, había adorado a muchos Dioses, porque había servido a muchos amos... Pero desde esas primeras jornadas a la Tebaida reconoció y comprendió al verdadero Dios, a través de la bondad y de la caridad, tan nuevas para él, de esos dulces cristianos, pacientes y piadosos, que le ayudaban a arrear los dromedarios, le sacaban de los pies las espinas o las lascas de las conchas, participaban con él de sus porciones de lentejas y aceite, y bajo la tienda, delante de las hogueras, o en las siestas, a orillas de los pozos, le llamaban, le cedían un sitio, como a un semejante y a un hermano. Las aguas inestimables del Bautismo habían bañado al fin rescatadoramente su miserable cuerpo de esclavo, más lustroso que el ébano y todo cubierto de las cicatrices del azote y de los hierros...

El buen Ahmés, desde entonces, resplandecía de contento y de paz. Y había sido ese pobre siervo rescatado por el alma, quién le contó de ese Dios nuevo que había nacido humildemente en un corral, erraba por los caminos de la tierra con los pies desnudos, y rodeado de pobres enseñaba la Caridad, la Bondad y la Humildad, deteníase a la puerta de los caseríos a besar a las criaturas y había querido morir, por amor a los esclavos, en una cruz, como un esclavo...

Era siempre de noche, en el cubículo en que él dormía, bajo el cobertizo de los dromedarios, cuando el buen Ahmés, agazapado en una estera,

con los ojos reluciendo como estrellas, le desenvolvía esa historia maravillosa: la de aquel gran Reino celeste más allá de las nubes, hacia donde irían todos aquellos que amasen a Jesús y cumplieren su ley, después de la muerte, sin tardanza, a continuar una vida incomparable, toda hecha de delicias, entre vergeles de cristal y oro...

Y en estas revelaciones de Ahmés, sentía él en su alma un rumor, un brillo de claridades y la frescura de un aire más puro, como si fuese una casa mucho tiempo cerrada y ahogada, donde alguien, bruscamente y una a una, abriese las ventanas a la brisa y al sol de la mañana...

¡Qué alborozo entonces cuando aparecía en la taberna, conducida por el gordo Basilio, diácono de la iglesia de Afrodita, una bandada de cristianos que desembarcaba y venía a subastar los dromedarios!... Hasta ese día, siempre se había apartado de ellos con un vago susto, una desconfianza que le había quedado del tiempo en que su madre le contaba que los cristianos "comían niños rebozados en harina", y para acallarle los lloros, las rabietas, murmuraba señalando a la puerta: "Calla, hijo, calla; si no, vienen los cristianos que te comen..."

Pero ¡después!... Apenas ellos asomaban, corría, más reverente que ningún siervo, para aliviarles de los fardos y de los bagajes, y acarrea-
ba alegremente el agua para las abluciones y extendía alfombras bajo los pies de los más viejos,

atento a sus menores movimientos como a considerables actos de santidad. Cuando su padre, cogiendo las láminas de plomo y el estilete, comenzaba a sumar las cuentas, él se ruborizaba, temiendo su codicia. En la Puerta de las Arenas esperaba largas horas, entre los publicanos, el regreso de las caravanas. Y si al llegar, alguno de los peregrinos cristianos, polvoriento y tizado de los soles, le reconocía y le hacía señas, sonriendo desde lo alto de su dromedario;—su corazón palpitaba de alegría y de orgullo.

Después, en esas noches, en su cubículo, no se cansaba de escuchar al buen Ahmés contando las marchas y los descansos, y los monasterios floreciendo en los Desiertos, y las nuevas hazañas de los grandes solitarios: Mucio, para que sus discípulos se abrigasen, haciendo reverdecer una acacia seca; o Pacomio, para atravesar el Nilo, llamando por señas a un cocodrilo y montado sobre su dorso... El deseo de acompañar también a las caravanas y de presenciar tan dulces maravillas fué entonces en su alma más imperioso y ardiente que una larga sed en un arrenal desierto... Pero esa sed de qué sufría, ¿con cuánta prisa y misericordia se la satisfaría el Señor?...

Dos monjes de Siria, Germano y Casiano, habían llegado entonces a Afroditópolis para comprar dromedarios, después de una larga peregrinación por la Nitria y el Desierto Líbico, con intención de visitar luego los Monasterios de la

Baja Tebaida hasta Colzim y el Mar Rojo... Y su padre, que deseaba entonces contratar con los Abades de esos monasterios la provisión de trigo y aceites y lanas, determinó de repente que saliese en esa caravana de los dos monjes sirios, llevando cartas de Archebio, Obispo de Pafenizia. ¡Qué sorpresa, qué alborozo!... Juan Casiano y su compañero eran del país de los Escitas, pero pulidos por una prolongada residencia en el Asia Menor, y ambos hombres de gran saber y dulzura. Y cuando en aquella primera noche en que acamparon junto a las grandes sierras de donde se saca el mármol rojo, él, temblando, suplicó a Juan Casiano que recogiese su alma para conducirla hacia la Verdad, fué como si por primera vez supiese lo que era la ternura de un padre. ¡Oh, incomparable jornada en que cada paso, más sabroso que el de un triunfo, le aproximaba al Cielo!...

Entonces conoció íntegra y más verdadera de lo que había sabido enseñársela el buen Ahmés, la doctrina de Jesús; y la Fe penetró en su corazón con la certeza y el fulgor de una espada. El cielo no era más luminoso que su esperanza en aquella madrugada en que divisaron el monasterio de Scetis y las tres palmeras que están a la entrada, teniendo cada una, colgante de las ramas bajas, disciplinas de cuerda, de cuero y de hierro, porque su regla es austera... La bocina del vigilante que observa las estrellas en la torre de la iglesia

despierta de noche, de hora en hora, a los monjes para que rezen de pie en sus cabañas, estrechas como ataúdes, sin puerta, sólo guarnecidas de una reja baja contra los escorpiones. De día cada uno permanece aislado en su cabaña, cruzado sobre un montón de hojas de papiro que les sirve de lecho, rezando sin cesar, trabajando sin descanso, tejiendo esteras, copiando evangelios, cosiendo odres, puliendo ágatas. Al declinar del Sol, el Dispensero viene a colocar silenciosamente a cada puerta un pan duro... Entonces, en el aire, más fresco, pasa el lento y largo suspiro de aquellos penitentes, que al fin descansan. En el corto crepúsculo, con los brazos ociosos, contemplan desde la angosta abertura de las celdas los altos montes, que rodean el monasterio, y el cielo, que es la preocupación de sus almas... A la noche los chacales aúllan en las quebradas. En la oscuridad de cada celda hay gemidos y el restallar de los azotes. Después todo enmudece; y dos monjes de los más viejos, sumidos en sus capuchas, rondan a través del monasterio adormecido, con lámparas y grandes cruces, para ahuyentar a los demonios que bajo formas horrendas o hermosas invaden a aquella hora el Yermo ... ¡Oh, la regla es dura; pero cómo da contento y paz a todas aquellas almas por sentir tan cierto y vecino el Paraíso!...

Por eso él, después de recibir el Bautismo, en día de Pascua, y haber comido el bollo de miel, y

haber revestido la túnica de inocencia, había suplicado entre lágrimas al viejo Abad Serapión que le concediese una celda para vivir entre sus monjes, en el trabajo perpetuo, en la perpetua oración... Pero el buen Abad no había consentido, porque su Fe era reciente; lo que un soplo alza un soplo derriba, y sólo almas experimentadas en mayor aspereza y soledad podían recoger en las dulzuras espirituales de aquel monasterio ilustre el premio de su fortaleza.

Entonces, por consejo de Serapión, penetró más lejos, en el Desierto, más allá de la Llanura de los Carros, en las agrestes serranías que se prolongan hasta Colzim. Y allí fué a servir a un viejísimo Solitario, a quien se le había huído el último discípulo con una bandada de sarracenos, para volver a sumirse en el pecado... Nilo era el nombre de ese Solitario espantoso, que tenía ciento veintitrés años y ya no podía caminar sino a rstras, con las manos sobre las piedras...

Tan larga y áspera había sido su penitencia en aquella soledad durante un siglo, que ya no temía a Dios ni oraba; y como un obrero que terminó la obra, se contentaba con mirar al Cielo, silenciosamente, en espera de su salario... Durante tres años en que Onofre había servido a aquel Santo terrible, nunca de él había recibido ni una sonrisa, ni un consuelo, ni un amparo; porque de tanto vivir en la soledad arenosa y pedregosa, aquel alma había tomado la sequedad de las arenas y la rigidez de

las serranías... Pero si él, entre dos largas oraciones, extendía más su descanso, o se retardaba a orillas del pozo salobre que le suministraba el agua, al punto los ojos del Solitario, aquellos ojos suyos pequeñitos y brillantes entre densas pestañas blancas, le traspasaban en una reprensión muda y dura... ¡Ah, nunca él había comprendido bien, verdaderamente, aquella virtud tremenda!... La fama de su vejez y de su santidad había invadido todo Egipto... De los montes y de las ciudades acudían monjes y hasta paganos para visitarle, unos con la admiración de tan espantosa penitencia, otros con la esperanza de ser curados por él de heridas y males... El terrible viejo, no obstante, ni siquiera consentía en que se aproximasen a su caverna, y un día hasta intentó lanzar contra uno más osado, que le quería tocar el cuerpo con la túnica de piel, una piedra, que su brazo ya no pudo levantar. Desde lejos le contemplaban los peregrinos, mientras sentado en el suelo, con los ojos bajos o perdidos en el horizonte, y tan ajeno a aquellos hombres como si fuesen piedras de su Desierto, bostezaba con lentitud o metía la mano entre la túnica para rascarse sobre el pecho y sobre los riñones las heridas incurables que le había dejado el cilicio. Por fin, una madrugada, acercándose él al montón de hojas secas que le servía de lecho, para ayudarle a levantarse, encontró al Solitario muerto... Muerto, como adormecido, en la postura de un niño, con la mano debajo

de la cara, las rodillas junto al pecho; tan pequeño, que las hierbas secas del lecho eran más largas; y su rostro, que habíase tornado color de rosa, sonreía con serenidad...

Por sus propias manos le había enterrado en la arena, junto a la gran cisterna; y cuando la fosa quedó bien cubierta de piedras, por causa de las fieras, él sintió penetrar en su alma el heroísmo penitente del viejo Solitario... Era como si hubiese heredado aquel alma formidable que se uniera a la suya y le comunicara su fortaleza invencible... Transportado en una inmensa esperanza, apeteció también ansiosamente unos cien años de desierto y de oración y de mortificación, y su nombre difundido por todo el Egipto cristiano, y una muerte igual, con la mano debajo del semblante, sonriendo, y tan pequeño que cupiese en los brazos de un ángel... Recogió entonces la túnica de piel que usaba Nilo, y su rollo de la Escritura y su bordón y su calabaza, y avanzó por el Desierto, hacia el lado del Oriente y del mar... Su sustento había sido un pan traído de la caverna del Viejo; para evitar que un bando de nómadas se lo llevase como esclavo, había estado una noche entera, agachado, enterrado en los lodos fétidos de una laguna; había luchado a pedradas contra las hienas; una planicie de sales, de aristas duras y cortantes, le había desgarrado los pies; caminando bajo el sol, lloraba de sed, contento de llorar porque bebía las lágrimas... Y bajo

estas angustias y terrores de la carne, su alma resplandecía, segura de que cada sufrimiento era un peldaño ascendido en la larga escalinata del Cielo. Por fin, una madrugada, había divisado aquellas palmeras ondulando al viento y la mimosa en flor, y en lo alto, abierta, como si le esperase, la caverna...

¡Con qué felicidad la había visitado, así como toda la sierra, de roca en roca, y la fuente clara y fría que cantaba en el valle, y los arbustos que la ensombrecían!... ¡Oh, maravillosa granja en la que era esclavo, para vivir a solas con su Señor!... Todo ese día había entonado cánticos de gracias... Y desde que allí habitaba, ya tres veces la mimosa se había cubierto de flores...

Así rememoraba Onofre ahora, cada día, su pasado piadoso. Y siempre salía de esta meditación con un contento mayor, más vivo, por la sublime obra que había emprendido...

Era magnífica y rara entre los hombres... Los monjes de Thebana, de Scetis, de la Nitria, del Lago María, vivían en las dulzuras de la comunidad y veían girar, en lo alto de las colinas, los molinos que les molían la harina, y si las fiebres les asaltaban, el hermano sabedor de las artes médicas corría con su frasco de óleo y el manojo de plantas salutíferas... Los solitarios no se apartaban de las cercanías del monasterio o del Nilo, que es la rica y populosa vía de comunicación de Egipto... ¡El mismo Antón!... El viejo sepulcro en

que se había enterrado hacía veinte años estaba a dos días de Afrodita, en el camino de las Caravanas... Pero ¡él, más solitario que todos los solitarios, habitaba los confines del mundo!... Al Occidente había leguas sin fin de arenas y rocas; a Oriente, el mar estéril, y sólo él, en aquellas soledades pavorosas, alzando su cántico perenne hacia el Cielo... Por eso también la mirada de Dios le distinguiría más claramente, así destacado y único en aquella inmensa extensión de tierra...

Y después, ¡con qué facilidad había él abandonado el mundo y los hombres y todas las alegrías de la Humanidad!... Un pobre esclavo, sencillo, inculto, le cuenta un día de ese Dios nuevo que había nacido en Galilea; y he ahí que sacude de sí, como una sandalia vieja, creencias y afectos, y las riquezas de su padre, y las promesas sorprendidas en las miradas de las mujeres, y en seguida se consagra completamente y para siempre, y se marcha y penetra en las soledades para servir y amar en silencio a ese Dios, aun mal conocido e impreciso, como una estrella entre nubes... ¿Dónde había habido Fe más dispuesta y más confiada?...

Por eso Dios también, agradecido, le había dado aquella serenidad en que vivía, ya hacía tres años, sin nostalgias que le punzasen ni terrores que le estremeciesen, seguro en aquellas bravías sierras, como un Rey en su palacio... ¡Oh, sin duda, la mirada de Dios estaba sobre él y todo lo en-

volvía en su esplendor sublime; y el Demonio y su soplo mundanal no podían trasponer, ni siquiera rozar, aquella gracia que le defendía...

En esto, una noche en que así pensaba, sintió como el deslumbramiento de una claridad; y levantando los ojos, vió entre la tiniebla, rasgada como un lienzo, una vaga nube refulgente, de donde Jesús, inclinado, con su cruz entre los brazos, miraba hacia abajo, hacia la tierra de Egipto...

Y, ¡oh dolor!, no era hacia él, único y tan visible, en aquella gran soledad, hacia quien se volvía y sonreía el semblante del Crucificado;—sino hacia allá, hacia el lado de las ciudades, hacia una multitud que se agitaba minúscula y oscura e ínfima, como un hormiguero, entre mieses y muros...

Alzó los brazos al cielo, y gritó desesperadamente:

—Oh, Señor mío, estoy aquí, yo, tu siervo, en el desierto!...

Pero entre las sombrías cortinas que se cerraban, la faz del Señor desapareció, desatenta, como si para ella no hubiese ni siervo ni desierto... Y todo volvió a caer en silencio y tinieblas...

Entonces, con los cabellos erizados de horror, Onofre comprendió que aquellos pensamientos en que se complacía, como si fuesen flores de su Piedad, eran sutiles retoños de su Orgullo... En una lacrimosa oración, prometió al Señor repeler de su alma todos los pensamientos del pasado, puesto que todos ellos, aun los de su dulce ascensión

hacia las Verdades, traían consigo la mácula del mundo, como raíces que, sean de planta saludable o de flor venenosa, vienen sucias del lodo negro en que estuvieron empapadas...

Y para mayor humildad, selló su promesa con la sangre que las disciplinas le arrancaron toda la noche del cuerpo...

IV

Entonces, para que esos pensamientos de su vida entre los hombres no le perturbasen el alma, Onofre, en la corta hora de reposo, al oscurecer, obligaba a sus ojos a contemplar una a una las apariencias de su Desierto. Inmóvil, a la orilla de su cercado, contemplaba ampliamente las formas y las semejanzas de las rocas: unas, escarpadas, lisas, como muros de ciudadelas; otras, agudas, avanzando en la sombra crepuscular como proas de galeras encalladas; otras, redondas, en montículo, de una blancura fúnebre, como cráneos que quedasen de una antigua y olvidada matanza... Pensaba en las tierras que se extienden hacia el Sur, en su aspereza y desnudez, en los antros que seguramente las excavaban, en los hondos barrancos, mudos, ahogados en tinieblas... Más lejos seguía la interminable lividez del arenal, ondulando a la manera de un sudario, donde el viento forma pliegues, hasta las orillas de un mar bravío, que

no se divisaba... Y más allá de las arenas y de las rocas y de los montes había aún otros montes y peñas y dunas y pantanos y soledades que le separaban de los hombres...

Entonces, lentamente, fué en él naciendo el espanto y después el terror de su soledad. Estremecido, recordaba las historias antaño oídas en la taberna del *Gallo* a Ahmés y a viejos camelleros de las caravanas que cruzan entre Berenice y la Libia, sobre las gentes tremendas y las fieras que pueblan aquella región, la más bravía de toda la tierra. Por las orillas del mar yerran las horrendas tribus trogloditas, que no tienen Dioses ni leyes; se alimentan de pez crudo y de las culebras de las rocas, beben sangre, poseen en común las hembras velludas y salen a rastras de sus cubiles de fango para aullar a la luna... Allí, en aquellos descampados, vive la más pavorosa de las fieras, el torosarcófago, que come la carne humana, es color de fuego y expele un vaho que reseca las plantas y alternativamente deja colgar los cuernos como muelles membranas o los enristra para el ataque, ¡tan agudos y largos y duros como dardos de hierro!... Pero terribles entre todas las fieras eran esas serpientes del Desierto Árábigo, tan largas y gruesas, que, en reposo y cuando están hartas, forman en la planicie como una colina de roscas y escamas, donde lucen arriba y se divisan de lejos las dos brasas de sus ojos... Y era en medio

de serranías pobladas por estos monstruos donde él vivía desamparado.

Entonces, abrumado por el miedo, comenzó a fortificar, como en la víspera de un asalto, el ancho cercado donde se abría su caverna. En largos días de trabajo sudoroso consiguió hacer rodar una peña frente a los ásperos peldaños que descendían hacia el valle y hacia el huerto... ¡Y sólo reconoció la inanidad de su obra!... Salvajes y fieras podían descender sobre él desde las cumbres del monte que desde el lado Sur se ligaba, por un dorso fácil, a otras sierras y a los arenales... Comenzó de nuevo la obra; jadeando y gimiendo, acarreó gruesas piedras hacia la boca de su cueva, donde todas las noches levantaba laboriosamente un muro, que cada madrugada deshacía. Pero, aun así amurillado, no sosegaba... Constantemente, silbidos, mugidos, el crujir de las piedras bajo patas blandas, sacudían y sobresaltaban su dormir angustioso... Cierta palpitar de alas, semejante a alfombras enormes que se sacudiesen, hacía ahora a cada instante sonoro aquel aire tan mudo y limpio de su desierto; y él no dudaba de que fuesen esas horrendas aves, de semblante humano, que asaltaban a los viajeros solitarios, les envuelven en las alas fel-pudas y les chupan la sangre. ¡Cuántas veces había oído él a Ahmés cómo dos soldados de la cohorte romana estacionada en Phulacon para escoltar a las caravanas de la Libia habían sido devorados por estos vampiros!...

Una noche sintió derribarse con estruendo el muro que cerraba su caverna. Hasta que la madrugada clareaba, no cesó de temblar, agachado en un rincón, con los cabellos erizados y el rollo del Evangelio abierto delante del pecho, como un escudo... ¿Qué valían, en efecto, piedras puestas sobre piedras? Sólo del Señor debía esperar la defensa que ninguna fuerza derriba.

Y no volvió a levantar aquella vana y frágil pared. Delante de la caverna plantó la cruz de madera. Pero el desierto parecía ahora lleno de rumores y de formas... Cada hora de obscuridad se convirtió en un inmenso pavor...

¡Con qué inquietud veía ponerse a lo lejos, sobre los desiertos de la Libia, el sol, que era su protección!... No se siente más desamparada una criaturita a quien la madre abandona en una senda oscura... Apenas la sombra caía en las quebradas y todo color se apagaba sobre las rocas, comenzaba en torno del Solitario el moverse y rumorrear de una vida tenebrosa y deforme. Vahos tibios y fétidos pasaban luego sobre su semblante; tropes de patas, el duro entrechocar de cuernos, ronquidos ásperos, estallidos de ramas que se parten, no cesaban en la densa tiniebla; lejos, en el arenal, corrían y volteaban claridades de antorchas, guedejas sacudidas en el aire y lienzos lívidos como sudarios; y hasta le parecía que los montes se removían, como dorsos cansados que se estiran... Inclinado, de bruces, desde su explana-

da, él distinguía entonces el lento ondular de alguna serpiente, cuyas escamas raspaban las rocas; más gruesa que un tronco de cedro, avanzaba silbando, pegaba la cabeza a la alta escarpadura de su monte, y lentamente, viscosamente, subía, crecía, llegaba tan cerca de él, que las dos brasas de sus ojos dejaban surcos rojos en la roca. Dando un grito, Onofre retrocedía, para esconderse en su caverna; y sorprendía entonces algún anca negra, una cola felpuda, desapareciendo por la abertura baja. Rodeado de monstruos, caía en el suelo, jadeando, esperando la muerte, en una postrera oración al Señor; y cuando alzaba la faz, todo había vuelto a la inmovilidad y a la mudez; y una estrella lucía en el cielo con serenidad... Pero su reposo no duraba mucho; otras visiones surgían luego de la sombra inagotable.

Al borde de la escarpada roca donde se abría la caverna, en lo alto, comenzó durante largas noches un silencioso y confuso moverse de larvas que se recortaban en su formas diferentes, con un color lívido, sobre la negrura del cielo... Eran enormes masas rastreantes, largas figuras semejantes a obeliscos, pescuezos que se retorcían en el aire como cintas al viento, teniendo en la extremidad una cabeza greñuda... Abajo, en medio del cercado, Onofre temblaba, esperando a cada instante que se precipitasen y cayesen sobre su cuerpo misérrimo. Pero ninguna se despegabá del borde de la roca en su cruzar incesante y mudo; sólo

a veces un largo brazo blando se escurría, colgado, raspando la piedra con garras ásperas; o un ala larga se desperezaba sobre la cabeza del Solitario, muy en lo alto, o una faz horrenda se inclinaba a acechar, con la faz colgante y color de fuego. Si se refugiaba en la caverna, sentía por encima, como si la densa masa de roca fuese sólo un tenue pavimento, el pesado tropel de patas blandas, y por las rajaduras de la bóveda, de repente, caía una punta de rabo que se torcía, o bajaba un dedo con una larga uña de hierro. Todo el monte parecía hervir de vidas monstruosas... Debajo de sus pies desnudos, la piedra tenía el calor y la blandura viscosa de un vientre... La propia abertura de su cueva, ya se ensanchaba, ya se cerraba, como una boca que espera la presa...

De madrugada su cansancio era tan grande, que apenas podía sostener la azada para cavar su huerta, y muchas veces se adormecía, exhausto, sobre las hojas abiertas del Evangelio... Para espantar a los monstruos imaginó acumular retoños y hierbas secas en su explanada y encender de noche una hoguera... Inmediatamente, entre las contorsiones de la llama, apareció un tremendo basilisco, serpiente color de brasa que tiene dos cuernos; y el humo formaba largos fantasmas cenicientos que se arrollaban al cuello del Solitario y lo estrangulaban...

Seguro entonces de su próxima destrucción, puesto que toda la Naturaleza arrojaba contra él

a sus monstruos, desde los más pesados hasta los más sutiles, Onofre aceptó con sumisión el destino que le marcaba el Señor; y una noche arrodillóse delante de la caverna, cruzó firmemente los brazos, y no se movió, esperando, casi apateteciendo el remate de los largos tormentos... Inmediatamente, una fantasma monstruosa y extraña apareció, y sin un rumor, sin que uno de los vastos miembros se moviese, quedó delante de él, con la rigidez y con la inercia pesada de un monte... Todo su enorme cuerpo se perdía en la sombra más allá de la explanada, y Onofre sólo le divisaba el gordo y enorme hocico, alargado en forma de trompa, y dos ojillos medio cerrados, perdidos en la gordura de una inmensa e intolerable estupidez y tristeza... Era esa, ciertamente, la alimaña suprema que le venía a devorar; y se tapó el semblante con las manos, trémulas, frías, murmurando la oración postrera...

Cuando de nuevo miró, el monstruo permanecía allí, inmóvil y mudo... Un pelo ralo y asqueroso cubría todo el inmenso hocico, donde relucía, como supurado de su gordura, un óleo denso y en bolitas. La abertura de las narices desaparecía bajo el moco que cuajara en ellas... Y sus dos ojos, pequeñitos, turbios, no se desviaban de Onofre, tan tremendamente estúpidos y de una tristeza tan crasa y densa, que huyó para no soportarlos, rodó hacia el fondo de la caverna, sollozando de desesperación... Transcurrieron largas e interminables

horas; volvió a rastras a acechar; la fantasma yacía ya inmóvil, lustrosa de gordura, pero estúpida y triste... Furioso el Solitario, agarró una piedra que le arrojó contra la tromba. La piedra no hizo ruido; el monstruo, impasible, miraba estúpidamente y tristemente al Solitario...

Gritó con un gran gesto de excomunión el nombre de Jesucristo, y apenas el sonido de la santa invocación murió en el aire mudo, la fantasma allí estaba, crasa, gordinflona, sombría, mirando al Solitario con su tristeza estúpida. Y así fué durante interminables y angustiosas noches. Ya orase Onofre, ya corriese afligido por la explanada, ya se encogiese en un rincón de la caverna con el rostro entre las manos, el monstruo allí estaba, en su pavorosa inmovilidad, tan lúgubre, tan estúpido, tan gordinflón, que parecía comunicar a las rocas de alrededor, a los montes, a los cielos, a las nubes, su gordura, su estupidez, su inmensa tristeza... Onofre pasaba las noches llorando, gritando de fastidio y de horror. Llegó un momento, más desesperado, en que Onofre decidió abandonar aquel desierto... Tomó su rollo de la Escritura, la cruz que había sido de San Nilo, y un día, antes del declinar del sol, comenzó a caminar hacia Occidente, hacia las sierras del Monasterio de Scetis.

Estaba al borde de la gran planicie arenosa cuando le cogió la oscuridad. Para comer el puñado de dátiles que había traído y beber de su ca-

labaza, descansó en una roca; e inmediatamente vió delante la alimaña disforme, que, sentada, sin que las patas se le distinguiesen del cuerpo, yacía como un monte sobre la arena, con la vasta trompa colgante y clavados en él los ojos, de estúpida y horrenda tristeza... El desgraciado Onofre huyó hacia atrás, hacia su roca, donde, al menos, su caverna le escondía. Y cuando de nuevo, alta noche, bañado en sudor, jadeando, pisó las losas acostumbradas, el monstruo allí estaba, con su trompa, con su tristeza, con su estupidez...

Entonces el Solitario sintió un intolerable horror a la vida, y sus ojos devoraban ansiosamente el borde de aquella alta roca desde donde podía caer para siempre en la paz y en la insensibilidad... ¿No se había matado Saulo?... ¿No había buscado y se había dado la muerte Pulqueria de Antioquía, a quien toda la Iglesia loaba?... ¿Qué era la confesión de la Verdad ante los Pretores romanos sino la voluntaria entrada en la muerte?...

Y cuando así pensaba, he ahí que de repente la trompa del monstruo se abre con lentitud, y aparece, sangrienta y profunda, su inmensa fauce. De fijo, Dios había determinado que aquél fuese su fin sobre la tierra... ¡Y él, con arrebatada gratitud lo aceptaba, pues que sería así más portentoso que el de todos los confesores en los martirios!... ¡Ah, que no hubiese allí multitudes para atestiguar la heroicidad de su Fe, y su confianza en el Señor!

S A N O N O F R E

Se encaró, levantando bien la cabeza (puesto que de seguro los Angeles le contemplaban) con aquella fauce, horrenda más que todos los horrores y que esperaba, abierta de par en par, para tragarse... Más vasta que un antro, con dos hileras de dientes afilados, de donde goteaba una sangre espesa, su profundidad desaparecía bajo una niebla y un vapor color de sangre. Y no se movía, con la indiferencia de un abismo natural, seguro de devorarlo... Entonces Onofre alargó los brazos, entonó furiosamente un cántico alegre y marchó hacia el monstruo y hacia la muerte... Súbitamente todo desapareció como una sombra en una pared...

Inmóvil, al borde de la terraza, Onofre se restregaba los ojos, espantado, como quien sale de una siniestra pesadilla. Y sentía un cansancio tan pesado, que allí mismo se acostó sobre las baldosas, y todo su ser se disolvió en un sueño benéfico y tranquilo... La madrugada, cuando despertó, era la más dulce y fresca y rosada que había conocido en el Yermo... Cuando descendió a su huerto, a llenar la jarra, encontró la mimosa toda en flor y en aroma...

Había llegado, pues, a la estación dulce entre todas en Egipto; *Shâ*, la Estación de los Retoños. Ya a esa hora en la negra Etiopía, el divino Nilo se estremecía, y recogiendo la buena tierra negra, como un Limosnero que llena los sacos, comenzaba su marcha magnífica hacia el Norte y

E Ç A D E Q U E I R O Z

hacia los Valles... Y en esa noche la luna, la que perpetuamente muere y renace, surgió sobre el Desierto, redonda y llena como un seno, derramando su luz como una leche cariñosa...

Toda la noche, sentado a la puerta de su caverna, Onofre embebió sus miradas en la luna, y recordaba, a su pesar vagamente, una canción de su ama, una esclava de raza cananea, en que se celebraba a la luna y su influencia, que hace fermentar los vinos y gobierna el amor de las mujeres...

La luna se había inmovilizado sobre el mar; Onofre sentía la caricia de su luz suave, y todo el desierto, con sus rocas y dunas, parecía vuelto hacia ella, para mirarse en su brillo, como en un espejo suspenso...

Dulces noches pasó así entonces en un inmenso reposo, estirado en las baldosas y bebiendo a trechos el agua fresca de su calabaza; porque la Estación de los Retoños es caliente y sin rocíos... Todo el desierto yacía en derredor iluminado, limpio completamente de Fantasmas y de Monstruos, en una amplia inocencia y más seguro que un templo... El Señor, en su misericordia, había barrido hacia allá lejos, con mano fuerte, el tropel deforme y roncante de los fantasmas y de los Monstruos... La niebla, donde se formaban los terrores, había sido disipada, y la Naturaleza reaparecía en su inocencia real y magnífica... Y tan limpio y purificado estaba todo el aire, que el

canto fino de la fuente subía hasta él, mezclado al perfume de las flores de las acacias...

¡Qué dulce era así la soledad!... Hasta las rocas perdían su rigidez en aquella suavidad de primavera, y ni eran proas de galeras que habían naufragado ni montones de cráneos blanqueando... En su blancura había ahora un calor de vida; redondas, emergiendo de la ladera negra, recordaban la curva blanda de un hombro desnudo, si se escurrió hacia abajo la túnica color de jacinto; altas y lisas, eran como los claros muros de una ciudad bien acogedora, donde el viajero que atravesó desiertos encontró la frescura de las Termas y el alegre bullicio de las calles, que huelen a sándalo y a mirra...

Un cansancio dulce y lánguido oprimía al Solitario, y de su pecho, que se levantaba como una onda, salía a veces, sin razón, un suspiro sollozado...

En su caverna no encontraba como antaño un sueño fácil y sereno; la bóveda negra, el duro suelo de roca, exhalaban un calor blando, impregnado de aroma, como si un frasco de esencia se hubiese entornado y en derredor colgasen telas y pieles; y sobre el montón de papiros secos, retorció los brazos, sofocado, en un desperezo que le hacía restallar los huesos fuertes...

Salía al cercado para respirar y ocupar la vigilia con la oración; pero el nombre mismo del Señor se le desvanecía en los labios, distraído por

sonidos extraños, ciertos olores extraños que venían de lejos, de la sombra... Era a veces una risa esquiva y fina de mujer que se perdía entre los ramajes del huerto; un vaho de horno, con un buen aroma de pan caliente, traído por la brisa; un velo amarillo que se abría despacito y arrastrábase sobre las rocas... De bruces en el muro, con el corazón intensamente palpitante, Onofre acechaba y escuchaba; y a veces quedábase allí toda la noche, sin moverse, con los ojos clavados en la oscuridad, en espera, como si hubiese de llegar alguna cosa deliciosa y que él ansiosamente apetecía, y de la cual no sospechaba ni el nombre ni la forma...

El día y el radiante sol no le ahuyentaban esas fantasías. Y cavando la tierra, empedrando los canales de riego en su vergel, deteníase como atacado vivamente por el recuerdo de la risa esquiva y lánguida, o por el olor del pan al salir del horno... Al llegar de mañana a la fuente, lavaba los brazos desnudos y las piernas, aplastaba el cabello que le caía rebeldemente sobre la túnica de piel de cabra; oprimía entre las manos ciertas plantas que tenían un buen aroma, y sentía goce, contemplando sus músculos, al pensar que era fuerte y airoso... La llegada de la noche ya no le asustaba; antes bien, la apetecía, por su misterio y por aquella su vasta sombra, que es como una cortina que todo lo esconde... Pero ¡cuán solitaria y vacía era!... Si al menos tuviese, como al-

gunos cenobitas, un compañero mozo con quien pudiese pasear en aquellas veredas del monte, pasando el brazo sobre su hombro...

Juntos cantarían los himnos santos y murmurarían uno a otro, para fortalecerse, las tristezas de sus corazones... ¡Oh, si alguno de esos monjes que yerran de monasterio en monasterio, o de los que recorren, para instruirse, los retiros de los solitarios, pasase por allí, por aquellas serranías!...

Las palmeras de su huerto bastarían para sustentar a dos o tres hermanos y en su caverna había espacio para cobijar otros sueños... Con una esperanza sin fundamento quedábase largas horas, de bruces en su terraza, y ante sus ojos, clavados en la penumbra, fatigados de esperar, surgían entonces imágenes extrañas: un rincón de calle, con flores colgantes de una terraza; un patio con una mesa llena de tazas, de pedazos de hielo, abrigado todo por un velario; una cortina que se descorría y dejaba entrever una mujer derramando un perfume sobre los brazos desnudos... Onofre se estremecía como despertándose, y volvía a entrar en la caverna, atribuyendo aquellas visiones a debilidad y a los largos ayunos... ¡Ah, si pudiese un día comer una carne sustanciosa, beber un buen trago de vino, más largas podían ser sus oraciones, y en su dulzura saludable se desharía toda la inquietud de su alma!...

Y siempre que así pensaba, en seguida veía blanquear en el suelo un plato de arcilia lleno de

ostras de Canopia, al lado de una jarrita de vino que espumeaba, o un olor de cordero asado y humeante se esparcía en las tinieblas... ¿Era una realidad o era una ilusión?... ¡Bien podía ser un don milagroso del Señor!... ¿No había alimentado a Elías en el Desierto?... ¿No había hecho brotar a los pies de Pacomio, a quien la sed torturaba, un ramo cargado de granadas?... Y una noche en que él vió al lado de su lecho de hojas un pan muy fresco y muy blando y una taza enorme de vino donde flotaba hielo, no dudó de la misericordia del Señor, y riéndose de gozo, extendió la mano trémula... Dió un grito; ¡había sentido el ardor de una brasa!... ¡Era, pues, una horrenda oferta del Demonio; y en el Infierno se había amasado aquel pan y en el Infierno se había vendimiado aquel vino!... ¡Si él hubiese muerto en ese momento, era la perdición irreparable!... Agarró los azotes y, despojándose furiosamente de la túnica, azotó la carne infestada de gula...

Pero en seguida los primeros golpes, en lugar de herirle, le dieron el incomprensible y extraño goce de una caricia. Era como si brazos desnudos se ciñesen al cuerpo desnudo... Arrojó de sí los azotes con un inmenso terror, y las negras tiras de cuero tomaron, caídas sobre la roca, la forma redonda y blanca de brazos cansados que se estiran... Cayó de rodillas, y de rodillas delante de él estaba una figura de mujer, cuyos ojos, muy negros, cuyos labios, muy rojos, transparentábanse

a través del velo que apretaba contra el seno, con los brazos redondos llenos de frescura y de aroma...

Entonces, durante largos días no comió ni bebió; y nunca fué más dolorosa su lucha con el gran Enemigo. Torturado por el hambre, torturado por la sed, a cada instante Onofre encontraba delante de sí una ancha mesa con resplandeciente mantel de lino, cubierta con todas las delicias de la cocina, del huerto y de la bodega: carnes que humeaban, con su aroma sabroso; legumbres que, de tiernas y bien cocidas que estaban, deshacíanse dentro de su salsa transparente; montones de frutas cuya pulpa succulenta estallaba de madurez; botellitas con vino color de amatista y color de oro, enfriándose entre bloques de hielo que relucían...

Y la tentación era tan deliciosa y fuerte, que Onofre, delante, temblaba todo, con una espuma en la boca reseca y gruesas lágrimas rodándole por las barbas... Huía, y la mesa reaparecía tan enfrente de su pecho, que sentía la frescura de la nieve, el humear de la carne y un aroma de huerto regado y de flor de romero y de flor de naranjo... Daba un brusco empujón a aquellas delicias del Infierno; las frutas apiñábanse a sus pies, abriéndose de puro maduras; los vinos, corriendo, formaban regatos olorosos en la arena... Desesperado, retorció los brazos, clamaba por el Señor... "¡Socorro, Dios mío, socorro!..." Todo desaparecía; pero al punto colgaban sobre él enormes ra-

E Ç A D E Q U E I R O Z

mas cargadas de naranjas, de ciruelas, de racimos de moscatel, de granadas doradas, y del suelo estallaba una llama clara, donde un cordero gordo y blanco se tostaba en la espetera... Onofre despedabaza los ramajes, Onofre pisoteaba la lumbré... “¡Socorro, Dios mío, socorro!...” E iba a caer casi desmayado a la puerta de su caverna, escondiendo el semblante en la arena cálida que bebía sus lágrimas...

Un año entero así combatió, y todos sus cabellos se pusieron blancos. Un día en que se recogía exhausto de su trabajo y se había sentado en una roca a orillas del agua, encontró de repente en el regazo un pan pequeñito, rubio y tostado, caliente aún, como salido del horno... Entonces el solitario comenzó a reír serenamente... ¡Qué!... ¡Tanto se había agotado el demonio, que, después de mesas más ricamente llenas que las del Emperador, sólo le quedaba ahora para seducirle un pan miserable de legionario!... Y con aquella risa, una paz inmensa penetró en su corazón... El demonio, así humillado, abandonó el desierto...

V

Habían transcurrido pocas lunas cuando una tarde, al oscurecer, volviendo del Monasterio lejano de Thebana, donde había ido a buscar simiente para sembrar, encontró, sentado pensa-

tivamente en una piedra, a un hombre, a un viejo, con una túnica severa de filósofo y un bastón en la mano, que se levantó, le saludó y comenzó a caminar a su lado, callado y con respeto.

Extrañando su silencio, Onofre murmuró:

—¡Bien venido seas, mi hermano en Jesús, hijo de Dios Padre, que por nosotros padeció!...

El viejo, sin levantar los ojos del suelo, donde sus sombras se extendían ampliamente, dijo con lentitud:

—¡Dios es uno e inmaterial y no puede tener hijos!...

Y como Onofre retrocedía escandalizado, reteniéndolo por la manga, rompió en palabras extrañas y magníficas. Si Jesús era hijo de Dios, ¿por qué se había llamado a sí mismo hijo del Hombre?... Todo niega, en cada una de sus acciones y de sus palabras, su esencia divina. Si él era Dios, ¿para qué necesitaba el bautismo?... ¿Cómo podría el demonio tentar por la oferta de un reino en la tierra a quien sabía que poseía, como Dios, los reinos de la tierra y del cielo? Cuando la Magdalena le tocó la túnica, él exclamó: “¿Quién me ha tocado?”... Luego no lo sabía. ¿Dónde estaba entonces su omniscencia de Dios?... En Emaús, después de la resurrección, pide a los discípulos que le palpen las llagas... Luego, aun después de la resurrección, era un cuerpo material susceptible de verter sangre...

Onofre dilataba los ojos estúpidamente. Y en-

tonces el hombre, apuntando con el báculo hacia el lado del desierto, donde el sol desaparecía, añadió:

—Mi camino es más allá... Pero tu alma es digna de recibir la Verdad. Otros vendrán que te la enseñarán...

Y otros vinieron; unos, solitariamente y en silencio, surgiendo entre las rocas, que resonaban bajo sus bastones herrados; otros, en grupos, a través de los arenales, como maestros marchando entre sus discípulos. Era de noche y bajo la luna llena. Y a veces la explanada, delante de la cueva de Onofre, quedaba poblada de una multitud de hombres de largas barbas sueltas y trenzadas, envueltos en mantos negros o bien ostentando zamarras de colores chillones, todos más pálidos que marfil, con ojos hundidos, que refulgían, y agitando en las manos inquietas gruesos rollos de papiros o tabularios escritos.

Ora uno solo, de pie, hablaba con abundancia y cadencia; ora todos, tumultuosamente, disputaban, pero sin encararse, con los rayos negros de las pupilas ardientes clavados en el *Solitario*. Cruzado de brazos a la puerta de su caverna, con los largos dedos descarnados posados sobre los huesos salientes de las rodillas, Onofre se asombraba de aquellas facundias sonoras...

A través de ellas, unos después de otros, sin respirar, llenando el desierto de rumores, aquellos hombres (que eran seguramente doctores) afir-

maban principios henchidos de irrisión o de mentira... —¡El Dios de Israel era un ángel subalterno!... ¡Jesús no pasaba de ser una simple continuación de Adán!... ¡El mundo había sido creado por un delirio del Señor! Para vencer la carne era necesario contentarla; y sólo por el vicio se alcanzaba la perfección!... ¡Hay sólo un alma, que está tanto en los hombres como en las rocas!... ¡Sólo la materia es eterna, y los dioses mueren! ¡El mundo fué concebido por el diablo!... ¡Jesús es hijo de Achmaroth, y su residencia es el Sol!... ¡El Espíritu Santo es una mujer! ¡Sólo Caín es verdadero!...

Y a cada una de estas revelaciones, lanzadas con estridencia, Onofre, ya entreabría una boca de ignorancia, ya irrumpía en una risa amplia y límpida, que le sacudía las costillas bajo su zurrón de pieles... Entonces, arremolinados sobre él, todos le blandían junto a su rostro sus papiros y sus tabularios. ¡Eran las pruebas! ¡Eran las Escrituras!... ¡He ahí la profecía de Maxilia! ¡He ahí el tratado de Apolonio! ¡He ahí el tratado del *Alma Adventa!*...

—¿Has comprendido?...

Y el más joven de los doctores, que llevaba una mitra oriental, suplicaba a Onofre, inclinado sobre él, con solicitud:

—¡Haz un esfuerzo! ¡Haz un esfuerzo! ¡Di que comprendes!...

Silenciosamente, con un resto de risa que le re-

E Ç A D E Q U E I R O Z

fulgía en los ojillos menudos, Onofre encogía los hombros y murmuraba:

—¡Sólo creo en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo!...

Entonces un murmullo de tedio y de indignación contra tanta simplicidad corría entre los doctores sutiles. Los más violentos lanzábanle injurias. Otros, majestuosamente, volvían las espaldas amplias cubiertas de amplios mantos que arrastraban... Y todos se escondían entre las rocas con gran tumulto...

Pero al llegar el crepúsculo volvían; y Onofre allí estaba, sentado a la entrada de su cueva, ya risueño, como quien en una feria se prepara a gozar con las artes divertidas de los magos... Y comenzaba de nuevo la gran lección, resonante y fecunda... Cada día surgía algún doctor nuevo con su dogma nuevo... ¡Y siempre la risa del Solitario les respondía!... ¡Siempre la confesión de su fe, cándida y sencilla, en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo!...

Hasta que una noche, en que la docta contienda se había prolongado y la luna ya se desmayaba, como Onofre, fatigado, a pesar de haber sido más profundas y sublimes las concepciones de los doctores, comenzase a bostezar, cerrando los párpados, uno que tenía una mitra bicorne, donde resplandecían pedrerías, levantó el brazo y clamó súbitamente:

—¡Dejad a ese bruto!... ¡Venid!...

Y en medio de un gran silencio, el grupo de los doctores, todos rígidos y juntos, elevóse en el aire y fundióse suavemente en la última claridad de la luna. Ya Onofre dormía...

No volvieron, y entonces hubo en Onofre como una nostalgia de aquellos hombres y de aquellas voces que cada noche poblaban su soledad... Y el desierto le pareció más desierto. Y a las horas en que ellos solían presentarse como sombras que se desprendían de la sombra, y él, después de la labor del largo día, cruzaba las piernas en el suelo, dispuesto a disfrutar como un recreo sus arengas sonoras como músicas de batalla, subía a las rocas, aguzando los ojos, acechando a ver si alguno o todos volvían por el camino angosto, recogiendo los mantos por causa de las ásperas espinas...

El camino permanecía yermo, y no había ni estrellas ni luna, y vacío y ancho le parecía el desierto en derredor y dentro de su corazón.

Pero una noche en que así acechaba desde la cima de las rocas creyó oír de repente el tintinear lento y triste de los cascabeles de un dromedario... Y antorchas humeantes bailaron en la sombra...

Alborozado, gritó agitando los brazos:

—¡Por aquí!... ¡Por aquí!...

E inmediatamente, con un rumor de armas en marcha, surgieron en fila, del camino estrecho, soldados barbudos con los escudos metidos en sacos; una litera emplumada de paños de púrpura, que se balanceaba sobre los hombros de esclavos; las

insignias de Roma y dromedarios con fardos y odres... Voces clamaban entre el parpadear de las antorchas:

—¿Es aquí donde vive el santo ermitaño?...

El solitario, espantado, balbuceó:

—¡Onofre, siervo de Dios, aquí vive!...

Entonces, entre los paños fruncidos de la litera, que se había detenido, un hombre con toga blanca y todo él más blanco que un mármol, se deslizó y posó en el suelo sus borceguíes de escarlata y oro. Las conteras de las lanzas resonaron en el suelo; dos bocinas ásperas lanzaron un clamor, y el dromedario se arrodilló... Y el hombre, recogiendo los pliegues de su amplia toga, caminó hacia el solitario con lentitud y majestad... Después, en la gran desnudez del desierto y de la noche, comenzó, derecho y grave, como si pronunciase una arenga en un Senado:

—Onofre, el renombre de tu pureza y de tus penitencias transpuso el desierto y llegó a Roma... Y yo vengo, en nombre de Honorio César, tres veces Augusto, invencible y señor del mundo, que te saluda...

Y saludó. Un clamor corrió entre soldados y esclavos:

—¡Gloria a César, tres veces Augusto!...

Y bruscamente, el hombre togado se acercó al solitario, que retrocedía, intimado, apretando contra el pecho las manos flacas sobre las largas bar-

bas... Y en un murmullo familiar y risueño, el togado continuó:

—Onofre, aquí está la cosa imperial y formidable de que se trata. Honorio, atraído por la Verdad, quiere conocer la ley nueva... Pero ¿quién sería bastante puro e inspirado del cielo para enseñársela?... ¡Sólo tú, amigo! Los doctores de Alejandría y de Palestina tienen las almas llenas de ambición y de mentira... ¡La tuya es cándida!... Y por la pureza perfecta tú alcanzas la verdad perfecta. En Roma vivirás en el palacio de César... Y cuando César conozca la ley cristiana convocará al Senado y todo el Imperio será proclamado cristiano... ¿Eh? Tú mismo, por tu mano, cerrarás las puertas de los templos... Y sin despojarte siquiera de ese zurrón, en toda tu sencillez, ofrecerás a tu Dios la ciudad de Roma, las Legiones, las Provincias y todo el género humano... ¿Eh?...

Inclinado, con los brazos abiertos, de donde colgaban los paños rojos del manto, parecía un ave de rapiña cubierta de sangre y de alas, ya plegadas sobre la presa fácil...

Y en un hálito ardiente murmuraba:

—¡Qué ocasión, Onofre; qué ocasión!... Lo que no hizo Paulo, ni Gregorio, ni el gran Atanasio, ni el inmenso Orígenes, lo harás tú solo con hablar suavemente y finamente junto al oído del César... ¡Bien lo sé!... No es el orgullo de la espléndida hazaña lo que te impulsa... Seguramen-

te... Pero piénsalo bien... Todos los martirios, terminados; los ídolos, cubiertos de moho; la tierra, llena de cantares y el Cordero en su redil... ¿Eh?...

Onofre temblaba, deslumbrado... Balbuceó:

—¿Y el Emperador?...

—¡Es quien lo quiere!... Pues si ya en los Idus de Marzo una noche él os vió en sueños a ti y al otro; al otro, con su corona de espinas y las manos aún con los clavos, que te empujaba delante del César y gritaba en griego: *Este te enseñará lo que conviene saber...* ¡Y eras tú, eras tú, con esa piel de cabra, esas barbas y esa belleza clara y majestuosa, que te comunica la virtud!... ¡Oh, Onofre! La tierra, cansada, es por ti por quien suspira... ¡Ven!...

Y Onofre pasóse detenidamente las manos por el rostro, sonriendo. Y dió un paso y después otro, con la muñeca ya presa en la garra del hombre de púrpura... Y andaba como en el esplendor, todo hecho de certeza... César esperaba por él para confesar la Fe. ¿Por qué no?... El Emperador Constancio había escrito dos cartas a Antón y las patricias de Alejandría hacían la travesía del desierto para besar las rodillas llagadas de Pacomio... ¡Y su vida no había sido menos terrible que la de esos solitarios magníficos!... No había forma de dolor que no hubiese atravesado, y sus lágrimas de penitencia juntas podían formar un río en el desierto... Pero al fin Dios le elegía para el aconte-

cimiento mayor de todos los tiempos... Y él caminaba firme bajo la mirada contenta del cielo... Todo error iba a desaparecer de la tierra, y desde el primer día él persuadiría al Emperador de que desterrase a los heréticos a los confines de las naciones, donde comienzan las nieves y los mares tenebrosos. Todos los templos serían destruídos, y quemados los libros de los filósofos que perpetúan el error. Después reformaría las iglesias del Asia. Y en un gran Concilio, la doctrina pura sería establecida para siempre, inmutable. Entonces comenzaría una gran paz divina. ¡Qué obra! ¡Qué obra!... Al lado del Emperador recorrería las provincias. Mas para sí no quería honras ni poder sobre las almas... Tal vez anhelaría sólo el gobierno de los monasterios de Egipto... Y junto a la púrpura del César, los pueblos, postrados, pasaríanse de su zurrón de piel, lleno aún de las espinas del matorral. ¡Qué obra! ¡Qué obra!... Todo él se crecía y parecía ver las estrellas de más cerca, como si fuesen ya su corona inmortal...

—¡Acercaos a la litera!—clamaba el hombre purpurado—. ¡Saludad al maestro del César, al poseedor de la Verdad!...

Todos los hierros de las lanzas resonaron; las insignias de Roma ondearon en el aire; los esclavos estaban postrados besando el suelo... Y entonces el hombre, junto a las barbas del ermitaño, murmuró en la abundancia de su victoria:

—En Roma verás multitudes más postradas...

Todas las iglesias de Asia pondrán tu nombre en las Escrituras... ¡Y bien lo mereces!... Porque el Otro, en Galilea, sólo convirtió pecadores, y tú, persuadiendo a César y con él al mundo, eres mayor, eres mayor... ¡Ven!...

¡Mayor que el Señor!... Entonces hubo en el alma de Onofre como una claridad que ilumina un precipicio... Sacudió, dando un grito, la mano del hombre, que le abrasaba. Y en su mirada reconoció la lumbre del infierno. En su angustia, sólo pudo suspirar: "¡Oh, Jesús; oh, Jesús!" Súbitamente, el gran manto de púrpura, blando y como vacío, se cayó al suelo, y a lo lejos la litera emplumada, el dorso del dromedario, las lanzas en confusión, huían a la desbandada entre una neblinosa polvareda...

Onofre cayó de rodillas. Delante de él, el manto enrollado formaba como una mancha roja. Palpó muy suavemente con los dedos; ¡era sangre!... Estremecido en un terror infinito, retrocedió, y la sangre comenzó a brillar de nuevo, tan lisa y cristalina, que divisó en ella, como en un espejo, su semblante. No lo había visto desde que entrara en el desierto; y retrocedió despavorido ante la fealdad con que se le reaparecía, duro, abrasado de orgullo, todo entumecido de pecado...

Entonces lloró mucho tiempo amargamente. ¡Oh, miseria; oh, dolor!... En tantos años de penitencia y de yermo su corazón no había logrado la purificación, y permanecía cubierto de una cos-

tra de maldad. ¡Indudablemente, en mil noches de dura pelea había rechazado al padre de la Mentira!... Pero esos eran los triunfos fáciles que los mismos paganos, sin el socorro de Jesús, alcanzan sobre la carne... Sin embargo, cuando el gran mentiroso viene, y desde lo alto de una roca, como al Señor, le promete una gran gloria entre los hombres, al punto se deja llevar de la mano, consintiéndolo con una facilidad de prostituta... ¡Oh, alma miserable! ¡Hace tanto tiempo fuera del mundo y aun impregnada del orgullo del mundo, como una esponja que salió del agua podrida!... ¿Que penitencia y qué ejercicio heroico de humildad había allí que pudiese exprimir, hasta la última gota impura, aquella soberbia que se desbordaba e infestaba todo su ser?... ¡Treinta años se había flagelado! ¡Treinta años había ayunado!... Su oración subía al cielo tan constantemente como su aliento... Y había arrastrado cadenas de hierro; había velado meses y meses con las rodillas clavadas en piedras agudas y los ojos risueños puestos en las claras estrellas, o había dormido envuelto en cardos; había dado a beber de su sangre a las avispas; había aplastado los huesos debajo de enormes piedras... ¡Y en vano!... ¿Qué podía entonces hacer aún en aquel yermo?... ¿Dónde había martirios más dolorosos? ¿Dónde se aprendían preces más extáticas?... ¿Dónde?...

Abatido, sentado sobre los calcañares, con la barba descendiendo en flecos entre los brazos caí-

dos, Onofre alzaba los ojos, arrasados de lágrimas, suplicando al cielo un auxilio... ¿Por ventura aquella vida solitaria sería estéril para el bien?... En verdad, entre aquellos arenales y aquellas rocas, ¿cómo ejercer suficientemente la humildad y la caridad?... El no tenía siquiera a su lado un perro con quien pudiese ser paternal. Y si la humildad se cobijaba dentro de su alma sin que el mundo la comprobase o se aprovechase de ella, era fácil y era vana... ¿Qué hacer? ¿Dejar el yermo? ¿Volver entre los hombres?...

Lentamente murmuró en el silencio:

—¡Volver entre los hombres!...

Y ante sus ojos, que se embebían en las estrellas, figurósele vagamente entrever la forma de un hombre que estaba sentado junto a un muro, casi desnudo y que gemía, cubierto de llagas... Después el muro se prolongó, y era un cobertizo donde otro hombre, un esclavo muy viejo, con el dorso surcado por los azotes, jadeaba haciendo mover la pesada muela de un lagar... Después, la muela del lagar partíase en baldosas, y era una carretera por donde caminaban, ligados por argollas, arrastrando gruesos grilletes, grupos de cautivos que unos soldados impelían con pinchazos de las lanzas... Después las lanzas habían quedado clavadas en el suelo, y eran cruces donde agonizaban, estriados de sangre, cuerpos que los buitres, volando en derredor, azotaban con las alas negras... Y de los ojos de Onofre, que miraban estos dolo-

res, las lágrimas caían en chorro, silenciosas y cálidas...

A cada lágrima que así caía, Onofre sentía en su corazón un alivio inesperado y nuevo. Muchas lágrimas había llorado en el yermo, pero nunca tan consoladoras... ¡Y, sin embargo, eran las evocaciones de los dolores del Señor, de su dulce cuerpo lleno de llagas, de su sudor de aflicción y de su caída en la áspera sierra, bajo el ultraje de los soldados y de la cruz, las que se las hicieron derramar en noches de piadosa meditación!... ¿Por qué eran más dulces y pacificadoras éstas que le arrancaban las llagas y los trabajos y los cautiverios y los suplicios de los hombres mortales?... Las lágrimas vertidas por los dolores humanos eran, pues, más gratas al cielo que las lágrimas derramadas por los dolores divinos. Ciertamente, entonces, servir a los hombres en el mundo sería más estimado en el cielo que servir a Jesús en la soledad...

De pie, alzó los brazos hacia las estrellas y murmuró:

—¡Oh, Señor mío; enseña a tu siervo, que sufre el tormento de la incertidumbre!...

Un deseo penetró entonces bruscamente en su alma: ir a ser bueno y humilde en el mundo... Entonces, con la mano aún trémula, enjugó las lágrimas. Alegrementemente entró en su cueva; cogió su bordón, metió en el seno, bajo el zurrón de piel,

la cruz preciosa que Antón había hecho en la ciudadela del alto Egipto...

Después subió a las rocas, envolvió en una amplia mirada al desierto; la huerta, nunca acabada, que había cultivado; las benéficas palmeras que le habían alimentado; el arbusto que flor a flor le había marcado los años de penitencia; el regato, que había sido la frescura de su desierto. Y con un prolongado suspiro, tomando por el rumbo de las estrellas el camino del Sur y del Océano, volvió Onofre entre los hombres.

VI

El primero que encontró junto a una aldea que aparecía en un alto, toda oscura y de adobe, fué un viejo muy quebrado, inclinado bajo un haz de leña y conduciendo un jumento rucio, muy viejo también, ya manco, que cargaba un saco de grano... Y uno detrás de otro, el viejo en harapos, el jumento con llagas en el lomo flaco, iban jadeando y renqueando por una calzada pina, bajo el sol y las moscas, entre piteras polvorientas...

Humildemente, Onofre se acercó al viejo y recordó que, siendo más fuerte, mejor llevaría por aquella cuesta la leña y el grano... Y sin esperar el consentimiento del anciano, que apenas había comprendido, vago y senil, se echó al hombro el haz de leña, al otro el saco de grano, y de-

trás de su hombre y de su jumento, así aliviado de todo fardo, fué caminando contento y cantando los loores del Señor...

El viejo era siervo de una viuda pobre, imposibilitada, que sólo lo tenía á él y a aquel jumento y una huerta mal cultivada, de pocas hierbas... Onofre, en esa tarde, amasó la harina, partió la leña, acarreó agua del pozo, cavó el cebollar, sacó las espinas de los pies del siervo, lavó las llagas viejas del burro, y junto al catre de la viuda, que era cristiana, para consolarla, le contó la pasión del Señor... Y así comenzó Onofre su obra entre los hombres...

Pero en seguida abandonó la aldea, que, rodeada de tierras fértiles, con pozos abundantes, en un clima muy benigno, no abrigaba en sus chozas ni indigencia ni males... La sencillez de esa vida no ofrecía campo de acción a un corazón sediento de humildad...

A dos estadios de la aldea, sin embargo, estaba la vieja ciudad de Budastes, entre las Aguas Pelusíacas y el canal de Necio, donde cada año venía de todo Egipto la festiva peregrinación al viejo templo de Phtah, entonces dedicado a la Artemis Griega...

Budastes era rica en obeliscos y termas. Sus murallas formidables estaban cubiertas de estatuas. Y en las largas avenidas, al borde de los arroyos y estanques, bajo los sicomoros y las palmeras, todo el día las tabernas y las casas altas de las

cortesanas resonaban con cánticos y con orgías paganas...

El pretor romano era allí blando para los cristianos; pero la herejía desgarraba a la Iglesia, ya considerable y activa, de la cual era obispo Alejandro, hombre austero y rudo, que había guardado cabras en Galacia. Onofre fué a habitar en Budastes. Como sus largas barbas inspiraban respeto, y algunos fieles le saludaban en las calles, cortóse las barbas y cambió su zurrón de solitario por un sayal de esclavo. Se había convertido, en verdad, en el esclavo de los pobres. Junto al muro ricamente adornado de esculturas que cercaba el templo y los bosques sagrados acostumbraban juntarse desde la alborada enfermos y mendigos. Y allí, desde el alba también y después de la noche pasada en vela y en oraciones, Onofre trabajaba al servicio de los miserables, arreglando lechos de hojas para los viejos, lavando los trapos a la orilla del canal, cubriendo de hilas las llagas, matando los piojos en los cabellos intonsos... Después iba a mendigar para sus pobres por toda la ciudad, desde las casas más ricas, donde todos los perros le ladraban, hasta las tabernas de los canales o los chiribitiles de las prostitutas, de donde traía siempre en el saco algunas cortezas de pan, restos de pescado o una maquila de lentejas; y ni siquiera vacilaba en entrar en el templo de Artemisa; o al final de la larga avenida, en el templo de Hermes, a limosnear de los dioses paganos por la

mano de sus sacerdotes un poco de óleo para suavizar los miembros doloridos de sus enfermos. Otras veces alquilaba su pobre cuerpo descarnado para los más duros servicios y tiraba de la maroma de los barcos en los canales, acarreaba piedras para la reparación de las murallas, cortaba la leña en el cuartel romano para la cohorte, y las monedas de cobre que le echaban en la palma de la mano venía a traerlas corriendo a algún caserío donde sabía que había niños sin pan. De noche, con una antorcha, iluminaba a los trasnochadores o impedía que los ebrios, saliendo de las tabernas a orilla de los canales, rodasen al agua oscura. Como recompensa recibía ultrajes. Replicaba con bendiciones...

Y nunca como entonces había gozado de una paz tan perfecta. En el desierto, sus rudas labores de azada y riego para combatir la esterilidad de las arenas y contribuir a la realización de la divina promesa, no le daban alegría, y la fatiga con que de ellas salía era inquieta y melancólica. En la oración, que allí perennemente enviaba hacia el cielo, su alma no se desahogaba ni por ella obtenía del cielo el don de la apetecida misericordia, y había sólo un alma más torva delante de un cielo más mudo... Ahora, al contrario, el cansancio en aquellos largos días de caridad era completo, satisfecho e impregnado de dulzura, y la más corta oración, baluceada aprisa, hacía descender de las alturas sobre su corazón como unã

larga y vaga caricia, que le refrescaba deliciosamente... Pero el mejor bien logrado era la liberación del demonio. No había vuelto más el padre de las imposturas, en sus variables formas de seducción y de terror, y la tierra toda estaba para él limpia y vacía de Satanás, como un altar recién lavado...

En las ruinas de un templo muy antiguo, junto a las murallas, donde había escogido para cobijarse el mausoleo de un Faraón, bajo la tierra, había pintadas y talladas sobre los muros figuras execrandas, y era un lugar temido de los cristianos, porque todas esas imágenes se despegaban de la piedra por la noche, revivían y celebraban bajo la lividez de la luna ritos abominables. Pero para él sólo había en aquellas ruinas soledad y sosiego; y hasta observó que desde que las habitaba, en la estación de las lluvias, habían nacido en las junturas de las piedras flores silvestres que se ensanchaban, trepaban y ponían en derredor suyo y de sus prolongadas oraciones un perfume casto y grave, de capilla en fiesta...

Pero al final de un año que allí vivía, aquel terreno fué escogido por el pretor para la edificación de una ancha cisterna; Onofre, desalojado, dormía entonces en los corrales, y si los siervos le repelían iba a tenderse, contento, entre el fango de las calles. Tan descarnado se le había puesto el cuerpo, que los niños, jugando en la calle, en los barrios pobres, le llamaban el *Padre de la Muerte*.

S A N O N O F R E

Muchas veces le tiraban piedras o lodo. El se detenía, sonriendo, a recibir aquellos ultrajes como caricias...

Una noche, en que Onofre oraba bajo los árboles del canal, pasó sobre la ciudad, en el cielo, de Oriente a Occidente, una gran antorcha envuelta en humo. Los centinelas, sobre las murallas, soltaban sones de bocina como en una alarma, y en las terrazas de las casas surgían figuras espantadas que se golpeaban desesperadamente en el rostro para conjurar el peligro. En seguida, al otro día, estalló un incendio en el barrio remoto, miserable, donde vivían los embalsamadores de cadáveres, y en breve fué por todo el caserío hasta el templo de Hermes una inmensa humareda... Onofre corrió hacia las llamas con la multitud que acudía en el terror de que fuesen consumidos los cuerpos de los parientes y de los amigos confiados a los embalsamadores.

Ya una hilera de esclavos y de ciudadanos mezclados se había formado por la calle hasta los canales para el acarreo de agua. Onofre, repeliendo el balde de cuero que distribuían los soldados, penetró entre las llamas donde los gritos eran más dolorosos... En seguida reapareció con chispas en la piel de la túnica, trayendo a un viejo a cuestas, y volvió a sumergirse seis veces en el brasero tumultuoso, trayendo a través de las vigas abrasadas de los techos, que se derrumbaban, niños, una mujer imposibilitada, un viejo, hasta un cor-

dero, que balaba entre sus brazos... Todo el cabello le había quedado abrasado de las quemaduras; de las piernas quedó para siempre cojeando...

Después que pasó su espanto, el pueblo acusó del incendio a los judíos y a los cristianos... Los más pobres, que no pagaban al templo de Artemisa un tributo secreto para evitar las persecuciones, fueron cargados de cadenas y arrojados a las ergástulas; Onofre, que por miserable no había sido perseguido, recorrió las prisiones consolando a los hermanos, arrodillándose a través de las rejas; y en la mañana en que fueron azotados delante de los pórticos de la Basílica, él, medio desnudo, enfrente de los flageladores, no cesó de cantar himnos, fustigando su cuerpo miserable y aun lleno de quemaduras, con disciplinas de hierro...

Impulsados por el viejo gramático Flaccus (1), algunos, más furiosos, asaltaban con piedras a Onofre, que injuriaba la majestad de la ley. Y ciertamente iba a ser lapidado y martirizado junto a una casa en obras, donde se había refugiado, cuando una gran lluvia, impetuosa y brusca, dispersó a la turba voceadora. Fué el agua del cielo la que lavó las heridas de Onofre.

La asamblea de los fieles era junto al mercado de pescado, en un tercer piso de una casa vieja, al

(1) Conservo la forma latina que da más la sensación de época, como suele hacerse en francés y en portugués, nacionalizando el nombre, como solemos hacer en castellano.—*N. del T.*

fondo de una terraza, de donde no pasaban los catecúmenos aun no iniciados en el misterio de los Sacramentos o que estaban cumpliendo penitencia por culpas confesadas en secreto al obispo... Más allá de la puerta santa, guardada por el portero, cruzado de piernas en el suelo, con los tabularios que contenían el deber de los fieles, sólo había una sala vasta, desnuda, mal blanqueada, donde ardían doce lámparas... En el viernes que siguió a la flagelación de los hermanos, cuando Onofre, como siempre, descalzo, con el rollo de la Escritura metido en el seno de la túnica, penetró y se colocó allí humildemente en un rincón, todos le saludaron con el cántico que se debe a los mártires. Un diácono corrió murmurando ¡*Sanctum!*, ¡*Sanctum!*... para conducirlo junto a la mesa cubierta de lino blanco, que servía de Ara, y hasta el obispo Alejandro se levantó, apoyado en el báculo, para besarle en las duras mejillas... Onofre permanecía mudo, asustado con la veneración y sus loores. Y apenas acabadas las preces, después que los Hermanos trocaron el ósculo ritual, él corrió, pegado a los muros, como un culpable, hasta el Templo de Artemisa, junto a sus mendigos y a sus lisiados, y deliciosamente volvió a embeberse en la humildad...

Pero la fama de la caridad de Onofre era ya grande entre los hermanos, y una diaconisa, señora de muchas tierras y de muchos ganados, a quien la vejez y la dolencia impedían los ejercicios santos,

llamó a Onofre a su casa y señalando un cofre de cedro dijo: "Aquellos bienes eran para los pobres y para los pobres te los entrego. Llévate de ahí lo que quieras hasta que yo quede en seguida pobre también..." Onofre, con la voracidad de un avaro, metió las manos en el cofre y se marchó riéndose, deslumbrado, con los pliegues del sayal pesados de oro...

Entonces fué en Budastes el gran auxiliar de los miserables. A la alborada estaba ya en el Mercado, atascando un carrillo de legumbres y de provisiones, al cual se uncía él como un animal, y que arrastraba por los barrios más pobres, dejando en cada morada el bendito pan de cada día... A las viudas dábales dinero, besándoles la orla de la túnica. Vestía a todos los niños... Y hasta había comprado un terreno donde andaba levantando un barracón para abrigar todas las vejeces y todas las enfermedades...

No cuidaba sólo de los cuerpos, sino también de las almas, a punto de emplear tres copistas pobres y que se inclinaban hacia la Fe, en preparar copias de las Sagradas Escrituras, que distribuía a los menestrales a la hora de la siesta, a los que descansaban bajo los plátanos en el patio de las Termas, y aun a los viandantes que llegaban con fardos por la Puerta Pelusica... A aquellos a quienes saciaba el hambre les contaba siempre suavemente cosas del Reino de Dios, donde todas las hambres son saciadas; y a los que en esa ciu-

dad del César eran, por condición, los más *infi-*
mos, les hacía confiar en el Cielo, en aquel Cielo
azul y tan sereno que les cubría; otra ciudad ver-
dadera y eterna, la ciudad de Dios, donde ellos
serían los *supremos*, y tendrían más alegría que
nunca tuvieron ricos senadores, abundantes en
esclavos y tierras...

Pero a los gentiles les ofrecía la Verdad lige-
ramente y sin intransigencia; porque el hom-
bre, por muy sediento que esté, repele con cólera
el agua que manos brutales y autoritarias le quie-
ran introducir entre los labios secos... No inju-
riaba a los Dioses ni a los Ritos. Y su enseñanza
era toda para el corazón, contando la vida de los
santos y su humildad y sus visitas a los caseríos
y a los lugares, y su muerte, tan triste como la
de un pobre esclavo... ¡Jesús sólo quería que los
hombres se amasen unos a otros!... Para él tanto
vale un alfarero como un procónsul y en su Reino
no había esclavos ni tormentos. Para que él se
alegrase, el rico debía participar con el pobre.
¿Qué era la vida sino una caminata larga y traba-
josa que va de calle a calle?... Pero la vida, allá,
en el cielo, a su lado, era la verdadera, y en ella
los que habían trabajado descansarán, y los que
habían padecido se holgarán, y los que habían obe-
decido mandarán... Y si fuereis buenos—decía—,
vosotros, que desde la alborada hasta la noche tra-
abajáis, tendréis gloria y seréis inmortales y bebe-

réis el vino del Señor: ¡y tal vez no suceda lo mismo al César!...

Así enseñaba en las calles miserables, a la hora en que los esclavos abandonan el trabajo, sentado ante una puerta amiga, con niños sobre las rodillas. Y cuando Onofre, besando a los hombres en el rostro o en la mano, humildemente, tomaba su cayado y se alejaba, siempre alguno de los que le escuchaban, obrero, esclavo, y hasta hombre libre y dueño de bienes, le seguía, y le iba a tirar por la punta de la túnica rota, y muy bajito, en una esquina, le preguntaba: "Onofre, ¿qué hay que hacer para pertenecer a ese Dios que es tan bueno?... Hasta un día, Simeón, un avaro, corrió detrás de él, apretando una bolsa, y balbuceó con la inquietud de un alma tentada fuertemente: "Onofre, ¿cuánto se paga para ser acogido por ese Dios tuyo?..." Onofre se echó a reír con una sincera risa... Pero Simeón, desde entonces, dió muchas limosnas.

Esta santa popularidad, que le traía a veces seguido de gente por las calles, suscitó, sin embargo, desconfianza entre los Diáconos, celosos de su autoridad espiritual. Y los judíos más viejos de la Asamblea veían con cólera que hubiese distribuído las limosnas de Petronila fuera de los barrios de los judíos y aun entre obreros paganos... Entonces, en la Asamblea surgieron murmullos; y Onofre fué acusado de recibir limosnas de las cortesanas, de aceptar óleos medicinales

de los arúspices, de frecuentar a los paganos y hasta de tender hacia las doctrinas de Marcos el Herético.

El Obispo Alejandro llamó al viejo a la casa pobre en que vivía y donde fabricaba esteras y áasperamente censuró su beneficencia indiscreta... Onofre besó llorando la túnica de Alejandro, y desde ese día no traspuso más la puerta de la Asamblea, quedándose fuera en la terraza, entre los penitentes, con la cabeza sobre las baldosas, que regaba de lágrimas, como en la expiación de un sombrío pecado... Por ese tiempo, la vieja Petronila murió, y sus herederos, ávidamente, invadieron la casa, con escribas del Pretorio que sellaban las arcas y cargaban con los tesoros. ¡Se había secado la ancha fuente de caridad que a través de él había refrescado tanta miseria!... ¡Y sus hermanos en Jesús no le amaban!... Onofre tenía entonces setenta años...

Comenzó entonces por la ciudad a mendigar para sus pobres. Pensó incluso en venderse como esclavo y ser pregonado en el Bazar, con la cabeza rapada, un rótulo en el pecho y los pies pintados de blanco. Pero ¿qué valía aquel su pobre cuerpo, descarnado y doblado, con las manos todas trémulas?... ¿Cincuenta dracmas? Y amarrado a una servidumbre no podría velar por los viejos, por los enfermos que dependían de su caridad... Ahora conocía todas las miserias de la ciudad, y su amor crecía a cada instante por aquellos mi-

serables a quienes ya no podía socorrer, y de quienes uno por uno sabía las hambres, las llagas, los dolores y la soledad... De noche, afligido, en los solares, en las ruinas adonde iba a orar, levantaba los brazos hacia el cielo mudo y gritaba: "¡Socorro, Señor mío, socorro!..."

Pero como el socorro no bajaba del cielo, cada mañana comenzaba de nuevo desesperadamente por la ciudad sus súplicas lamentables con una vieja caldera atada al cuello por dos cuerdas y las manos siempre extendidas... Así se detenía en las plazas o donde los canales se cruzaban, gritando: "¡Pan para los pobres!... ¡Pan para los pobres!..."

Era entonces la estación de las grandes lluvias; y aquel viejo, inmóvil bajo las gruesas cortinas de agua, con los cabellos blancos empastados sobre los hoyos del rostro y tirando de la pobre túnica pegada a los huesos, que le temblaban, causaba piedad; las limosnas caían resonando en la cazuela de barro. Por eso Onofre temía al cielo alegre y al aire suave, que, aligerando las almas, las desvían de la compasión...

A veces pasaban largos días sin que hubiese conseguido limosna o un trabajo, por muy vil que fuese, que le diera un salario. Y entonces iba por los caminos llorando en el silencio de la noche. Lloraba por las hambres que no podía hartar, por todos los males que no podía curar... Su misma miseria, su desnudez, su hambre, eran los únicos

consuelos; porque, al menos, le tornaban igual, por la miseria, a aquellos que amaba. Ese amor infinito e insondable era todo lo que podía dar a los pobres, sus hermanos. Pero salía del corazón tan intenso y ardiente, que Onofre pensaba a veces que podría, aun desde lejos, e invisible, consolar y dar esperanzas, como el sol, centro del calor, calienta y hace revivir... ¡Cuántas veces él alargaba los brazos en la soledad, con un deseo desesperado de poder apretar en ellos contra su seno a todos los que sufren, y con ellos morir, dejando este mundo poco piadoso!... Atormentaba entonces al cielo con oraciones ansiosas. Con los ojos puestos en las alturas, la mano extendida como si viese a Dios de cerca y le hablase, revelaba y recordaba a Dios, como a un Padre distraído, ciertas miserias en ciertas moradas; y murmuraba: “¡Señor mío, Señor de mi corazón, hay en la calle de las Tiendas una pobre viuda con tres hijitos, sin amparo, sin pan; vuelve hacia allá tus ojos piadosos!...” Y esperaba con los brazos extendidos la limosna de Dios, hasta que los brazos le caían cansados y cansadas le caían las lágrimas...

VII

En esto, una tarde, al anochecer, después de un día estéril en que nada había recogido para los pobres ni había encontrado trabajo, por muy vil

que fuese, que le rindiera salario, errando así junto a las murallas, perdido en estos dolores, y clamando por Dios, oyó de repente al fondo de una callejuela un llanto dolorido y agudo como es el de los funerales. Corrió, lleno de una gran compasión. A la puerta de una casucha de adobe, donde aun ardía la pobre lumbre de la cena, estaba estirado un hombre, con el rostro escondido en un paño y los dos brazos desnudos y blandos cubiertos de sangre negra... De rodillas, delante de él, una mujer desmelenada gritaba con largos ayes doloridos y lentos... Tres niñitos juntos abrían los ojos aterrados... Otras mujeres, de las casuchas vecinas, apiñadas en derredor, golpeándose en el rostro, soltaban largos ayes. Y los camaradas que le habían traído contaban a un soldado barbudo y rubio de la Legión Germánica, que se despertara con los gritos, cómo una gran piedra, cayendo de un andamio, en las murallas, había destrozado los dos brazos al miserable y le había derribado como muerto...

Onofre, a través de las lágrimas que le turbaban, recordaba aquella choza pintada a listas negras, aquellas criaturas casi desnudas, de grandes ojos abiertos. Ya allí, de fijo, había traído consuelo y pan. Y arrodillándose, quitó despacito los paños de la faz del hombre que yacía inanimado. Entonces reconoció a un pobre llamado Ozías, esclavo de un hombre cruel, un contratista de obras... ¡Oh, pobre Ozías!... Desde largos meses tenía

aquella mujer enferma y consumiéndose, y apenas podía, con el salario de la servidumbre, tener pan bastante para sus tres hijitos, contratados ya como esclavos. ¿Quién ganaría ahora a los tres desgraciados el pan inseguro? ¡Oh, dolor; oh, dolor!... Y entonces, en ese instante, el pobre hombre abrió lentamente los ojos, de donde corrieron dos lágrimas pesadas, y lentamente murmuró en un soplo débil de indefinible dolor:

—¡Ay, mis hijos..., mis pobres hijitos!...

Entonces Onofre, desesperadamente, todo tembloroso, alzó los brazos al Cielo, clamando:

—¡Oh, Dios misericordioso! ¡Oh, Jesús, mi Señor! ¡Por tus llagas y por todas mis oraciones, dame la vida de este hombre!...

Sus rodillas tocaron en el suelo. Y temblando, temblando todo, con los ralos cabellos erizados de terror divino, Onofre apretó contra sí el cuerpo inanimado, lo levantó y retrocedió...

Resonó un grito de pavor y de prodigio. ¡El hombre estaba en pie, con una sangre nueva en el semblante, estirando enérgicamente los brazos blancos, ¡reverdecidos y sanos!... ¡Milagro, milagro!... Todas las mujeres irrumpieron dentro de la choza, gritando, en un ansia de palpar y sentir la piel rehecha y caliente de aquellos brazos de milagro. El soldado barbudo de la Legión Germánica huyó, despavorido...

Y Ozías, como atontado, con lágrimas que le corrían sobre la risa del semblante, soltaba

los brazos, rechazaba a las mujeres, experimentaba la fuerza recuperada agarrando a los hijos, contemplaba con espanto los músculos retoñados, balbuceaba y gritaba:

—¡Estoy sano! ¡Estoy sano!...

Con el gran rumor, ya los vecinos abrían los boquetes de las puertas, levantaban en alto lámparas de barro. Y el clamor lanzado por los dos camaradas de Ozías se engrosaba y rodaba:

—¡Milagro! ¡Prodigio! ¡Fué Onofre! ¡Venid a ver!...

Pero Onofre había desaparecido. Como arrastrado por un viento fuerte, sin sentir los pasos vacilantes, había atravesado la plaza de los Obeliscos, había traspuesto la muralla derribada y caminaba junto al río, bajo el silencio de las estrellas...

E iba aún deslumbrado. A veces deteníase, alargaba los brazos y murmuraba: “¡Hice un milagro! ¡Hice un milagro!...” Onofre, el más humilde y rudo siervo del Señor en la Iglesia de Budastes, había hecho un milagro. Y no de esos tan fáciles y nacidos de la ilusión como los saben hacer los discípulos de Simón el Mago..., sino un milagro profundo, que había convertido la Muerte en vida, como sólo los habían hecho los hombres apostólicos después del Señor. ¿Por qué? ¿Por qué le era concedido un poder tan divino?...

Ciertamente había sido abundante en obras. Largos años gimió en el Desierto, largos años

servió con humildad a los hombres... Pero Alejandro había vivido en el yermo, había confesado la fe en los tormentos, había ganado innumerables almas para el Señor, era Obispo y era Santo; y sin embargo, nunca había hecho un milagro... ¡Y Palemo, Abad de Thebana, y Panucio, Abad de Antinöe, que gobernaban comunidades en la Tebaida, y recibían de noche de manos de Jesús la suma de la Regla Monástica, no hacían milagros!... ¿Por qué le había escogido el Señor a él, esclavo que mendigaba entre los esclavos?... Sin duda, porque su vida, sus largas penitencias y su oración habían satisfecho al Señor más que las de ningún otro, en ciudad o yermo!... El había realizado, pues, la obra sublime de contentar a Dios; y tan bien había limpiado su voluntad de toda culpa, y tan transparente y brillante de pureza la había hecho, que Dios desde entonces le confiaba en la tierra un poder transcendental... Pero entonces ¡era un Santo!... Aun atada con la cintura vil de su carne, su alma ya había recibido del Señor su santificación... En breve, liberado de la carne y de su miseria, ascendería fácil y naturalmente a aquel cielo salpicado de estrellas... Entre esos divinos luminares habitaría, enterrando los pies desnudos en el azul suave, viendo la faz del Señor sonreír en el resplandor inefable... De la tierra subirían hacia él, Onofre, largas espirales de oraciones, y los restos de su arcilla mortal, sus huesos, recibirían también la

veneración de los hombres, guardados en sagra-
rios, entre lámparas y flores... ¡Oh, maravilla!...

Pero aquel poder del milagro ¿sería perdura-
ble, constante, mientras viviese? ¿Podría él aho-
ra, con seguridad, curar *todas* las heridas y sa-
nar *todas* las miserias?...

Y una inquietud oprimía el corazón de Onofre.
¡Si aquel milagro hubiese sido aislado y único!
¡Si mañana, ante un verdadero y profundo dolor
semejante al de María, hermana de Lázaro, él
se encontrase de nuevo impotente para mitigarlo,
como antes de su penitencia en el Desierto. ¿Ha-
bía sido él por su voluntad quien había curado
los brazos mutilados de Ozías, o había sido la
voluntad de Dios la que había obrado, pasando
a través de su alma como el sol a través de un
cristal?... ¡Si probase!... ¡Si probase allí mismo
bajo el testimonio de las estrellas!...

Más allá, el río había inundado huertas humil-
des, empobreciendo a los colonos. Si él caminase
hacia el río y le gritase: “¡Vuelve a tu lecho,
abandona esos campos que estás assolando!...”

Y ya caminaba hacia el agua, dispersa en an-
chos pantanos, que relucían como discos de acero.
Mas lejos, la inundación había invadido caseríos,
de los cuales se veían los tejados de rastrojo o
las azoteas de adobe, casi derrumbados, y las pun-
tas de los tamarindos que otrora delimitaban los
campos... Un gran surco de luna temblaba en el

S A N O N O F R E

agua inmóvil, y había una enorme mudez de abandono y de ruina...

Onofre miró en silencio, apoyado en su bordón. Lejos, una blanca fila de cigüeñas dormía frente al agua, cubierta de nenúfares. Si a su intimación aquellas aguas se recogiesen a su lecho, dejando enjutos los caseríos y a más abonadas las tierras, de fijo estaba entonces consolidado su poder sobre las cosas... Y en la ansiedad de una certeza levantó despacito el brazo, clamó, estremecido de emoción y de temblor:

—Río, recógete a tu lecho...

Toda el agua tembló. Los pantanos, que brillaban, se sumieron bruscamente, dejando un limo denso y pastoso; y más allá, los caseríos, los tamarindos, los papiros, emergían lentamente del agua, chorreando y reluciendo a la luz de la luna... El río obedeciera a Onofre, y un estremecimiento corría sobre la tierra y el aire, como el de un terror sumiso ante una presencia divina...

Entonces una alegría sobrehumana se desbordó en el corazón de Onofre. ¡Era de él, era de él, y permanente, el Don del Milagro!... Y en su deslumbramiento, corría a través de los campos, con los brazos abiertos, como para acoger y estrechar al Universo doliente. ¿Dónde había ahora llaga que él no sanase? ¿Dónde había madre bañada en lágrimas, sobre un ataúd, a quien no restituyese el hijo? ¿Dónde había esclavo a quien no redimiese?... ¿Dónde había tierra estéril de dónde no

hiciese brotar las legumbres y el vino? “¡Oh, hermanos míos, hermanos míos, no temáis más!... ¡Onofre puede y está con vosotros!...”

¡Ah, cuánto le quería Dios!... Pero también ¡qué obras! Por cada día de hambre que había arrostrado en el Desierto, el Señor le daba ahora el poder de saciar el hambre de un hogar. Y porque se había rebajado él a tanta humildad, ¡ascendía ahora a tanto poder!... ¡Un poder insondable y magnífico, que descendía hasta los oscuros reinos de la Muerte!... César no tenía más poder. Con sus Prefectos, sus Lictores, sus Legiones más vastas que las aves del aire, sus máquinas de guerra rodando a través de la tierra, César sería impotente para detener una gota de agua, cayendo de una nube... Y él, Onofre, esclavo de esclavos, sólo con extender el brazo, hacía retroceder las corrientes del Nilo, el gran río que desciende del Paraíso... Si era más poderoso que César, debería, por la manifestación de ese poder transcendente, forzar a César a reconocer la verdad...

Ni Pablo, ni Marcos, ni Bernabé, habían deslumbrado suficientemente a los gentiles. Intimaciones, oraciones en el *Forum*, Epístolas llenas de argucias, ¿qué importaban? ¡Los paganos tenían un saber sólido y retóricos más rebosantes de facundia no los había!... ¡Sólo por el milagro se podría triunfalmente probar a Jesús!... Pues bien; él, Onofre, iría a Roma... Si las olas crue-

les asaltasen la proa de su galera, amansaría las olas, y derramaría los prodigios a lo largo de la carretera que le llevase a la ciudad... En los atrios de César, ante aquella faz que asusta y llena de sombra al mundo, él diría con sencillez: "¡Adorad al Señor!..." ¡Y quebraría como retoños secos las espadas que se levantasen contra su pecho!... ¡Con un soplo derribaría los ídolos de bronce más eterno!... Y si contra él se levantasen, en el Pretorio, Filósofos o Gramáticos, él inmediatamente les secaría las lenguas impuras en las bocas impuras, o les haría ladrar como perros a la luna... Roma temblaría toda bajo el influjo de sus prodigios, como una cabaña bajo el azote del viento...

Y cuando César, vencido, arrastrando la púrpura por el polvo de su átria, le preguntase: "¿Qué quieres?"..., él diría entonces con sencillez: "El mundo para devolvérselo a Dios..." Y a Dios le daría, en efecto, las ciudades y los hombres... ¿Por qué no?... En verdad, ¡él sería como César!...

Y con el rostro erguido hacia lo alto, en su inmenso sueño de orgullo, Onofre se rió desenfrenadamente... ¡Era César!... Entonces, prolongada y áspera, otra risotada sonó detrás de él en la soledad. Y en un terror, Onofre miró en derredor ansiosamente. "¿Quién se ríe?", exclamó. Aquí y allí, a través del aire, tan sereno y bañado de luz, la risotada áspera y lenta saltaba

y estallaba... Y ya las rodillas de Onofre, temblando, se postraban en tierra, cuando largos dedos blandos lo empujaron y una voz acudió, más dura y seca que el rodar de los guijarros:

—¡Oh, Onofre! ¡Oh, César que todo lo puedes! ¡Mira el río! ¡Mira el río! ¡Desde lo alto de tu orgullo, oh, mi hermano, mira el río!...

Delante de Onofre, hasta las colinas, hasta los muros derribados de Budastes, el Nilo había crecido, más ancho, más devastador... La luna brillaba sobre las aguas... Las cigüeñas huían en silencio. Y una onda fría que se removía encrespada, moría ya a los pies del viejo. Intentó retroceder, pero todo él se sintió apretado en aquellos dedos blandos, que se alargaban, se enroscaban, como serpientes frías en ramas de árbol... Entonces comprendió: su milagro había sido una ilusión del Demonio... Un largo grito irrumpió de su alma: "¡Jesús!..." Y cayó en tierra, cubierto de un sudor tan frío, que pensó que era el agua que lo devoraba...

Cuando se levantó—con tantas y tan densas lágrimas que apenas podía a través de su niebla encontrar el bordón en que se apoyaba—fué para considerar el pecado insondable en que se había despeñado... Como antaño, en su cueva del Yermo, había caído por el orgullo... En su alma, tan bien defendida, el orgullo abriera a traición una brecha y por ella había entrado todo el infierno... ¡Oh, miseria incomparable!... Tan largos y

ardientes años había trabajado para limpiar su alma, que la juzgaba toda transparente y blanca y brillante como un agua muy pura en un cristal muy pulimentado. No sospechaba que, escondido en el fondo, aun quedaba un poco de lodo primitivo; y he ahí que el Demonio la invade y en ella se debate furiosamente y agita el lodo fundamental y la torna tan turbia y fétida como un charco pisoteado y hozado por una manada de puercos... ¡Oh miseria, oh dolor!... ¡Cómo él había ofendido audazmente al Señor toda la noche, bajo el testimonio de las luminarias divinas!... ¡Y de qué modos afrentosos y diversos le había ofendido, tomando como una fuerza de su virtud lo que sólo era una gracia caída de la misericordia de Dios!... Lejos de regocijarse con el pobre picapedrero y quedarse con él, en humildad, loando al Señor, había corrido lejos, a saciarse voluptuosamente, en la soledad, de sueños ardientes de soberbia y de gloria... Y en vez de aprovechar aquel prodigio, tan dulce y tan humano, para el derramamiento de la Verdad entre los gentiles, sólo lo había considerado ansiosamente como provecho de su ambición transcendental... ¡Oh, cuánto había ofendido al Señor!... En un momento había echado a perder una larga vida de penitencia para alcanzar la purificación!... La muerte ya se acercaba y el alma que tenía para restituir a Dios estaba cubierta toda de la lepra del mal... Y sin tiempo para limpiarla por la ora-

ción y por la humildad, ¡venía el infierno, el infierno ineludible! ¡Oh, miseria!...

Tranquilo con aquella infinita paz en que deliciosamente se movía, como en el aire inefable del Paraíso, se había olvidado del Demonio... Pero pacientemente, el Enemigo del Hombre rondaba en torno de él, sutil y mudo, como un viento de pestilencia. Y él respiraba tan profundamente ese viento pestilente, que cada uno de sus pensamientos fué entonces como una llaga que supura...

Con los pies enterrados en el fango, contemplaba el cielo como suyo ya, osando pensar que era un santo... Y entre aquellas estrellas había marcado su puesto para la Beatitud... Horrendamente desvanecido, calculaba, como un conquistador que cuenta sus coronas triunfales, las lámparas y las flores y las ofrendas que cercarían el altar donde reposasen sus huesos... Y seguro de la divinización, saboreó por anticipado las oraciones que por él se elevarían de la tierra... Y como si no le bastase en el cielo la Beatitud, había apetecido ya desde la tierra el Imperio... Soñaba con Roma y quería ver a César vencido y humilde, ofreciéndole el mundo como una fruta madura... ¡Siete veces insensato!... Que mientras así medraba horrendamente en soberbia y se divinizaba en tierra y cielo, el Demonio estaba en derredor de él y dentro de él, ocupando y saturando cada rincón de su ser, como el agua hace con una esponja...

¿Qué le quedaba? Sólo la penitencia; sólo la penitencia hecha en la soledad, lejos, muy lejos de las sospechas de los hombres, para que nunca pudiese ser echada a perder por los elogios humanos. Lejos, muy lejos de los hombres, porque toda virtud que entre ellos se manifiesta, en seguida que les arranca una admiración, está más llena de peligros que un aroma muy sensual o un cántico muy amoroso... La más humilde limosna, la llaga de un mendigo que se lava, una simple consolación, en cuanto se ensalzan, son peligros terribles para el alma, porque la persuaden de su caridad y excelencia... Por el bien que sembramos en los demás, sólo recogemos dentro de nosotros orgullo, y cada obra de nuestra caridad estropea la obra de nuestra humildad...

Sólo le faltaba buscar una cueva bien honda, y allí, tan profundamente, humillar su alma, que ella sólo por los ojos de Dios pudiese ser diferenciada del lodo o de las inmundicias...

VIII

Así Onofre gemía bajo el esplendor de las estrellas. Cuando la madrugada ya clareaba, agarró su bordón, y marchó hacia el lado del Desierto Líbico. Cuando ya las palmeras aparecían más raras y espaciadas, y en las arenas rosadas por el sol, sólo brillaba aquí y allá alguna última

poza del agua del Nilo, él divisó un chacal que rastreaba entre las piedras preparando el cubil, y consideró cuánto se asemejaba a aquel animal in-mundo que huía de la luz y de los hombres... Sólo se diferenciaban en verdad, no por el alma, porque él se había bestializado por el pecado, sino por el cuerpo, que en él caminaba erguido, con la faz hacia el cielo, a la manera del hombre más justo, y en la fiera se apoyaba sobre las cuatro patas, con el hocico bajo, como apenas despegado aún de la arcilla original de donde naciera. Entonces, para humillarse más completamente y no conservar nada de la humanidad superior, que no merecía, decidió igualar su cuerpo al del bruto, y penetrar a rastras en la Penitencia y en el Desierto... Arrojó el bordón, despojóse del sayal de lana, echó las manos sobre la arena y comenzó a andar a cuatro patas, lentamente, entre la hierba, ya rara y amarillenta, como una alimaña herida...

Todo el verdor había terminado y sólo había ahora tierra seca y planicie arenosa, cubierta de un rubor matutino, extendiéndose hasta las montañas líbicas, que parecían de un mármol fino y color de rosa. Onofre avanzaba orando, gimiendo, con la larga barba arrastrándole. A ratos parábase, no para reposar, sino para rastrear en la arena los surcos que sus rodillas pesadamente dejaban y sentir bien, en ese rastro de la fiera, la inmensidad de su abyección... Y si divisaba guija:ros agudos o una piedra áspera, sobre ella se

arrastraba, para abatir, por el dolor de la carne débil, la rebelión del alma soberbia. Ya la sed le devoraba y bebía con avidez y gusto las lágrimas gruesas que le arrancaban las *saudades* (1) de sus años de paz y de pureza...

El día iba por su mitad; todo el desierto refulgía lívido, de una horrible sequedad... Las montañas, a lo lejos, en el temblor del aire caliente, eran amarillas, y sólo había en toda la extensión silencio, soledad y sol...

Onofre avanzaba jadeando, con la lengua seca y colgante... Un pozo de caravana, marcado a lo lejos por un círculo de piedras y dos tamarindos negros, surgía como una tentación; pero el penitente desvió el rostro, rastreó más ansiosamente, huyendo de aquel agua, seguramente turbia y fangosa, como de una voluptuosidad mortal. Y no cesaba de orar... Cuando encontraba osamentas de animales esparcidas por el polvo, levantaba los ojos empañados a las alturas y murmuraba: "¡Dios mío, haz que mis huesos viles blanqueen así también, perdidos en el Desierto!..."

Las angustias del hambre, que le asaltaban, eran para él como bienvenidas; y ofreció esos dolores al Señor, como le había ofrecido el de la sed. El destrozo de su cuerpo era tan grande, que cada vez que posaba su mano despellejada en la arena

(1) Conservo la típica palabra portuguesa, más expresiva que nuestros vocablos *nostalgia* o *añoranza*.—N. del T.

ardiente le arrancaba un gemido; y ya a momentos se abatía, estirado, inerte, como muerto, bajo la cruda reverberación del sol. Y entonces había en él un terror angustioso a la muerte, que le abreviaría los tormentos y le impediría el rescate...

La refulgencia del desierto se amortiguaba y un lento velo anillado revestía la Cordillera Líbica... Era el caer de la tarde y con ella caía sobre Onofre una somnolencia fría y honda como un desmayo...

Para sacudirla intentaba cantar himnos sacros; pero su pobre boca, reseca y rígida, como de greda, sólo lanzaba sonidos roncós, que se perdían entre gemidos. Y caminar ya no podía; porque sus rodillas eran dos llagas, donde se empastaban arena y sangre... Rasgó un pedazo de túnica para envolverlas; y como el sol se había escondido, y a lo lejos un montículo de piedras y una flaca palmera, indicaban otro pozo, hacia allá se arrastró, temiendo caer en un estado de inanición que abreviase la penitencia. El agua del charco era negra y fangosa; pero sobre esa piedra había unos restos de harina y de habas crudas, de esas que las caravanas dejan para las divinidades del Desierto... ¡Al fin, comió y bebió!... Lavó las heridas y hasta dejó que sus ojos se cerrasen; pero de pie, apoyado en el pico de una peña, para que el sueño fuese doloroso y breve. Despertó a los tristes aullidos de los chacales... Todo el cielo se había llenado de estrellas, y Onofre, posando en la tie-

rra dura las manos llagadas, comenzó de nuevo a avanzar por el Desierto... Tan radiantes y anchos eran los astros, que la ilimitada arena blanqueaba bajo la muda palpitación, con la lividez de un sudario. Entonces abultadas siluetas, terribles por su bestialidad, vinieron a aterrar el corazón cansado del Penitente... Ya era un enorme macaco, con el dorso arqueado, que sobre las cuatro manos caminaba al lado de él, como él, y cuando él gemía, gemía, y cuando él oraba, gruñía. Ya era un unicornio que venía a galope del fondo del Yermo y estaba delante de Onofre, con su cuerno en ristre entre los ojos, refulgiendo intolerablemente. Después eran deformes murciélagos, casi tapando el cielo, que se abatían con un vuelo mudo y blando, y le cubrían con sus alas, que tenían el calor de una carne desnuda... Y Onofre iba caminando por el yermo, rodeado de monstruos... Para espantarlos, el desgraciado gritaba el nombre de Jesús y ellos recrudescían sus ataques, inmóviles y silenciosos... ¿No eran, pues, demonios?...

Y Onofre dejó caer el cuerpo como aplastado bajo tanta cólera del cielo. Inmediatamente todas las formas tremendas, los dorsos, los hocicos, las alas temblorosas, se abatieron, se extendieron como un paño fúnebre sobre el arenal... Y sólo hubo un silencio bajo el gran cielo estrellado...

Onofre había cerrado los ojos, como inanimado. Y a través de un sosiego que le envolvía,

dulce como el de la noche, entreveía a distancia, iluminado por un sol de madrugada, un bosquecillo de palmeras y sicomoros, que era el de la morada en que había nacido... Un hilo de agua descendía de un estanque de piedra cantando entre los linos verdes. Los ibis posábanse en el borde de la terraza... Más allá blanqueaban los propíleos, cubiertos de relieves, en el Templo de Serapis. El viejo esclavo que le había enseñado las letras, allí estaba en su acostumbrado asiento de piedra, envuelto en los paños blancos, todo rapado, lleno de las arrugas del saber e inmóvil, con las manos largas, de cera, posadas sobre las rodillas flacas, meditando en la eternidad... Hombres graves con la túnica blanca de los cristianos, que se preparaban para atravesar el Desierto, en peregrinación a las ermitas de la Tebaida, esperaban bajo el emparrado, con sus envoltorios en el suelo y encima el cayado... El viejo esclavo nubio Ahmés cargaba con lentitud los odres de agua sobre los dromedarios y cantaba un antiguo canto de la Nubia... Más dulce y triste era el canto en sus ayes prolongados que las ramas de la palmera en su cadencia... Y él, Onofre, allí estaba también, curioso, asombrado de los hombres que iban así desde tan lejos a visitar a Antón, a Pacomio y a Paulo y a los Santos magníficos que habitaban sepulcros...

Un enternecimiento infinito penetró a Onofre, que extendió ansiosamente los brazos hacia aque-

llas imágenes, tan antiguas y dulces... ¡Oh, si él recobrara la sencillez de esos tiempos, en aquel bosquecito de mimosas!... Las lágrimas brotaron cálidas y densas de sus ojos cerrados; y a través de la niebla de ellos, arboledas y casas, y el dromedario, y el viejo Nubio, con su pechero blanco, todo se confundió y desvaneció...

Entonces, en aquel inmenso desierto que le rodeaba, sintió más profundamente su abandono y su miseria... Dios, su socorro y fuerza en el yermo de su antigua penitencia, se había retirado ahora para siempre de su alma. Y estaba solitario, desamparado del cielo, tan viejo, lleno de llagas y dejando su sangre en regueros por las arenas, y así había de afrontar las soledades, los trances, las necesidades y los Demonios. ¿Qué importa? Debía caminar y padecer...

Y de nuevo comenzó a arrastrarse, balbuceando loores al Señor. Todas las estrellas se habían apagado. De las formas monstruosas que hacía poco le rodeaban, ninguna se destacaba ni movía en la obscuridad ilimitada. Sólo quedaban la mudéz, las tinieblas y la soledad infinita... Y bajo aquel vasto cielo negro, sobre aquel inmenso desierto negro, Onofre seguía allí, única forma viva, negro también, a rastras como un bicho, todo herido, todo sangriento, gimiendo con prolongados gemidos que se perdían en las tinieblas... Y no cesaba de avanzar ni de gemir. Siempre hacia adelante, posando en la arena las manos roídas y

gastadas, arrastrando en la arena los huesos descarnados de las rodillas, y llorando y gritando: "¡Señor, ten piedad! ¡Señor, ten piedad!..."

Pero ya el alma iba perdiendo el dominio sobre el cuerpo; y era solo su deseo quien caminaba hacia allá, hacia las montañas, porque a cada instante los brazos se le estiraban por el suelo, blandos e inertes, y entre ellos la cabeza, cubierta de sudor helado, quedaba rodando en la arena, en el desvanecimiento de una agonía. Entonces intentaba, desesperado, jadeante, arrastrar aquella carne miserable que le traicionaba. ¡Y no podía, no podía!... Sólo le quedaba acabar allí en la arena, sin alcanzar el rescate iniciado de su pecado. Y con el semblante vuelto hacia el cielo, hacia el cielo negro, sin una luz que le sirviese como una esperanza, aguardó la Muerte... Pero la Muerte no venía. Ante sus ojos empañados y lívidos, como que surgía una claridad... Era como una niebla vaga y rosada, y a través de ella oía desde lejos tristemente el tañer lento de una campanilla en marcha...

Súbitamente sintió ruidos y voces. Y entreabriendo los párpados, distinguió rostros oscuros y ardientes que se inclinaban sobre él, un caballero con una lanza y largos pescuezos de arcmedarios cargados de fardos... Una calabaza fué puesta sobre sus labios, y de ella bebió ávidamente... Había manos fuertes que le levantaban y sobre sus rodillas heridas caía deliciosamen-

te un chorro de aceite muy fresco. Y ya de pie, entre los brazos que le amparaban, Onofre se desmayó dulcemente...

Pero a través de su desmayo sintió que le alzaban por encima de un dromedario, donde quedó como un fardo extendido entre fardos... Hubo gritos... Y la campanilla comenzó de nuevo a tintinear lentamente, en cadencia, mientras él, medido por las pisadas del dromedario, que ya a veces chapoteaba en agua, había vuelto a caer en aquel desmayo tan dulce en que todas las miserias de su vida se adormecían, como dolores que se calman en un baño...

IX

Era una caravana que traía gomas de la Cirenaica la que así le había recogido por compasión de su vejez y de la sangre que le corría de las heridas. Y cuando Onofre volvió a abrir lentamente los ojos, la mañana clara llenaba el cielo, un olor de verdura tierna erraba en el aire blando y los ibis revoloteaban entre los ramajes de las mimosas. Su dromedario se había arrodillado, y los mismos hombres de caras tostadas y ardientes le levantaron en alto, le llevaron hacia una pobre casucha, con un huerto, donde unas mujeres, bajo una palmera, pisaban cantando el guano de cen-

teno... Corrieron hacia él grupos de gente, un viejo acudió con su balde de riego; y estirado sobre un montón de hojas secas de papiros, dentro de la casucha, Onofre sintió de nuevo, a través de un rumor de piedad, que le limpiaban el semblante, le echaban sobre las heridas un óleo saludable. Después volvió a adormecerse...

Al declinar de la tarde, cuando despertó, el viejo estaba delante de él en una contemplación grave, sentado, con las manos posadas sobre las rodillas, como una estatua de escriba. Y las dos hijas esperaban, agachadas sobre esteras de colores, con lentejas en una fuente y un jarro de agua del Nilo... Onofre comió, y después levantó a duras penas el cuerpo del lecho de hojas para volver a emprender el camino del desierto. Mas, por humildad y como ejemplo, contó su historia, su penitencia, sus pecados, y cómo había caído exhausto en el gran arenal, bajo la cólera del Señor.

Entonces, de repente, el viejo, levantando las manos abiertas, gritó:

—¡Oh, hombre lleno de años y de virtud, tú eres de aquellos que saben las palabras nuevas que consuelan!... Quédate entre nosotros, come de nuestro pan y alecciona a nuestras almas...

Y Onofre, espantado, supo que, hacía tiempo, allí habían vivido dos monjes, a quienes todos amaban por su caridad, por su ciencia de las hierbas medicinales, por su arte en expulsar a los de-

monios, y hasta por las dulces fiestas con que celebraban el rejuvenecer de la primavera... Pero un día habían partido para un monasterio en el Alto Egipto; y desde entonces toda la aldea se lamentaba y añoraba las dulces historias que contaban del Niño nacido en el corral, y de un reino del cielo en que todos comerían frutas divinas, y de la cruz de esclavo en que la Víctima había echado sobre sí todos los pecados humanos...

Así, ¡oh alegría!, Onofre había sido llevado a vivir entre almas casi hermanas. En los ojos negros de las dos muchachas, que se alzaban hacia él, brillaba un fulgor de fe... Y el viejo, alargando los brazos, murmuraba con ardor:

—¡Oh, hombre justo, que conoces la naturaleza de los dioses y las cosas que están más allá de la vida, quédate en nuestra morada, come de nuestro pan!...

En el corazón de Onofre había un gran alborozo. ¿Había venido allá por acaso o por determinación del Señor, traído del fondo del Yermo para que con su enseñanza la Verdad, ya en germen, brotase del todo en aquellas almas sencillas? ¿Entonces el Señor convertía la privación de su penitencia en la gloria de un apostolado!... ¿Por qué? La noche de agonía de la cual brotaba ¿había sido bastante compensadora para que sobre él descendiese la misericordia del cielo?... No le correspondía a él, siervo del Señor, penetrar en los motivos de su Dueño. Para estar entre aquellas

almas, donde ya se había sembrado la buena simiente, había sido traído, y sólo le correspondía trabajar como buen labrador en el campo precioso que Dios le confiaba... Y humildemente murmuró:

—Pues que de mí necesitáis, entre vosotros quedaré...

Y se quedó, escogiendo para habitación un cobertizo, abierto a todos los vientos, en que el viejo recogía sus búfalos. En breve, por todas las chozas se difundió la noticia de que otro monje había llegado a la aldea; que sabía también las historias divinas del Niño que había nacido en Siria y de su padre, que acogía a los siervos más humildes en un cielo todo lleno de cantos y de abundancia... De todos los caseríos, al punto acudían las mujeres, trayendo a Onofre regalos de frutas, pasteles de miel y lino tejido. De rodillas delante de su cobertizo, Onofre oraba, con los brazos abiertos, el rostro vuelto hacia el cielo; y todos se quedaban pasmados ante aquella vejez tan macerada, ante las largas barbas blancas que rozaban en el suelo, y levantaban también como él, mudamente, hacia el cielo, los ojos llenos de una esperanza nueva. ¿Qué contemplaba él así en el cielo radiante?... ¿Cuáles eran esas oraciones que él sabía y cómo se hablaba a ese Dios tan bueno y tan amigo de los pobres?... Y cuando Onofre comenzaba de nuevo a contar del Señor y de sus grandes enseñanzas de caridad y de bon-

dad y de amor, un dulce murmullo de contento corría entre los sencillos, como de hambrientos que son saciados... Una lenta adoración inconsciente y aun gentílica comenzaba a envolver a Onofre, brotada ardientemente de aquellos corazones sencillos, que no diferenciaban bien al Dios Nuevo del viejo Solitario que lo revelaba... Cuando atravesaba los bosques o los atajos entre los campos, la gente postrábase ante él con una reverencia mezclada de miedo; las madres traían a los hijos, desnudos y coronados de flores, como cuando los ofrecían a los antiguos altares, para que Onofre les diese la Buena Suerte; y los colonos venían a rozar la punta de su túnica, mostrando, con la mirada suplicante, los campos que deseaban que él fecundase...

Un sordo temor invadió entonces a Onofre; porque en aquella reverencia hacia su virtud sólo veía peligros para su humildad. Cuando le traían enfermos para que los sanase o mujeres poseídas de un demonio para que las purificase, ya Onofre retrocedía aterrado, golpeábase en el pecho y gritaba: "Pero ¡yo no sé!... ¡no puedo!... ¿Quién soy yo?... El más vil de los pecadores... Pedid a Dios, orad a Dios..." Pero el dolor de aquellas almas crédulas ante sus súplicas desatendidas desgarraba el corazón de Onofre... Y no era menor el tormento de su duda. Si él poseía, en verdad, por gracia del Señor, el don de sanar la carne enferma y de apaciguar las almas, ¡cuánta era su

crueledad en no suprimir estas aflicciones!... Pero también en el ejercicio del milagro, ¡cuántas pavorosas tentaciones de orgullo!... Y cada día este tormento aumentaba... Aquellas madres desgredadas que le gritaban entre sollozos: “¡Ten piedad de mi pobre hijo!”... Aquellos viejos lisiados que desde el suelo donde los retenía el mal extendían los brazos hacia él con ansiedad, murmurando: “¡Ah, si tú quisieses!” Y él, forzado por el terror que corría su alma..., ¡forzado a no tener piedad y forzado a no querer!...

Pero ¿no comprometía él también, con aquella dura inercia, la propagación de la Fe, y de la Ley del Señor? ¿No acabarían aquellas gentes sencillas por desprenderse de un Dios que veían tan desatento y ajeno a sus miserias?... Y cuando él enseñaba al Dios Nuevo, en los semblantes, en derredor, había desconfianza y desdén. En sus largas oraciones pedía entonces al cielo una inspiración... Pero del cielo, enmudecido y cerrado para él, ninguna inspiración descendía sobre su espíritu angustiado. Redoblaba las penitencias, torturaba con el cilicio su pobre esqueleto, prolongaba los duros ayunos, clamaba por Dios desde el fondo de su incertidumbre... Y Dios permanecía impenetrable. Con este dolor de su alma, iba quedando más macerado, más abatido, más viejo, que con treinta años de trabajos en el Desierto... Ya casi no se presentaba erguido, y caminaba tan trémulo, apoyado en su bordón, que un poco de vien-

to le podría derribar... Su consuelo sería que aquel pueblo le ultrajase por su crueldad y su resistencia a hacer el bien supremo... ¡Oh, si le maldijesen, si le apedreasen!... Cada piedra que le hiriese la ofrecería él al Señor como una evidencia de su humildad... Pero, dulce y tímida, aquella gente sólo se lamentaba como los que son abandonados... Y sin perder la esperanza, volvían, insistían en suplicar su intervención omnipotente...

X

Un día, una hija del viejo que le había recogido no se despertó y quedó blanca e inmóvil en su catre; como si el alma, durante el sueño, la hubiese abandonado para siempre. Delante de él, de rodillas, el viejo suplicaba y lloraba:

—Tú lo puedes todo. Conoces las artes. ¡Eres enviado de Dios!... ¡Los otros monjes curaban, disponían de la vida! ¡Salva, salva a mi hija de mi corazón!...

Y bañado en lágrimas también, Onofre sintió la certeza de que si tocase con las manos en el semblante de la pobre muchachita, ésta se levantaría curada y sonriendo. Y ya extendía las manos, cuando, bruscamente, en su espíritu cruzó, como el fulgor del infierno, el orgullo de su poder... Entonces retrocedió, aterrado, temblando...

El viejo, de hinojos, besaba los pies de Onofre...
—¡ Sé bueno! ¡ Sé bueno!...

Pero Onofre veía el infierno; y huyó, huyó, sollozando, arrancándose las barbas, en una desesperación infinita... Huyó de la choza, huyó de la aldea. Dos veces cayó, tan tembloroso y débil. Iba dirigiendo siempre sus pasos trémulos lejos de los hombres y de su peligro, hacia la soledad insondable, donde no estuviesen los hombres y estuviese la Muerte... Todo el día se arrastró así... Y el sol descendía en un cielo de oro cuando sus ojos, cansados y algo turbios a través de las lágrimas, divisaron arboledas y caseríos, otra aldea, a orilla de los arenales... Onofre tenía hambre y tenía sed; y queriendo solamente recobrar fuerzas para continuar el sufrimiento, arrastró los pasos hacia una cabaña más aislada, hecha de adobes y de cañas, apoyada en un largo muro, un antiguo resto de muralla... Una muchachita, que volvía de la fuente, posó a la puerta de la cabaña, sobre una piedra, su cántaro de barro, y viendo a aquel viejo, de inmensas barbas, harapiento, que avanzaba renqueante entre la polvareda del camino, apoyado en su bordón, quedó como en espera de él, con una piedad enorme en sus grandes ojos negros... Onofre extendió la mano para pedir una limosna. Ella entró en la cabaña, donde una criatura lloraba lentamente, con un llanto cansado y doliente...

Cuando volvió con un pedazo de pan duro y viejo, Onofre se había abatido ya de fatiga sobre

el suelo, con la cabeza recostada en el muro, los ojos tristemente perdidos en el cielo, en aquel cielo hacia donde en vano su alma aspiraba... Los ibis revoloteaban volviendo a los nidos... Largos rayos de oro pálido cruzaban a través de las palmeras, y lejos, del lado del río, venía el lento mugir de los búfalos... Onofre comió el pan de la limosna, y la buena muchacha inclinó hacia su pobre boca reseca y polvorienta el borde del cántaro, murmurando: "¡Que este agua alegre tu corazón!"

El bebió, loando al Señor, que manda el agua a los que tienen sed; después agarró su bordón, y ayudado por la buena muchacha, de nuevo se alzó, con un suspiro tan doloroso, que los dos bellos ojos negros se humedecieron...

Y el buen viejo seguía su camino, cuando a la puerta de la cabaña apareció una mujer pálida y flaca, trayendo al cuello una criaturita que envolvía entre harapos. Y se detuvo Onofre, atacado de una infinita piedad por aquel pobre pequeñuelo, todo encogido en los brazos de la madre, con la carita apoyada en su hombro, como una flor tierna doblada por el tallo y ya muerta... Gruesas costras de heridas amoratadas cubrían su miserable cabeza, donde todo el cabello se despegaba; la oreja era una llaga; un trapo manchado de sangre seca cubría uno de sus ojos y recaía sobre el otro amortiguado, empañado de lágrimas; una

piel lívida y blanda cubría sus hombros, y su gemido no cesaba, lento y cansado.

Con tanto dolor y ternura le contemplaba Onofre, que la pobre madre contó cómo le había atacado aquel mal cuando había cumplido los dos años y ella había quedado viuda y la miseria se había posado sobre su casucha. Con el hijo en los brazos, mendigando el pan, había recorrido los templos donde se curan los males, había escuchado los consejos de los que vienen de lejos y conocen las hierbas salutíferas... Pero el mal de su hijo, ni hombres ni Dioses se lo habían curado. Tan pobre era, que ni un poco de leche alcanzaba para consolarle; y siempre con él en los brazos, adormeciendo su padecer, y sobre él llorando, ¿cómo podría trabajar?... La caridad de los vecinos, pobres también, ya se fatigaba. Y en nadie tenía esperanza. ¡En nadie tenía esperanza!...

Onofre murmuró:

—¡Jesús fué pequeñito y sufrió!...

Y entonces una voz lenta y triste, pero en la cual había la certeza y el orgullo de una fuerza, murmuró dentro de él: “¡Ah, si tú quisieses, Onofre!...”

Todo él tembló. ¡Si quisiese! Era otra vez el Enemigo incansable que le soplabá en el alma el calor del Pecado. ¡Sí! Si él quisiese, aquellas heridas se secarían, y aquel gemir acabaría, y el pobre cuerpecito, como una rama seca, reverdecería, lleno de savia nueva, y al punto en él se desenca-

denaría para su perdición el orgullo de su Poder... ¡No, no!... Bien sentía al enemigo intentando penetrar en él por la puerta de su piedad, entreabierta... Y siempre su perdición estaba donde estuviese la humanidad. Sólo en el yermo había tranquilidad. Murmuró una bendición a la madre desgraciada y partió desesperado. Pero la criaturita gimió; se detuvo entonces de nuevo con un largo suspiro... ¡Ah, dulce inocentito, que en toda la larga noche iba a gemir así tan dolorido, tal vez con hambre!... Y nadie lo curaba... ¡Y no tenía a nadie! Los labios de Onofre temblaban...

—¡Oh, mi pobre niño; oh, mi pobre niño!—exclamó.

Entonces la criaturita levantó la cabeza despacio, y con un gemido mayor, un ¡ay! muy triste, llevó temblando la manecita fiaca a su pobre ojo cubierto de trapos... Una violenta y desesperada piedad invadió el corazón de Onofre... Arrojó el cayado y gritó:

—¡Pues bien, qué importa!... ¡Que mi alma se abisme en el orgullo y en el mal!...

Y con el rostro que llameaba, los cabellos erizados de terror divino, arrebató a la criatura y la levantó toda hacia el cielo. Y delante de la madre despavorida, Onofre clamaba:

—¡Dios mío, dame mi salario!... Setenta años te serví... Por Ti sufrí todos los tormentos del desierto. ¡Y sin descanso, sin una queja, sin una petición, trabajé en tu obra! ¡Dame el salario que

me debes!... ¡Que esta criaturita sane aquí entre mis manos... y estoy pagado!... Después, si quieres, ¡abandonas mi alma!...

Sus brazos trémulos, sin fuerza, dejaron caer la criatura, que la madre agarró y oprimió ansiosamente. Pero, ¡oh prodigio!, estaba sana... ¡Secas todas las heridas del rostro! ¡Redivivos y límpidos los ojos, que en un momento se ensanchaban y sonreían!... Fresca y llena y sonrosada por una sangre joven, la criaturita, que el mal había chupado, agarrada a los brazos de la madre, ya se había adormecido en un amplio, dulce, infinito y profundo reposo...

Con él así en el cuello, tan quieto, tan sano, ella, en la gran alegría del prodigio, ni se movía, sofocada, y de sus labios trémulos sólo había brotado por fin un grito ahogado de inquietud:

—¡Es para siempre! ¡Es para siempre!...

Pero Onofre ya había desaparecido. Deslumbrado, despavorido, sonreía, tropezando a lo largo de la vieja muralla, con los cabellos al viento y las manos al cielo...

Furiosamente en su alma se afirmó luego la certeza de su santidad. Y en vano quería pisotear y sofocar aquella afirmación de orgullo, que en él se desenroscaba como una serpiente despierta y hambrienta. “¡No! ¡No era santo! ¡Había sido Dios, sólo Dios, quien había hecho el prodigio! ¡Sólo El debía ser loado, en su Misericordia sublime!...”

Pero voces violentas y confusas aullaban, cantaban en las profundidades de su ser: "¡Fuiste tú!... Dios sólo escucha a quienes ama... Tú eres el amado de Dios. La manifestación de su amor es la concesión de la Bienaventuranza. El cielo es tuyo. En ti reside la virtud celeste. Toca con tus manos una rama seca y reverdecerá..."

Estaba, pues, plenamente invadido por el irremediable Orgullo. Sólo aniquilando su espíritu, él podría destruir el Mal que en él habitaba... Toda mortificación de la carne era inútil, porque siempre aquella luz de la Inteligencia, que dentro de él lucía, sería hecha de fuego del Infierno... ¡Estaba perdido! ¡Estaba perdido!...

Cayó con el semblante en el suelo, junto a las murallas que el sol poniente teñía de color de rosa; y allí quedó para siempre, y para morir... Aquel alma perversa que él llevaba en sí como una fiera indómita, estaba destinada a los tormentos sempiternos. ¡Pues bien! ¡Que se hundiese en ellos aprisa, porque, cuanto más errase sobre la tierra, más ofendería al Señor!... ¡Adiós, pues, oh Vida!... ¡Cuán estéril e inútil le había sido, puesto que no le había servido para vencer a la Muerte!...

Y con el semblante en el polvo, los brazos extendidos en tierra, pegándose todo a aquel polvo, en que quería abismar su ser, sollozaba:

—¡Vida inútil, vida estéril!...

Pero entonces pensó en aquella criaturita, que

ahora dormía, sana, libre de todo dolor y tan dulcemente en brazos de su madre. ¿Inútil su vida?... No. Descendía a los abismos arrastrado por el orgullo; pero al menos en el mundo quedaba, por obra de él, ese pobre pequeñuelo, que ya no sufría ni llevaba, gimiendo, la manecita a un semblante lleno de llagas...

Entonces, una Voz muy dulce murmuró sobre él:

—¡Onofre!...

El viejo había alzado el semblante lentamente, después el cuerpo trémulo, y comenzó a caminar. Pero sus pasos temblaban. Tanto, que se recostó en el viejo muro, que apenas veía ya, bajo la niebla de lágrimas, y entre el desmayo que se lo velaba...

Así se arrastró un momento, temblando y gimiendo...

Pero dulce y llena de cariño, la Voz a su lado murmuró:

—¡Onofre!...

Entonces Onofre volvió la cara y divisó una forma que resplandecía toda de blancura en la soledad del crepúsculo... Mudo, ya todo frío, dió hacia ella un lento paso, y desfalleció, cayó sobre el seno de Jesucristo, Nuestro Señor, que le oprimió dulcemente entre sus brazos y le llevó consigo para el cielo, en el esplendor del oro de la tarde...

II

SAN FREY GIL

PLAN DE LA OBRA (1)

Nacimiento de Gil en un solar al pie de Vouzella.—El padre y la madre de Gil.—Infancia de Gil.—Su belleza.—Su curiosidad insaciable.—Amor a los manuscritos. Un viejo físico le comunica la pasión de los cuerpos simples y de las plantas que curan.—Crece.—Toma afición a las armas y a los caballos.—Tiene amores vagos con muchachitas.—Pero no descuida los libros.—Le entra la pasión de lo desconocido, de los viajes.—Para conocerlo todo quiere ir a estudiar Medicina a París.

Márchase, entre lágrimas de su madre y de una moza a quien había seducido.—Toma el camino de París con su fiel Pero Malho, escudero.—En una posada, en el camino, encuentran a un caballero que traba conversación con él y sabiendo que Gil va a París a estudiar Medicina, le dice que vaya antes con él a Toledo, adonde él va también para licenciarse en las Artes Negras.—Esas artes, que él describe, dan a quien las posee el oro, el poder, la eterna mocedad y todo lo que constituye la felicidad.—Gil cede. Parten para Toledo, conversando por el camino.—Son asal-

(1) Encontrado, juntamente con el manuscrito incompleto, a la muerte de Eça de Queiroz.

tados.—El caballero desconocido desbarata a los salteadores.—En Toledo, Gil es conducido a la Universidad de las Artes Negras.—Allí encuentra a los Profesores, que le dan un festín y le dicen que el arte mejor es sellar un pacto con el Demonio.—Gil lo firma.

Desde ese día, tornado omnipotente, abandona la idea de ir a París, y pasa a disfrutar todos los goces.—Comienza por la vida de mozo, teniendo palacios, mujeres, caballos, oro en pilas...—Pero en seguida se cansa de esto...

Ambiciona luego el poder, y el Demonio le hace Rey.—Pero en seguida se cansa de la realeza.

Apetece después las grandes aventuras y es pirata en los mares, viaja hasta los últimos desiertos, ve pueblos extraños.—Pero pronto se cansa de estas emociones.

Entonces apetece saberlo todo, y va a estudiar a París, como simple estudiante.—Pero se cansa en seguida de esta ciencia de los libros.

Quiere conocer los misterios.—El Diablo le lleva a los astros y penetran en las entrañas de la tierra.—Quiere ver el Infierno y el Cielo.—Pero el Diablo no se los puede mostrar.

Entonces anhela un afecto profundo, un amor profundo.—Ve a una mujer a quien adora de repente sin verle el rostro.—Síguela, hasta que un día se le revela, y es el esqueleto de la Muerte.

Reniega de su vida y vuelve a Portugal para meterse en un convento.—Desesperación del Diablo, que de amigo se trueca en enemigo y le comienza a tentar.—Tentaciones tremendas que vence por la paciencia y por la bondad.

Se va sintiendo feliz, y su deseo es lograr la derogación del pacto que hizo con el Diablo.—Pero la penitencia aun no es bastante y es necesario que practique un acto que le torne merecedor de que la Virgen derogue el pacto.—Ese acto lo hace sacrificándose por una criaturita o por un viejo enfermo.

S A N O N O F R E

Entonces la Virgen le entrega el pacto.—El Diablo aun le tiente, pero ahora él sonríe y lo desprecia.—Entra en la paz, en la felicidad, y conoce al fin la vida perfecta, que es una dulce vida de convento, en el sosiego de un valle... Muere en olor de santidad.

Faint, illegible text at the top of the page, possibly a header or title.

Main body of faint, illegible text, appearing to be several paragraphs of a document or letter.

I

El solar de Don Ruy de Valladares, Señor de Mortagua y Gonfalim, era a dos leguas largas de Vouzella, en una colina, por donde descendía, esparcida hasta el río, entre olivares y viñedos, la aldea de Gonfalim. Un foso, una muralla delgada y sencilla como un muro de heredad, una torre construída en tiempos de la Señora Reina Doña Teresa, defendían esa térrea casa, la capilla, los graneros, el horno, el patio bien enlosado, donde dos sauces llorones daban frescura y sombra a una fuente de bronce. Más allá, un alto zarzal, cubierto de moras por San Juan, envolvía la cuadra, la era clara, el redil, una pomarada bien regada y el campo de torneos; y después, por toda la otra ladera del otero, lentos y suaves, verdeaban los pastos del ganado.

En el fondo del valle, la ribera fría y límpida, entoldada de arboleda, saltaba y espumeaba entre gruesas piedras claras; un monasterio rico de Dominicos ocupaba toda la colina frontera a Gon-

falim, con su vasta y frondosa huerta, y las dos márgenes estaban unidas por un viejo puente romano de un solo arco, donde el buen Señor, para purificar la obra y la piedra pagana, mandara levantar un cruccro.

Desde hacía mucho tiempo, en aquellas tierras, los años habían sido de paz; las cadenas del puente levadizo, que no se levantaba, estaban mohosas y cubiertas de herrumbre; las hierbas bravas crecían en los fosos secos; en la vieja torre, de donde se había retirado hasta el ballestero, que allí acostumbraba dormir, había un palomar ahora; y el buen Señor Don Ruy había engordado tanto, que ni salía a la sierra con sus halcones, ni siquiera cabalgaba en su jinete, por nombre *Almansor*, muy gordo también y para siempre ocioso delante del pesebre lleno...

Don Ruy se había desposado con la nieta de Mestre Heriberto, Canciller del Señor Rey Don Sancho, y no había en toda la Beira señora de mejor diligencia y orden en el gobierno de su casa. Trigueña, de ojos pestañudos y suaves, con un bozo y un pecho de tórtola harta, Doña Teresa, desde la alborada, haciendo tintinear su grueso manojo de llaves, distribuía la tarea a las ayas, visitaba la despensa y el gallinero, vigilaba la hornada del pan, escogía la fruta en la pomarada; y hasta, arrastrando su largo vestido sobre la tierra aún húmeda, iba a buscar las hierbas salutíferas para componer los ungüentos domésticos. Todo

el caserón solariego resplandecía de gravedad y de aseo. En las losas del patio no crecía una hierba... En el borde de cada ventana había un tiesto bien regado y fresco. Bien fregados con retama, los suelos parecían siempre de madera nueva. De las arcas llenas de ropas de lino salía un buen olor de espliego. Los platos y los jarros de estaño, sobre los aparadores, reflejaban como espejos las labores de talla de las altas sillas de respaldo, las listas vistosas de las cortinas y los ramilletes de azucenas y rosas, desbordando de los jarrones de barro vidriado.

Ocioso y risueño, con una larga zamarra de paño orlada de pieles de raposa, que le descendía hasta los zapatos de cuero rojo, el buen Señor Don Ruy se acariciaba la barba a través de su caserón, gozando de esta paz y de este orden. Sus días corrían prolongados y dulces, como en un monasterio rico, y rara vez cogía su bastón de puño de plata para trasponer el viejo puente levadizo. En tiempo lluvioso, el buen Señor, de ventana en ventana, contemplaba el valle, la arboleda humedecida, las dos torres del monasterio, o se calentaba pacientemente las manos en el brasero, o abriendo el cofre de hierro, clavado en el suelo a los pies de su lecho, contaba su dinero, o iba a observar en el fanal de vidrio si las sanguijuelas, subiendo a flor de agua, anunciaban el norte y el buen tiempo. En los días de sol recorría despacito su huerta por las avenidas orladas de espliego; vi-

sitaba a sus galgos, que, ociosos y gordos también, dormitaban pesadamente; descendía al lagar, después a la era, sonriendo paternalmente a los siervos, que doblaban la rodilla, y terminaba por descansar en un bosquecillo de rosas, escuchando el murmullo de las aguas de la acequia.

El toque de Angelus (1) anunciaba la cena. En la sala, separada de la cocina por un arco de cantería, las gruesas tazas de caldo humeaban sobre el roble desnudo de la tabla entre panes de centeno y enormes jarros de vino. El buen Señor, habiendo lavado las manos en el agua perfumada con vinagre que el siervo entornaba de un gran jarro de cobre, ocupaba su silla señorial. El capellán, enfrente, decía el *Benedicite*, y Doña Teresa quitábase todos sus anillos para echar dentro de su taza la oscura corteza del pan. El buen Señor comía con lentitud y silencio. El vino de su jarro era renovado por el Mayordomo, que a cada instante se levantaba con la boca llena e iba a llenar el jarro señorial en la pipa posada en un rincón sobre barrotes de madera. Después del puerco asado, venía un ave, gallina o pato, que Don Ruy partía con los dedos, limpiándolos a los pelos del lebrél, sentado a su lado en espera

(1) *O toque das Trindades*. dice Eça de Queiroz; porque en Portugal se llama tradicionalmente *hora das Trindades* a la hora del Angelus, así vespertino como matutino.—
N. del T.

de los huesos. En las tardes del verano, el mayoral de los ganados venía junto a la ventana de la sala a tocar en la flauta de barro. Y cuando el siervo retiraba las frutas, apiñadas en esportillos de esparto, y otro ponía sobre la mesa vacía dos candiles, el capellán iba a buscar un grueso infolio, que abría, y lentamente, tropezando en las letras, leía la vida de un santo o un episodio del *Tesoro de las batallas*, que cuenta todas las grandes guerras, desde la que los ángeles malos trabaron con los ángeles buenos. Doña Teresa cogía su rueca e hilaba o daba algunos puntos en el frontal que hacía diez años andaba bordando para la iglesia del convento. El buen señor, con las manos sobre el estómago, dormitaba. Y cuando el capellán se detenía para beber un trago de agua, oíase el crujir de la veleta de hierro, o, en las noches de verano, el canto triste de los sapos en las hierbas...

Pero con un gesto Doña Teresa detenía al santo varón, que hacía un doblez en la página de su infolio. El mayordomo, a la puerta de la cocina, batía las palmas, y todos los siervos entraban, hasta el pastor con su zurrón. Y era el buen señor quien, de pie y aun soñoliento, rezaba la primer *Avemaría* del rosario. Después doña Teresa cerraba los aparadores, cogía un candil, un jarro de vino preparado con miel y canela y subía con su señor para el cuarto, a descansar en el vasto lecho de encina, que tenía tres varas de ancho...

Así corría la existencia, igual y serena, en el

solar de Gonfálim. A veces algún ricohombre de los alrededores, pariente de don Ruy, venía a desmontar de su caballo en el patio tranquilo con sus perros y escuderos. Doña Teresa corría al portal, trayendo una toalla bordada y un jarro de agua, que derramaba sobre las manos del huésped. Echábase aprisa leña en el hogar para asar en las espeteras de encina un cabrito o un lechón; de las arcas salía una alfombra de Oriente que se extendía sobre las losas del cuarto de honor, donde las manzanas, apiladas sobre los armarios, exhalaban un olor dulce y acre; las antorchas de cera ardían en la sala hasta tarde, y los señores conversaban de parientes, de cosechas, de algún nuevo milagro, de las honras ultrajadas por los corregidores del Rey y de los malos tiempos que corrían para los hombres hidalgos. Otras veces eran menestrales errantes que pasaban y pedían cobijo, y después de la cena, tañendo el violín o la flauta, cantaban canciones nuevas, decían historias maravillosas de los paladines de Francia o repetían las fábulas que habían oído en las posadas o en las cocinas de otras casas solariegas sobre las guerras que el señor Rey hacía a los moros más allá del Tajo. Pero lo que más agradaba a doña Teresa era el paso de los monjes mendicantes: esos sabían los milagros nuevos, los casamientos hidalgos de Vizeu y de Lamego; recetas de dulces o de unguentos e historias de peregrinos que habían arrostrado los mares, llegando a ver el verdadero sepulcro de Nues-

tro Señor Jesucristo, aun teñido de sangre fresca...

Estas eran las distracciones de estos señores excelentes. En las Navidades había un nacimiento en la capilla, con misa cantada por los frailes del convento y una cena en que se comía el puerco nuevo. En el cumpleaños de don Ruy se abría una pipa de vino en el campo de torneos, y los mozos de Gonfálim hacían juegos de bolos y luchas... Y no había en aquellos alrededores más alegre hoguera que la que se encendía, entre danzas y cánticos, en la plaza, enfrente del puente levadizo, en la noche de San Juan.

Así habían corrido los años en el solar de Gonfálim, quietos e iguales, cuando doña Teresa sintió alborozada en sí un comienzo de maternidad...

Fué un asombro, una magnífica alegría. Largos años habían deseado y esperado con ardor un hijo; y para lograrlo, doña Teresa había hecho promesas, había invocado a todos los patronos de la fecundidad, había encendido durante treinta días treinta velas a Santa Margarita, había bebido agua de sagnacanina, había traído mucho tiempo sobre la cintura una piel de coneja. Pero la dulce esperanza no encarnaba, y el buen señor don Ruy, resignado, había decidido dejar su señorío y el dinero de sus arcas a un ahijado de su mujer, mozo leído y versado en libros y que era proveedor del Rey en Lamego. Muchas veces, no obstante, suspiraba viendo delante de un caserío un villano que, con el hijo sobre las rodillas, construía una tram-

pa para los pájaros, o un viejo que sonreía, amparado en sus pasos tambaleantes por un mozo fuerte y lleno de respeto. Ahora, sin embargo, llegaba el bien de que había desesperado. El buen señor, repentinamente remozado, con el semblante todo risueño y dilatado en el orgullo de su paternidad, comenzó por todos los alrededores a anunciar la noticia espléndida, hasta a un sórdido ermitaño que vivía en una cueva al fondo del valle, hasta al trasquilador que había venido al trasquileo de los ganados. Un recadero partió al punto para Lamego a encomendar al maestro tallista una cuna muy suntuosa. Todas las ayas, sacando de las arcas los linos más finos, trabajaban en el equipo, y doña Teresa, al fin del primer mes, había ido a comulgar al Monasterio para que la Hostia divina fuese el primer alimento del niño bien deseado.

¡De qué cuidados rodeaba el buen señor a aquella señora excelente, cuyo vientre le parecía precioso como un sagrario!... Inquieto, constantemente le quitaba de las manos con blandura las llaves de la despensa para que ella no se fatigase de gobernar el caserón. El, sólo él, preparaba el vino reconfortante con canela, miel y hierbas aromáticas, que le debía dar fuerzas y valor, y sin cesar, cuando ella caminaba le tendía los brazos, temiendo que cayera por los peldaños, tropezara en cualquier piedra o que un pliegue del vestido se le enredara en los pies.

Era entonces invierno, un invierno muy crudo, que todas las mañanas blanqueaba de nieve los prados y los techos de los caseríos; don Ruy y doña Teresa, sentados al brasero, interminablemente conversaban sobre "su niño". El le tenía ya preparado su destino, tan claro y marcado como si un letrado lo hubiese escrito en un códice. Su nombre sería Gil Mendo; los mejores lectores del Monasterio vecino y amigo le enseñarían las letras, la escritura y el arte de contar; escuderos expertos vendrían a adiestrarle en el arte de cabalgar, en el manejo de las armas y en todo lo que pertenece a la caza; después, él, don Ruy, le llevaría por las diócesis de Lamego, de Porto, de Coimbra, para conocer las ciudades y tratar con los ricoshomes. Luego se casaría con una dama virtuosa de rico linaje y gobernaría con toda tranquilidad su señorío, porque ninguno de ellos deseaba que su hijo afrontase los peligros de las guerras o marchase a tierras extrañas...

Y cuando así conversaban, a ambos les entraba una inquietud que no decían porque ciertas palabras, cuando están sueltas, son atrapadas por los espíritus malignos, que las condensan y de ellas hacen cosas reales y vivas. ¿Si Gil naciese torcido o mudo?... Entonces doña Teresa iba a escondidas a la capilla a hacer promesas a Nuestra Señora de la Buena Salud y don Ruy reclamaba de su capellán que una vez más recorriese el archivo de su solar para ver si alguna vez varón de su casa na-

ciera con algún defecto. Pero la certeza de que todo su abolengo, desde los godos, era robusto y de buen porte, no calmaba su inquietud, y habiendo divisado cierta mañana una graja que se posara en el borde de su aposento, lo cual podía hacer tartamudo al niño, tanta angustia se apoderó de él, que los malos humores se le extravasaron, y, amarillo como un limón, yació en su vasto lecho una semana, entregado a las drogas de Mestre Alvaro Porcalho, el buen físico, que había venido a toda prisa de Vizeu montado en su mula. Por consejo de él, nunca más doña Teresa tocó agua fría, y sólo bebió caldós de limón... Pero una ansiedad mayor penetró en el alma del buen señor porque Mestre Porcalho, después de examinar el interior de los párpados de doña Teresa y ciertas pecas que tenía en la frente, meneaba la cabeza gravemente y no podía afirmar que la criatura fuese un varón... Seguramente el buen señor amaría a una niña que viniese con sus frágiles gracias y su dulzura a alegrar la severidad fría de su vivienda... Pero ¡con cuánto más amor y orgullo y tranquilidad juntamente, recibiría a un varón para continuar su estirpe y administrar sus bienes!...

Mandó entonces llamar a un astrólogo famoso, Mestre Leonardo, que vivía en unas viejas ruinas del tiempo del conde Ordoño, junto a las murallas de Lamego. Bien provisto, con un cántaro de vino y una empanada, el docto varón pasó la noche, una clara noche de Marzo, con astros bien claros

S A N O N O F R E

y fáciles de leer, en la torre del Homenaje, de donde había espantado a las palomas, preparando su horóscopo; y don Ruy tuvo la dicha de oír que su hijo sería varón, vencería a los infieles, entraría en los Consejos del Rey y desposaría con la hija de un ricohome poderoso que tenía tres castillos y vasallaje de tres villas. Señorialmente pagado, Mestre Leonardo volvió a cabalgar en su mula, y abandonaba el solar cuando junto al puente levadizo encontró a Mestre Porcalho, que con su caja de cuerpos simples al hombro, la jeringa de estaño dentro de un saco, se recogía de visitar al armero de Gonfalim. Inmediatamente, los dos sabios, desde lo alto de sus mulas, trocaronse duros sarcasmos y después injurias, y ambos, saltando de las cabalgaduras, con sus largas garruchas (1), se acometieron cuerpo a cuerpo tan ferrozmente, que ambos rodaron al fondo de los fosos...

II

Pero Mestre Leonardo había acertado, y fué un varón. Y hasta la comadre y las ayas afirmaban que, por la fuerza con que había llorado y sa-

(1) En lenguaje arcaico castellano, como en portugués, se conserva todavía esta palabra en su acepción de vestidura talar.—*N. del T.*

culido los piecitos morados al penetrar en la vida, el señor don Gil sería hombre de gran valentía y acción. Lo que a todos espantaba, sin embargo, inclinados sobre su cuna, era su perfecta belleza e inteligencia. Gordo, muy redondo, blanco como los linos finos de sus sábanas, con una boquita que parecía una hojita de rosa y los grandes ojos negros resplandeciendo bajo la cabeza muy clara, parecía ya tener un alma y comprender. Dos ayas le velaban constantemente, sentadas en esteras, balanceando un abanico de plumas para preservar de las moscas la frescura de su sueño, o cantando para arrullarle: *Duerme, duerme, señor mío...* Y ya había pasado un mes, y los arcos de boj levantados en las fiestas del natalicio estaban mustios, y ya doña Teresa, purificada y de nuevo colorada y ágil, hacía tintinear sus llaves por el pasillo de la casa solariega, y aun Gil no había llorado... Una gota de leche del pecho lleno del ama bastaba para adormecerle dulcemente, y despierto, sus ojos negros y grandes, rutilantes, buscaban constantemente y seguían los rayos del sol o el brillo de un jarro de estaño o los colores centelleantes de un velón... Viniendo a cada instante de puntillas a entreabrir las cortinas de la cuna, el buen señor no olvidaba ninguna de las prácticas que contribuyen a hacer la criatura perfecta. Para que tuviese voz fuerte y clara, refregábale la boquita con una vieja moneda de oro. El mismo había deshecho sal virgen en agua ex-

traída de la fuente al nacer del sol, que hace que el cabello de las criaturas crezca encaracolado y recio... Para que tuviese fuerza trajo una antigua espada de su abuelo don Fruela y la posó entre las manecitas de Gil, y para que a la fuerza del cuerpo se juntase la fuerza del alma, tres domingos seguidos el capellán vino a leer sobre la cuna el Evangelio de los tres Reyes.

Con ocasión del bautizo se celebraron grandes fiestas. El padrino fué don Mendo, un pariente de Mortagua, y la madrina Nuestra Señora de la Salud (1); y en el camino para la iglesia, alfombrado de rosas y hierbabuena, al lado de don Mendo, magnífico, con sus barbas de nieve sobre el sayal rojo, caminaba, elevada en sus andas, a hombros de cuatro caballeros peones de Gonfalin, la Señora Madrina, coronada de oro, con un manto nuevo, donde las estrellas de oro sobre el azul del terciopelo relucían como un cielo de verano. Para mayor honra y para que el niño no fuese sordo, fué don Mendo, el padrino, quien tiró de la cuerda de la campana y dió los primeros repiques festivos. Toda la piedra de la iglesia desaparecía bajo las colgaduras de terciopelo blan-

(1) En Portugal, país muy devoto, es muy corriente (o éralo al menos) poner al niño recién nacido bajo la advocación de una imagen de la Virgen o de Nuestro Señor. El mismo Eça de Queiroz fué apadrinado en su bautizo, en Villa do Conde, por la imagen de Nuestro Señor de los Afligidos, y así consta en su partida de bautismo. (Véase la *Introducción* a este libro.)

co. Y cuando la punta de una faja de seda que se prendía por la otra punta a las manos de Nuestra Señora vino a tocar la pelusa fina y rubia de la cabeza de Gil, desnudito y quieto, en los brazos del cura, sobre la pila bautismal, todos observaron con espanto que el niño sonreía a las luces de las antorchas, y las puntas de los piecitos se agitaban, y algo blanco, como el surcar de un ala, atravesó en la penumbra del baptisterio.

Después un enorme festín tumultuoso y voraz congregó a la ruda aldea. En la explanada, tres terneras enteras se asaban entre hogueras claras. El vino, corriendo sin cesar de las pipas adornadas de laurel, hacía pocitos rojos, donde las criaturas se echaban a rodar. A cada instante los laúdes y las violas de los menestrales congregaban a los mozos y a las muchachas, sofocados, con la boca llena, y coronados de rosas, en largas danzas entontecedoras sobre la hierba pisoteada. Una empanada inmensa, traída en unas angarillas y precedida por dos enanos que cabrioleaban, apareció al final de la tarde entre aclamaciones; sacando la espada un caballero-peón, le hendió la tapa, mayor que un techo de cabaña; y de dentro huyó una bandada de palomas que batían en el aire con esfuerzo las alas pesadas de gordura, perseguidas por los mozos, que las apedreaban con pedazos de tierra como gruesos panes de centeno y con los platos de estaño...

De repente, junto al puente levadizo surgió una

bandera, y al lado de don Mendo y seguido del capellán, del intendente y de las ayas con altas tocas de encaje, apareció el buen señor don Ruy, pálido de alegría y de orgullo, que traía en los brazos, todo cubierto de encajes, para mostrarle al pueblo, su hijo, su heredero. Muchachitas corrieron con cestos llenos de hojas de rosa que le arrojaban, y de la mesa de honor, donde estaba el Merino del Rey, dos viejos vinieron; uno con un plato lleno de sal, que simboliza la agudeza de espíritu; otro, trayendo un huevo, que significa la duración de la vida, para ofrecerlas al niño como votos tangibles... Y fué un espanto, un largo murmullo maravillado, cuando Gil, agitándose entre los encajes, extendió un bracito hacia la sal y otro hacia el huevo. Los viejos, muy graves, reconocieron que el niño era un elegido de Dios, y nadie dudó de que llegaría a la extrema vejez al través de la extrema sabiduría...

En efecto, cada día crecía en fuerza y en belleza. Su cabecita redonda bien pronto se cubrió de anillos finos como seda y color de oro, y todos los dientes le salieron sanos y fáciles sin costarle una lágrima. Cuando no dormía, con su dormir tan sereno, que parecía una rosa sobre una almohada, pasaba horas enteras en los brazos de las ayas o de la madre deslumbrada, quieto, inmóvil, ya derecho, con los ojos resplandecientes y pareciendo pensar en cosas profundas. Exhalábase un tan raro encanto de aquel cuerpecito, todo

de arrugas gordas, blancas y duras como mármol, que las ayas no podían apartarse de su cuna, olvidando las horas de comer; y los que un día pasaban por la casa solariega, aun después en sus moradas y entre otros cuidados, quedaban pensando con ternura en aquellos cabellos de oro puro y en las dos estrellas de sus ojos.

En el aposento donde estaba su cuna no era necesario en el invierno encender el brasero, ni durante la canícula entreabrir las ventanas a la brisa, porque siempre había allí un aire igual, suave, tibio, fresco y que olía bien; y este aroma iba creciendo tanto, sobre todo en derredor de su cuna, que Mestre Porcalho, que reprobaba las esencias derramadas junto a las cunas, batía el pie, impaciente, cada mañana que entraba, y decía, fruciendo las narices: "Pero... ¡aquí huele a jazmín!... Pero... ¡aquí huele a rosa!..." Más de una vez también había sucedido que, apagando la lámpara, el cuarto había continuado iluminado con una luz translúcida y vaga, láctea, que era aún más tenue junto a los altos muros, más viva y como irradiada en torno de la cuna; el ama, sentada, levantaba la cortina y encontraba al niño sonriendo en su sueño, y si entonces examinaba sus pañalitos, más se asombraba, no reconociéndolos como los del rico equipo, sino diferentes, de un lino más fino que todos los linos, blancos como no había otra blancura, y tan dulces y blandos a la mano, que su contacto tenía la dul-

zura de un beso... El buen señor don Ruy oía estas maravillas, y gruesas lágrimas de satisfacción rodaban por su barba rubia.

Las palomas que tenían su palomar en la vieja torre de la atalaya comenzaron entonces a venir todas las mañanas en bandada a posarse en el alféizar de la ventana del niño, y hasta, si encontraban las puertas abiertas, algunas, más osadas por ser más blancas, volaban en torno de su cuna con un vuelo sutil y sin rumor. Gil las seguía con sus grandes ojos o echaba la mano para atraparlas; y si tocaba en alguna que se posase en las rejillas de la cuna, esa tomaba vuelo al punto, triunfalmente, sumergíase muy alta en el azul y no se recogía al palomar.

Pero no eran sólo las palomas las que amaban al niño. Mariposas raras de colores radiantes venían a golpear contra los cristales, en bandadas, como hojas vivas y sueltas de flores que no hay en la tierra. Un almendro que había abajo en el patio rompió a crecer, a subir, como si con las puntas de su ramaje intentase escudriñar dentro del aposento, y después se cubrió de flores en Enero; y un ruiseñor vino durante todo el invierno a cantar sobre él maravillosamente. Pero la sorpresa mayor fué que en el rincón del patio enlosado, donde se había vaciado el agua en que don Gil había tomado un baño, comenzaron a crecer entre las losas unas florecitas azules, blancas y co-

E Ç A D E Q U E I R O Z

lor de oro, que ningún jardinero había visto jamás y que perfumaban todo el aire.

En el día en que el niño hizo un año, estando en el cuello de la madre con su sayalito de brocado blanco, todo bordado de perlas, se le escurrió súbitamente de los brazos para el suelo y dió su primer paso en la vida... Todos los brazos en derredor se le extendieron ansiosos para ampararle; pero él iba afirmando los piecitos, redondos y lentos, sin tropezar, atento y derecho hacia una franja de sol que entraba por la ventana, con la manecita abierta y levantada, como amparada por otra mano que no se veía y que dulcemente le llevaba... Y así se sumergió en la franja de sol, donde se quedó quieto, con una risa que resplandecía, todo aureolado de oro... Frey Munio murmuró: "¡En este niño hay maravilla!..."

III

Su crecer fué entonces igual y sano, como el de una flor que en tierra bien regada y bajo la fiel caricia del sol florece con esplendor. Ninguno de los males que Maestre Porcalho temía, frunciendo el entrecejo agorero, vino a interrumpir su florecimiento; y todos los dientes le nacieron sin un dolor y sin una lágrima. Su hablar era tan dulce y gracioso, que a todos hacía sonreír de ternura,

como el cantar de un pájaro en los ramajes. La ebúrnea blancura de su piel no parecía pertenecer a un cuerpo mortal, y en todo él la inteligencia resplandecía más visiblemente que una luz detrás de un cristal. Una curiosidad inquieta e insaciable constantemente le arrastraba, corriendo y esparciendo el brillo de sus ojos negros, al través de la vieja morada señorial. No habría ya en la torre del Homenaje, en los patios, en el obscuro sótano, rincón que él no hubiese rebuscado, en el impulso irresistible de saberlo todo. Las ayas le encontraban constantemente revolviendo con sus brazos chiquititos, frágiles como tallos de flor, levantando las pesadas tapas de las arcas; y si encontraba una abierta, daba gritos impacientes hasta que le dejasen desdoblar las piezas de lino, desenrollar los rollos de cintas, destapar los cofres, remover los encajes, amontonar en derredor de sí sobre el suelo un enorme baúl revuelto...

Ya más crecido, jugando por la huerta, metíase en todas las espesuras de follajes, a rastras, como un animalillo, enmarañando el cabello en las zarzas, para escudriñar lo que se ocultaba en las sombras húmedas; excavaba en torno de las plantas para conocer la forma de las raíces, y acechando el volar de los pájaros, trepaba a los árboles para saber el secreto de los nidos. Nada le asustaba. Cuando el padre, para adiestrarle en el gran arte de cabalgar, le montó una mañana en un potro, él, empujando al caballero que sujetaba el freno,

se echó a galopar en torno del vallado de la quinta, bien agarrado a la silla, con los cabellos al viento, gritando de pura gloria... Si sentía al final de la tarde los cencerros y la hilera de bueyes recogiendo, nada le detenía, y corría batiendo palmas, provocando a los novillos o a los bueyes de astas más anchas, y constantemente el ayo, aterrado, había de agarrarle para que no descendiese dentro del cubo al pozo o no recorriese el remate de la alta muralla saltando de almena en almena... Después, por la noche, a la cena, oyendo absorto, con el semblante entre los puños, la mirada deslumbrada, las historias de batallas que leía Frey Munio en su gran infolio, soltaba gritos de alegría cuando venía uno de esos golpes de espada que parten el yelmo, rajan al caballero y aun matan al caballo, o cuando en los asaltos de las villas la fuerza de un solo brazo quebraba una puerta de bronce. De noche, en su catre, gritaba soñando con choques de lanzas. Y la madre, que corría, poniendo la mano delante de la lámpara, casi se aterraba viendo en la linda frente de su ángel adormecido una arruga de cólera heroica...

Pero don Ruy sonreía deslumbrado, seguro de que su hijo sería un día un gran conquistador. Era, sin embargo, admirablemente sensible y bueno, y Frey Munio más bien veía en él los presagios de una caridad que enaltecería a la Iglesia. Amaba a todos los animales, sobre todo a los pequeños, y su cuidado era que las palomas no su-

friesen sed y no faltase la abundante ración a los galgos en su perrera. Protegía a los sapos por saberlos despreciados, y si encontraba uno en la hierba húmeda frente a la noria, con sus manos y sin asco lo llevaba lejos para que la vaca uncida alrededor de los cangilones de la noria no lo pisase en su girar adormecido... Los domingos, bajando con sus padres por la avenida de castaños hacia la iglesia, a cada paso se detenía buscando en la escarcela una monedita para los pobres; y en la iglesia, de rodillas sobre la almohada, en el altar mayor, con las manos juntas y su gorro de plumas posado en el suelo, tanto se penetraba del dolor y de la pobreza por los cuales Jesús había pasado, viendo su cuerpo desnudo y pequeñito en las pajas del corral, su túnica rasgada por los azotes, sus manos, tan dulces para los tristes, atravesadas por los clavos, que los ojos se le llenaban de lágrimas. A la puerta de la iglesia todo el pueblo de Gonfelim se juntaba para verle pasar, con sus cabellos rubios en bucles sobre los hombros, cubierto con los terciopelos de un príncipe, fino y derecho como una espada toledana, pero tan sencillo y familiar, que reconocía a los criados, gritaba riendo sus nombres, o lanzaba a los niños en el cuello de las madres besos que cantaban en el aire...

A los ocho años, habiendo Frey Munio preparado libros, hojas de vitela y gruesas plumas, en un cuarto de la Torre de las Almenas, por ser más silenciosa, Gil comenzó a aprender las letras, la

E Ç A D E Q U E I R O Z

escritura, la Historia Sagrada y los cálculos de los árabes. Por muy lenta y larga que fuese la lección, permanecía atento y grave. Su alegría fué ruidosa cuando supo escribir su nombre y sus apellidos con letras adornadas y floridas. Pero ¡cuánto más viva y honda fué la de los padres cuando le oyeron leer sin balbucear en el gran libro de Frey Munio las batallas de Alejandro y de Roldán, par de Francia!...

Tan orgulloso andaba el buen señor del saber de su hijo, que le quiso mostrar a los santos padres benedictinos, sus vecinos y aliados. Montado en su mula blanca, Gil al lado sobre su alazán, cruzaron una tarde el viejo puente romano y subieron la calzada nueva que entre álamos llevaba a la enorme puerta chapada de hierro como la de una ciudadela. Y al punto, en el patio, bien plantado de cipreses, encontraron entre dos fuertes carros de bueyes a don Abad dirigiendo el cargamento de seis pipas de vino blanco de los viñedos del convento, que iba a mandar de regalo al Papa.

Con gran contento, acariciando los lindos cabellos de don Gil, el prelado, sapientísimo, condujo a sus vecinos hacia la parte del claustro, mandando a un lego que trajese un canastillo de fruta y un jarro de aquel vino blanco, que era la gloria de su finca. Pero en el claustro, como era sábado, toda la sabia comunidad, en una larga fila, sólo con la túnica y sin capa, estaba afeitándose, y don Abad caminó hacia la entrada de la huerta,

donde se sentó entre sus huéspedes en un banco de piedra, junto a una fuente que entre rocas cantaba en un estanque de mármol.

Allí el buen señor contó al prelado el gran amor de su Gil a los estudios y cómo ya trazaba la letra grande y la menuda y cuán familiares le eran las sagradas historias; y andaba él pensando si su hijo, bien enseñado por otro más leído en libros que Frey Munio, no se convertiría en un buen estudiante de Leyes o en fino sabedor de las artes de curar. Entonces el buen prelado, cogiendo las manos de Gil e indicando la piedra blanca y pulida que dominaba la fuente, invitó risueñamente a Gil a leer la inscripción que allí había grabado hacía años un docto monje de aquel monasterio. Sin esfuerzo, el mozo gentil descifró las rudas letras talladas, que decían: "Clara y perenne, como sale el agua de esta roca, brota la bondad de nuestros corazones..." Y el buen Abad admiró este saber precoz. ¡Pero cuánto más admiró su gran conocimiento de las historias sagradas!... Erguido, con un brillo en los lindos ojos, y como si conversase de cosas familiares e íntimas, el mozo gentil, interrogado por el Abad, contaba la gran cólera de Jehovah, Caín huyendo al través de los montes, el diluvio durante cuarenta días, José gobernando a Egipto, el pueblo errando por el desierto, Jericó cayendo a la estridencia de las trompetas...

Todos los pájaros se habían callado en derredor en el ramaje de la huerta. El agua caía de la roca

con un murmullo ahogado. Una dulzura mayor suavizara el aire, y los rayos del sol, que descendía, quedaron parados, dorando con tonos de oro el banco de piedra donde Gil contaba las divinas historias. Entonces el buen Abad, posando su gorda mano sobre la cabeza de Gil, afirmó que había allí un agudo entendimiento y que bien podía don Ruy, puesto que tenía fortuna, mandar a aquel mozo a estudiar a Francia, tierra de gran sabiduría... El padre murmuró: "¡Tan lejos!..."

No; no había tierras lejanas para buscar el saber. ¡Más lejos se iba, a Jerusalem, para buscar la gracia!... Y la sabiduría, tanto como la gracia, conservaba el alma limpia del mal... Entonces deseó que don Ruy probase su vino blanco. Y habiendo dado a ambos la bendición de Dios y ordenado a un hortelano que allí regaba las plantas que metiese en un canastillo cerezas y rosas para la señora doña Teresa, cogió el brazo del novicio, porque habían tocado a vísperas y debía disponer una remesa de reliquias destinadas a una finca del convento, visitada recientemente por repetidos azotes del fuego, de los lobos y de las calenturas. Los dos Señores besaron su mano reverendísima y recogieronse contentos a la casa solariega, por el camino de la Ermita.

Gil comenzó entonces a estudiar con tanto fervor—pensando siempre en los loores de don Abad—que bien pronto supo todo cuanto sabía el dulce Frey Munio. Aun muchas veces pertur-

baba a este discreto maestro con su curiosidad temeraria, que todo lo quería comprender, hasta el Orden de la Naturaleza. Era, sobre todo, a la tarde, cuando para reposar de las prácticas estudiosas ambos subían a la explanada de la Torre de las Almenas y lentamente paseaban en derredor de las almenas, todas verdes de hiedra. El cielo arqueaba por encima su bóveda de azul claro, inmutable y sempiterna. El sol, como un disco de metal candente, rozaba la espina de los montes, dando largos rayos. Y la tierra, oscura y maciza, extendía su ondulación de valles y sierras hasta donde se perdía la mirada.

Entonces don Gil quería saber cuál era en verdad la forma de la tierra, hacia dónde iba el sol cuando se sumía serenamente detrás de los montes, y quien sustentaba así tan firme la bóveda del cielo. Para satisfacer a su discípulo, Frey Munio hojeaba los infolios, que pedía prestados a la biblioteca del convento, sobre *Las Enseñanzas de la Prudencia*, obra mirífica que, en sus hojas fuertes, encerraba la suma del saber benedictino. Y poniendo el dedo en la página, explicaba a Gil que la tierra es cuadrada, teniendo por dentro, en la faz vuelta hacia el Cielo, la santa ciudad de Jerusalem; que el sol, de noche, va a alumbrar el mar, y en días de fiesta a iluminar el Purgatorio, y que quien sostiene esta bóveda, llena de luz, de estrellas, de nubes, de vientos, són los cuatro Evangelistas, en los cuatro

ángulos del mundo, con sus manos que todo lo pueden por haber tocado las manos del Señor...

Pero no siempre don Gil parecía persuadido. Y echando hacia sí el infolio, releía la buena doctrina más detenidamente, como quien a un rincón mal alumbrado acerca una luz más fuerte. Tanto amor cobró entonces a estos libros y al saber que en ellos bebía, que no hubo ya para él otro interés o cuidado. Desde la alborada se encerraba en la torre de estudio delante de la vasta mesa que los majestuosos folios cubrían; y muchas veces, a las horas de comer, habiendo ya tocado tres veces la bocina el criado de mesa, tenía don Ruy que subir la escalera de la torre y sacudirle el brazo para arrancarle al estudio, donde el alma se le sumergía como en un mar de deleite. Paseando en la quinta, a cada paso sacaba de la escarcela un trozo de pergamino, y recostado en un tronco de árbol, con la mirada ya derramada por el suelo, ya alzada lentamente al cielo, trazaba líneas vagarosas. Tan abstraído vivía en su pensar, que doña Teresa había de peinarle los cabellos, que él dejaba enmarañados, y atarle las cintas de sus borceguíes de cuero blando. De noche, con el candil colgado junto al lecho, y un folio en la almohada, aun leía, leía tanto, que ya las golondrinas cantaban en el alféizar de su ventana cuando él, con un suspiro y a duras penas, cerraba las hojas del infolio.

Comenzó a enflaquecer; su piel tomó la palidez de una cera de altar; y Mestre Porcalho declaró siniestramente que ya en los ojos del señor don Gil sentíanse presagios del desatinar. Entonces, para apartarle de los libros, don Ruy organizó para él una jauría de caza. La perrera fué ensanchada, cubierta de nuevo techo, y el ladrar de los mastines, de los perdigueros, de los lebreles bárbaros, atronaba el solar. Al lado había un tejadillo para los halcones, y un hombre hábil que había venido de Vizeu estaba instalado en el apero, haciendo redes, trampas, lanzarotes y capuchas de cuero para los azores...

Doña Teresa, abrazada al hijo, consiguió de él la promesa de que todas las mañanas saldría a montar para que con los recios aires de la sierra le volviesen los colores de la salud. Pero él quiso primero aprender el Arte de Cazar; y fué aún un motivo de enterrarse entre viejos cuadernos, de letra menuda, en que se enseña a adiestrar los lebreles, a azuzar a los halcones, a conocer las artimañas del lobo, el olor de los venados y hasta los vientos más propicios a la caza, las oraciones que se tributan a San Huberto y el modo de impedir que los espíritus malignos extravíen en la sierra la cacería. Después aun deseó aprender en los libros los hábitos de los animales: a qué horas bebe el venado, dónde hace nido la perdiz, qué mañas tiene el jaba'í y el rumbo del vuelo de las águilas... Entre tantas

lecturas, más se consumió, y ante las lágrimas de la madre, decidió al fin comenzar las grandes mañanas de caza...

¡Con qué alegría le vieron don Ruy y doña Teresa desde lo alto de las escaleras de la casa solariega, montado en su alazán, airoso en su cota de cuero blanco, con el halcón emplumado sobre el guante y en derredor los lebreles tirando de las traíllas y ladrando!... El montero sonó la trompa, y, buen cazador, volviéndose aún en la silla para lanzar un beso a la madre, pasó el puente levadizo en un gran brillo de sol que salía entonces de entre las nubes...

Volvió de noche cerrada, con un color fuerte en las mejillas, un olor de matorral en las ropas, habiendo matado un venado, liebres, toda una bandada de codornices, pero descontento de sus proezas. No caían bien a su corazón las violencias de la caza, y los lebreles partiendo la espina de los conejos entre los brezos; y el halcón despedazando en los aires una pobre ave y volviendo a posarse en el guante, todo erizado; las saetas clavadas en el cuello de los venados, que quedaban bramando, con los ojos agónicos; todas estas ferocidades, acabado el impulso que las inspiraba, entre los gritos de los monteros y el resonar de las bocinas, le daban como la tristeza de un arrepentimiento. Y de noche, en su catre, lloró por los animales muertos...

Volvió todavía otra mañana a la sierra con

halcones y lebreles. Pero ninguna saeta salió de su aljaba de cuero, suspensa del arzón de la silla; todo el camino los monteros, estirando las traillas, contuvieron a los perros, que ladraban desesperadamente; y en vano los halcones, retenidos por los lazos de cuero, batían las alas impacientes sobre el brazo de los halconeros. Ni animal en los cotos, ni ave en el aire, fué molestado. Gil galopaba contento, respirando los aires ásperos y recios de la sierra. Por la tarde, cansado, durmió a la sombra de un roble. Y cuando se recogió, en la dulzura de la tarde, de todos los lados del camino, de los cotos y de las cuevas salían animales que le acechaban y aún le seguían algún tiempo, confiados y alegres; dos pavos reales, de repente, cuando él pasaba, desdoblaron sus colas como para festejarle; una culebra enorme, que obstruía el camino, se desenroscó para que él pasase; mucho tiempo, una bandada de tórtolas blancas voló a su lado serenamente. Y cuando entró en el patio del caserón, todos los gallos cantaron.

Desde ese día, no volvió a salir con halcones y lebreles. Pero había adquirido la afición a los largos galopes en las sierras; y todas las mañanas, en su caballo aragonés, llevando sólo una espada, trasponía el puente levadizo, penetraba en las tierras. Bajo el sol, bajo la lluvia, todo el día caminaba, ora galopando en las planicies, ora al paso, gozando la frescura de los ramajes,

E Ç A D E Q U E I R O Z

bebiendo en el chorro de los regatos, comiendo moras silvestres; o a veces, en lo alto de un cerro, desmontado, suelta la rienda, contemplaba pensativamente los valles, los caminos serpenteando por las laderas remotas, los horizontes lejanos, pensando en el mundo tan variado que había más allá. A la noche se recogía, enfangado, con zarzas en la ropa, un fuerte olor de matorral y de sierra, la mirada muy brillante; y era él quien entretenía la velada, conversando, y con tanta verdad y saber, y contando tan bellas historias, y con una tan perfecta gracia en el decir, que al padre y a la madre, embebidos, ya les parecía oír la sabiduría de un misal, ya la dulzura de un cántico...

IV

Pero a poco el señor don Gil comenzó a andar pensativo. Ya no gastaba entonces todo el día en los campos; sino que solo a cierta hora, la más cálida, cuando todos descansan, él mismo arrea su caballo y partía sin ruido, como si temiese ser notado hasta de los çaballerizos. Después, cuando regresaba, un brillo de singular felicidad aureolaba su rostro tan lindo; pero durante toda la velada permanecía callado, como en un dulce y dichoso cansancio, que a veces cerraba sus largas pestañas negras, mientras don Ruy, grave

S A N O N O F R E

en su silla de respaldo, acariciaba la barba grisácea y doña Teresa, ya más pesada, retardaba los hilos lentos de su tapicería. A veces, como si la sala, iluminada por dos antorchas, le ahogase, abría las maderas de la ventana y sentado en el repecho de piedra miraba las estrellas o la luna, pensativamente...

Ciertas noches hasta salía al patio, donde la lentitud pensativa de sus pasos revelaba alguna cavilación muy honda de su alma; y la madre, que, dejando escurrirse la tapicería, le iba a acechar entre los cristales, sentíale a veces suspirar, y con suspiros que no eran tristes. Sus libros yacían en la torre cerrados y cubiertos de polvo... Y su ocupación era recorrer el jardín, donde a veces cogía un botón de rosa que guardaba en el seno del jubón.

Quiso entonces aprender la viola y el canto, como si las cosas vagas y sin nombre que le torbellineaban en el alma sólo pudiesen ser traducidas por la dulzura del tañer y del trovar. Y ahora, muchas noches, cuando todo el caserón dormía, y dormía el río y el valle y en la tierra no se veía luz, fuera de la lámpara que ardía en el crucero del viejo puente romano, Gil, a la ventana de su cuarto, soltaba en el silencio y en la obscuridad suave una dulce vibración de cuerdas y un murmullo de endecha en que vagamente cantaba de una selva, de una fuente clara y del alma que se le había quedado allí...

E Ç A D E Q U E I R O Z

Era, en efecto, hacia una selva frondosa, a un manantial de agua viva, adonde todos los días, a la hora de la siesta, encaminaba el galope de su alazán aragonés. Quedaba ese dulce sitio en el fondo de un valle desde donde nada se veía, entre el arbolado que lo rodeaba, sino el hermoso azul del cielo benéfico. Un agua fría salía entre las rocas y, cayendo de piedra en piedra, formaba un riachuelo claro que iba cantando y huyendo, bajo el ramaje de la gran arboleda. Pero en un sitio donde los árboles clareaban, el agua, más lisa y ancha, hacía un remanso, como un lago pequeñito, y de allí subía desde la margen húmeda y florida de margaritas hasta la cima de un dulce otero una hierba igual y tierna, donde los ganados podían pastar...

Allí desmontaba don Gil, ataba su caballo a un tronco de árbol, y si todo estaba desierto tocaba su bocina. Bien aprisa ladraba un mastín, y por lo alto del otero, redondo y verde, aparecía una pastora, con la rueda a la cintura y con ella un rebaño de ovejitas. Ambos sonreían ruborizándose, la pastora y el señor don Gil. Y mientras el ganado bebía en el agua clara, ambos se sentaban en la hierba, a la sombra de la misma haya que los había cobijado en la tarde en que don Gil, viniendo allí a descansar de una larga correría por las sierras, había encontrado a la pastora en el momento en que una nube enorme pasaba y de ella caía un gran chubasco...

Desde entonces, todas las siestas se encontraban allí, en la misma hierba se sentaban, y aun sin que se hablasen, sólo por sentirse juntos uno de otro en aquella soledad, bajo las sombras que en la víspera les habían cubierto, sus ojos, brillando y riendo, se humedecían de felicidad... Un pobre zurrón de estameña, ceñido a la cintura por una cuerda, era todo el vestuario de la pastora; al través de los desgarrones que en él había hecho las zarzas brillaba la piel de su pecho y de su rodilla, con la blanda blancura de un mármol fino, y bajo los cabellos despeinados, en el rostro lindo que habían curtido el aire de la sierra y el sol, el azul de sus ojos grandes tenía el brillo divino del azul del cielo y la gracia tímida del azul de los miosotis. Gil sólo sabía que se llamaba Solena y que servía de pastora, desde pequeña, a un viejo que tenía su granja más allá de las colinas. Sentados en la hierba fresca, tenían largos silencios; él cogía la mano de su amiga y hacía girar sonriendo un pobre anillo de plomo que le adornaba el dedo; ella levantaba de la hierba el gorro de Gil y acariciaba las plumas blancas que le adornaban... Retozando, ella lavaba en el riachuelo claro sus pobres pies, que la sierra había endurecido, y él cogía flores silvestres que le metía riendo en los cabellos. El cuidado de ambos era saber si habían pensado uno en otro; y bajito, con los

dedos enlazados, contaban los sueños que les habían encantado la noche...

Nunca Gil hablaba de la rica y noble casa solariega que habitaba; pero ella de fijo lo consideraba como hijo de un Rey, igual al de una historia de hadas que sabía, porque a veces le decía: "Un día te vas y no vuelves más..." El juraba muy grave que pasarían la vida juntos, sentados en aquella hierba, viendo correr el agua clara...

Las ovejas blancas pastaban por la ladera. El mastín dormía al lado de Solena. Y ella, entonces, cogiendo una rodilla entre las manos, con sus claros ojos alzados hacia los ramajes quietos, comenzaba a cantar... Y era tan dulce el cantar y tan linda la canción, que Gil se ponía a pensar en cantos que había oído a las ayas cuando era pequeño, y en los cuales hadas adorables toman la forma de pastoras y cantando como Solena cantaba, atraen hacia lo alto de las sierras a los caballeros que pasan. ¡Cómo iría él contento, aunque fuese hacia la muerte, llevado por ella!... Entonces, como estaba tan cerca, sumergía sus ojos en los de ella, respiraba su respiración; el seno pequeñito de Solena palpitaba bajo la dura estameña... Un éxtasis que estaba lleno de dulzura y tristeza invadía sus dos corazones... Ambos sentían como deseos de llorar... Y a veces ambos se apartaban bruscamente, como avergonzados; él, yendo a golpear en el pescuezo

de su corcel, que escarbaba impaciente la hierba; ella, dando unos pasos a lo largo del riachuelo, con su rueca e hilando con los dedos tan trémulos, que el hilo se le caía en la hierba... Pero bien aprisa él le gritaba: "¡Solena!", corría detrás de ella, pasaba el brazo en derredor de su cintura, que sentía cálida y como desnuda a través del zurrón, e iban así callados, a lo largo del agua murmuradora, para sentarse más lejos, en otra hierba, a la sombra de otra arboleda...

Pero poco a poco la tarde caía. Ella de nuevo cogía su rueca, llamaba al mastín. Gil murmuraba: "¡Todavía no!..." Y cuando, al fin, habiendo repetido infinitamente: "¡Adiós, Dios te guíe!"; y Solena subía el otero, con sus ovejas detrás, él quedaba aún mirando de nuevo los lugares donde habían pisado la hierba, el agua en que había sumergido los pies, todo aquel arbolado por donde volara su cántico. Después, montando, con un gran suspiro, recogíase bajo la dulzura de la tarde, sintiendo también en su alma la tristeza de un oscurecer.

Un día, llegándose junto al ribazo, y habiendo tocado su bocina, no oyó ladrar al mastín; ni Solena apareció con sus ovejas detrás... Impaciente, corrió a la cima del otero, y hasta donde sus ojos inquietos podían abarcar no divisó rebaño ni pastora. Aun esperó errando tristemente junto al agua y bajo los árboles. Y sólo cuando oscureció volvió a cabalgar, tan triste, recogiendo el paso,

con las riendas sueltas, que un grupo de segadoras, que pasaban cantando, cesaron en su cántico y se le quedaron mirando compadecidas. A la cena sus labios nada tocaron; y apenas Frey Munio dió las gracias, él, besando a su madre con una ternura más viva, corrió a su aposento, cayó sobre un escabel delante de un retablo de la Virgen, y allí quedó toda la noche, perdido en una nostalgia que no tenía nombre ni fin.

¡Con qué ansiedad, de madrugada, corrió de nuevo a la fresca fuente donde "se le había quedado el alma"!... Pero el sol iba alto y ya tres veces había tocado la bocina, y ni el mastín ladró ni apareció la pastora. Entonces, desesperado, echóse a galopar por valles y oteros, rodeando todas las espesuras de bosques, parándose a mirar el fondo de los barrancos, subiendo a las cimas, gritando por los despeñaderos el nombre de Solena. Mas en derredor suyo sólo había soledad y silencio...

Por la tarde divisó a una vieja, que subía por una cuesta, apoyada en su bordón, cargada con un haz de leña... Corrió e interrogó a la vieja; pero ella, idiotizada y extraviada, no le comprendía; y Gil otra vez se marchó sin esperanza, no viendo los caminos por donde corría, con las lágrimas que le bailaban en los ojos. Ya el sol se ponía, cuando junto a una cruz que se levantaba entre las tres encrucijadas encontró a dos hombres que descansaban, uno sujetando por la mano

a un burro cargado de vasijas, otro con dos liebres muertas a las espaldas, colgadas en una lanza; al ver a Gil, que había cogido las riendas, el cazador quitóse la gorra de piel de raposa y dobló la rodilla como un siervo; pero cuando Gil le preguntó por la pastora y por el rebaño, ni él ni el hombre del burro le supieron informar. Gil, exhalando un gran suspiro, entróse por el camino de Gonfalim.

Toda la noche veló en una ansiedad mortal. Ya la suponía inconstante, olvidada de él, habiéndose llevado para otro sitio, a la vera de algún pastor como ella, su rebaño y su lindo cantar; ya la imaginaba en la granja del amo, enferma o muerta tal vez, devorada por los lobos, arrastrada por las aguas de un torrente...

Y su desesperación era el no saber cuál era el amo y cuál la granja en que servía, donde él pudiese correr y saber la verdad. La antorcha de cera que ardía en un rincón estaba derretida. Ya la mañana clareaba... Abrió la puerta, bajó al patio, a la huerta, a esparcir su dolor en la frescura de los ramajes. Un hombre que apagaba una linterna en el muro de la caballeriza corrió hacia él, quitándose su gorro de piel de raposa. Gil reconoció a un Pero Malho, halconero, que desde Navidad había tomado a su servicio en la casa solariega.

—¡Mi señor!—dijo el hombre—. La pastora por quien ayer preguntabais en el crucero, cuan-

E Ç A D E Q U E I R O Z

do yo estaba allí con dos liebres a las espaldas, ¿guardaba unas diez ovejas y tenía un podenco amarillo?...

Gil agarró el brazo del hombre y dijo impaciente:

—¡Dí!...

Entonces Pero contó que el podenco había sido hallado muerto; un arriero había encontrado allá adelante las ovejas perdidas; de madrugada había pasado por ese sitio una bandada de hombres de armas que venía del lado de Aguiar. La pastora había sido robada, seguramente...

Gil quedóse más blanco que la cal del muro que tenía por detrás. Y con un tono de mando y de fuerza, como si aquel dolor por el cual venía penando el doncel hubiese hecho surgir al Hombre, ordenó a Pero que diese aviso a los hombres de armas, que se armase él de una lanza pequeña y de loriga y estuviesen todos con caballos al pie del Portillo del Haya. Después subió las escaleras de piedra, y en la vieja sala de armas, donde hacía tanto tiempo no entraba la gente del servicio para sacudir el polvo, vistió la cota de malla y el capelo que su padre le había dado, cogió una lanza de monte y armado, habiendo hecho la señal de la cruz, descendió despacito para que ni las ayas se diesen cuenta y fué al Portillo, donde uno a uno, espantados, aun con los ojos hinchados de sueño, iban llegando los hombres de armas.

Eran los siete que había en el caserón solariego; y ya viejos, habiendo perdido en las labores agrícolas los hábitos del capelo y de la cota, que se habían oxidado, y con las lorigas de cuero mal juntas, los arneses mal atados, montando jarmelgos viejos, a los cuales quietos años de sueño y ración abundante habían quitado la ligereza y el garbo, formaban un grupo de hombres toscos y flojos a la par, de quienes se reiría cualquier buen caballero volviendo de la frontera y de los moros.

Pero cuando el señor don Gil en su gran caballo flavo sacudió la lanza y partió, allá galoparon, mal acostumbrados a la silla, enrollando a veces en la crin las manos callosas del arado y del azadón.

Bien de prisa, sin embargo, se detuvo la carrera, porque don Gil apenas sabía lo que le llevaba, así armado, con su roncera mesnada de siete hombres de trabajo, a través de los campos quietos. Y sus bellos ojos de nuevo se nublaron de lágrimas de doncel, sintiendo que su gran cólera era vana y sin blanco, como una lanza blandiéndose contra el viento. ¿Adónde ir?... ¿Contra quién correr?... Si la pobre Solena había sido robada, ¿para dónde la habían llevado sus raptadores? ¿A qué solar pertenecían?... ¿Cómo tomar el desquite con esos siete hombres mal armados?...

—¿Qué hacer, Pero?

E Ç A D E Q U E I R O Z

A su lado, Pero Malho, montando un corcel pequeño de largas crines, con una loriga de tiras de cuero negro, había ocupado el sitio del escudero. Y con su lanza atravesada en la silla, rasándose la barba rapada, pensativamente, terminó por aconsejar que se fueran por los caminos y por las fincas, indagando del paso de esos hombres armados que habían venido de Aguiar.

—Así sea, Pero Malho.

Y todo el día, por valles y oteros de aquella tierra poco habitada, la cabalgata trotó bajo el sol de Agosto...

Pero ni un trajinante que conducía cantando sus machos, ni un grupo de juglares que iban para la feria de Vouzella, ni dos mozas que cavaban a orillas de una finca solitaria, le supieron decir nada de los hombres que buscaban. Por la tarde, cuando el sol descendía, yendo por una encrucijada entre cerros, divisaron en lo alto la torre negra y las almenas de un palacio acastillado. El puente levadizo estaba levantado y todo parecía desierto, en la tristeza del poniente... Don Gil hizo sonar su bocina; ningún vigía apareció entre las almenas. Pero habiendo bordeado el cerro y entrado en un campo que un vallado cercaba, dos hombres corrieron, con chuzos, gritando:

—¡Por aquí viene gente de honor! ¿A qué venís?...

Pero Malho, alzado en los estribos, gritó:

—¿De quién es la torre?

—De Lanhoso y no hay aquí nadie.

La cabalgata siguió, mientras otros hombres, ballesteros y mozos de monterías, se acercaban al zarzal, gritando también con tono de ofensa y de riña:

—¡Por aquí hay gente de honor!...

Don Gil, cuyos ojos centelleaban, había cogido las riendas y apretaba la lanza; pero ya Pero Malho le retenía con buen consejo. ¿De qué servía reñir? ¡Con siete hombres no se asaltaba un castillo!...

Los labios de don Gil temblaban. Tal vez dentro de aquellos muros estaría ahora la pobre Solena, perdida sin remisión. ¿De qué servía andar en la vana empresa?... Los hombres violentos que la habían raptado estaban seguramente metidos con ella dentro de murallas y torres. Sólo el poder del Rey la podría libertar... No él, con sus siete criados... Y aunque cayese sobre aquellos o sobre hombres de otro castillo, ¿cómo saber si eran esos en verdad y si no sería inocente la sangre que corriese?... Sólo le quedaba llorar a aquella flor que él había descubierto y que otros habían cogido.

En esos pensamientos le cogió la noche y fueron a pernoctar a una finca donde el pobre rentero, un viejo, quedó aterrado al ver a aquel Señor, con sus hombres de armas, que de fijo vaciarían su gallinero y llevarían la paja de su

pajar sin darle un maravedí. Pero cuando Gil declaró que todo lo pagaría al precio de Vouzella, fué una fiesta en la granja, hasta deshora, en torno de una gran hoguera; y los hombres de armas vaciaban los jarros de vino, riéndose de las historias que contaba el facundo Pero Mallio.

Don Gil, envuelto en su capa, pensaba en Solena, en las tardes junto a la ribera y en aquella debilidad de sus brazos que no la podían salvar... Pero aunque la arrancase de entre los hombres brutales que la habían raptado, ¿sería ella la misma Solena que arrullaba en los brazos al corderillo blanco?... ¡No, Virgen Santa!... El fango había ensuciado el agua blanca. La pata del buey había pisado la flor silvestre. ¡Ay de él! De la Solena que él había conocido, nada quedaba y era como si ella muriese y su lindo cuerpo, que blanqueaba entre los desgarrones del sayal, estuviese pudriéndose en la fosa oscura. Las lágrimas, al pensar así, caían en sus mejillas; pero la violenta angustia había cesado como un temporal, y ahora quedaba una *saudade* en su alma, tranquila y dulce como la luna triste que derrama su luz por los campos después que pasó la tormenta...

Por la mañana, habiendo montado ya sus hombres, no quiso recogerse a su casa solariega. Era como una esperanza de poder tal vez aún socorrer a la mísera pastora y una vergüenza de volver a posar en la sala de armas, entre el polvo, su lanza, que no había servido para nada.

S A N O N O F R E

Todo el día trilló los caminos al acaso. Al pasar por las granjas hacía resonar su bocina. Si divisaba a algún caballero montado en su mula de jornada, se detenía, con la lanza a plomo sobre el arnés; el caballero pasaba quitándose el gorro y don Gil reanudaba la marcha. A veces, nervioso, impaciente, lanzábase en una enorme carrera, hasta que hombres y caballeros se detenían jadeando...

Y en el hondo despecho que sentía, con aquellas correrías sin rumbo y sin gloria, deseaba al menos encontrar un lobo, un toro bravo que derribar. Sus hombres, cubiertos de polvo y de sudor, blasfemaban ya sordamente.

Al ponerse el sol, divisando un pinar que cubría un otero, sintieron de repente un grito y después otro. "¡Loado sea Santiago!", exclamó al punto Pero Malho. Don Gil, soltando la rienda, corrió hacia el bosque oscuro; y en un barranco vieron, entre fardos y cajas caídos de la mula que los cargaba, a tres hombres de armas que amarraban a un tronco a un viejo, mientras ataban con una cuerda los pies de un muchachito, lleno de sangre en la boca... Los tres caballos de los hombres esperaban al borde del pinar; y antes de que don Gil sacase la lanza, ya los tres hombres, saltando sobre los caballos, huían furiosamente...

El buen caballero lanzóse sobre ellos con dos de sus solarengos; pero, conociendo seguramente

los caminos que se cruzaban entre la arboleda, los tres hombres habían desaparecido en la espesura. Entonces volvióse hacia el viejo, a quien Pero había desamarrado, y que, todo temblando y balbuceando, contó que iba con el nieto a llevar dos yardas de paño de buriel al palacio de los Señores de Solores, cuando había sido asaltado y golpeado. El muchachito tenía dos dientes partidos, un hombro con la carne rasgada de una lasca de piedra, y don Gil lamentó no saber, como debe saber todo caballero, el arte de curar las heridas. Hizo montar al niño, que se desmayaba, a la grupa de Gundes, su hombre de armas, que traía el caballo más recio; la carga fué echada sobre la mula, y tres de sus solarengos, con Gundes, acompañaron al recadero al caserón solariego de Solores... Después, cuando vió al viejo marcharse, así bien escoltado, corrió hacia Gonfalim, tan alegre ahora y satisfecho de la vida, que rompió a cantar... La noche había cerrado cuando la cabalgata llegó al puente levadizo de la casa solariega...

La servidumbre esperaba con antorchas; y Gil, al desmontar, cayó en los brazos de don Ruy y de doña Teresa, que, sin saber hacia donde había marchado el hijo de su corazón, con caballos y armas, habían pasado dos días en lo alto de la torre de la Atalaya, oteando ansiosamente los caminos, temblando a cada nubé de polvareda que a lo lejos se formaba y haciendo ricas pro-

mesas a todos los santos del Cielo... Pero cuando le vieron tan airoso y tan fuerte, en su armadura, ni le reprendieron por el terror que les había causado, embebidos con su gallardo caballero, que les parecía tan bello como San Miguel armado. Doña Teresa pasaba las manos con amor por la cota bruñida. Fué don Ruy quien le desembarazó de la rodela y de la lanza. Y cuando a la cena, el buen Señor supo cómo había libertado al trajinante y al nieto, y cómo los tres bandidos habían huído, no pudo contenerse en su entusiasmo, y gritó, dando un puñetazo en la mesa que hizo temblar los jarros de estaño:

—¡Vida de Cristo!... ¡Que nunca oí ni sé que se cuente en los libros de más justa hazaña!...

V

Entonces comenzó este mozo gentil a amar sobre manera las armas. Pero por ellas no olvidaba a la linda Solena robada; y si ahora se empeñaba en ser un fuerte y diestro caballero, era porque soñando una noche con ella la había visto en el fondo de una torre, con los cabellos sueltos y grilletes en las manos, que le decía a través de lágrimas: "Si no pudiste socorrerme a mí, pobre pastora, que sólo te tenía a ti en el mundo, dedícate por amor y recuerdo de mí a so-

correr todas las debilidades, amparar a todos los desamparados.”

Después la torre y Solena se habían desvanecido, y había visto a Jesús Nuestro Señor, que, de repente, sonriendo, le ofrecía una gran espada, más clara que un diamante. Entonces comenzó a pensar en correr mundo, como paladín errante, para socorrer a todos los débiles, y ahora, que profundizaba aquella idea, ninguna existencia le parecía más noble y más bella. El mundo ya había visto a muchos de estos caballeros famosos. Mudos, cubiertos de hierro, seguidos de un solo escudero con la lanza, recorrían los reinos de la tierra, protegiendo a los pobres y a los menestrales, libertando damas encerradas en torres, derrotando a los gigantes dañinos, derribando a los príncipes de los tronos usurpados, redimiendo pueblos cautivos, destruyendo las alimañas que van asolando las mieses, y en camino de conquistar un reino, deteniéndose a consolar a una criatura que lloraba en un huerto. Un ángel volaba por detrás de ellos con las alas abiertas; y sus hazañas no procedían de la irresistible fuerza, sino de la evidencia de su justicia. Una vida así deslumbraba a don Gil; su posibilidad era evidente, puesto que, sin buscar aventuras, sólo porque siete lanzas le seguían, él, libertando al trajinante en el pinar, había realizado obra de paladín.

Entonces todos sus pensamientos fueron con-

sagrados a esta empresa. Todos los días se adiestraba en jugar la espada con cualquier mano, en disparar ballestas, en vibrar la flecha; y el viejo don Ruy, desde el balcón de la sala de armas, aplaudía estos ejercicios, que tanto convienen a un hidalgo que enaltece a Dios, su honor y su linaje... Por su orden, el Mayordomo compró el mejor alazán de guerra que en esos tiempos se viera en la gran feria de San Juan, en Vizeu; todos los hombres de armas fueron provistos de lorigas nuevas, lanzas de ancho filo, cascos que relucían como espejos, y la armadura de don Gil, que la madre le quiso regalar con el dinero de sus arras, era tan bella, que estuvo durante todo un domingo expuesta en la capilla del solar.

Pero Malho acompañaba constantemente a don Gil en estas ocupaciones de caballero. Era él quien pulía las armas, daba la ración al jamelgo, cuidaba de los galgos favoritos de don Gil, lo disponía todo para los ejercicios de armas; y hasta, como la edad y los achaques iban volviendo más renco al ayo de don Gil, era Pero Malho quien dormía atravesado a la puerta de su aposento y le batía las ropas con un junco y a la mesa le llevaba el jarro de vino. Don Gil comenzaba a cobrar gran afecto a este escudero.

Era Pero Malho un mocetón más moreno que un moro, experto, diestro y valeroso, de una alegría que le traía siempre descubiertos los dientes magníficos; gran sabedor de historias y refranes, lin-

do bailador en fiestas de atrio de iglesia, y tan recio que podía pasar dos días de jornada sin sueño, sin ración, bebiendo sólo en las fuentes un trago de agua por el borde del sombrero. Sabía todo cuanto atañe a la caza y a la guerra; y don Gil se iba aficionando tanto a este mozo, que ya había decidido llevarlo como escudero si alguna vez se marchaba a correr mundo como caballero andante.

Su deseo era ser armado caballero, ahora que era diestro en todos los ejercicios de las armas. Y como don Ruy le prometiese esa honra para cuando tuviese veinte años, y sólo faltaban dos semanas de Agosto, al punto se comenzó a preparar la gran fiesta; y se levantaron arcos de boj desde la casa solariega hasta la iglesia del monasterio, donde don Gil debía velar las armas. En esa noche, por la aldea, junto al viejo caserón y en la explanada del convento, se encendieron pipas de alquitrán y hogueras, donde el pueblo danzó, con gran rumor, al son de violas y dulzainas.

Un viejo pariente, don Suero, Señor de Fondella, que mandaba treinta lanceros y tenía voz y voto en tres castillos, vino con espléndida comitiva a dar el espaldarazo a don Gil.

En la explanada del caserón solariego, dos vacas enteras asábanse en espeteras mayores que lanzas. De las pipas, juntas encima de los carros y entoldadas de laurel, el vino corría como de

fuentes públicas. El clangor de las campanas festivas mezclábase a los cantos de los juglares... Y cuando por la tarde se bajó el puente levadizo y don Gil, todo armado, seguido de hombres de armas, de escuderos, de mozos monteros, salió a la explanada y empinándose sobre el corcel blandió tres veces la lanza, todas las campanas repicaron, bandadas de palomas sueltas blanquearon el espacio, puñados de rosas revolotearon en el aire y una lluvia de monedas de plata y de cobre cayó sobre el pueblo, como en el advenimiento de un Rey.

Después, de nuevo el caserón solariego se sumió en la quietud y en el silencio. Y don Gil, que había abandonado los libros y no tenía ya a quien encontrar en la soledad del bosque y se había fatigado del servicio de las armas, comenzó a sentir los días pesados y largos. Las correrías por los campos, con sus hombres de armas, ahora bien armados y bien montados, no tenían motivo ni rumbo; y después de galopar por alguna planicie, atravesar alguna finca, haciendo ladrar a los perros y huír a las gallinas, descansar a la sombra de un arbolado y atronar los valles con toques de bocina a la morisca, nada más les quedaba que recogerse, al final de la tarde, cubiertos de polvo, cansados y sin aventura que contar a la cena...

Para seguir entonces más fielmente la vida de los paladines, como la había aprendido en los

libros, salía solo con su escudero Pero, que vestía un sayal azul y blanco (que eran los colores de los Valladares), traía dos largas plumas blancas y azules en el gorro y llevaba la rodela y el broquel de su amo. Iba entonces, para esperar aventuras, a apostarse, como Roldán, en el cruce de dos caminos, o, como don Claramundo, a la entrada de los puentes. Pero sólo encontraba algún arriero que le saludaba humildemente, o un fraile mendicante que le daba una reliquia a besar, o algún pobre menestral que a cambio de un maravedí le cantaba un villancico, o la gente de los alrededores, labradores y menestrales, que todos le conocían y le decían, con agrado: "Dios salve al señor don Gil." Y bien pronto abandonó estas cabalgatas solitarias, pasando los días en el caserón, por la huerta, con un látigo inútil en la mano, visitando las caballerizas, el tejtar donde los halcones engordaban amodorrados, el lagar o la era... En la gran sala, don Ruy, que iba encaneciendo, dormitaba, ya muy gordo y pesado, en su alta silla de roble, con los pies en una gran almohada, las manos cruzadas y escondidas, como las de un clérigo, en las mangas de su zamarra... Doña Teresa, con el cabello todo blanco, sentada en una estera en el suelo, trabajaba entre las ayas; y todas las noches Frey Munio comenzaba a leer de nuevo la batalla de Darío o los milagros de Santa Ursula.

A veces, seguido sólo de su alano, don Gil des-

cedía a través de la aldea a una pequeña casa junto al río donde Mestre Porcalho, muy viejo también, enriquecido por los regalos de don Ruy, se había retirado a reposar, cultivando su huerto... Encontraba siempre al docto viejo, con sus cabellos blancos, muy largos, sueltos sobre la garnacha negra, cuidando del cebollar y del garbanzal; o a la mesa de la cocina, cubierta de plantas secas, disponiendo hojas entre las páginas de un *infolio*.

Don Gil amaba a este docto practicón y gustaba de interrogarle sobre los secretos del cuerpo humano, su estructura, sus humores y las influencias que le rigen... Pero ahora que ya no ejercía su ciencia, el buen Porcalho, frunciendo las cejas blancas sobre los ojos cóncavos y muy brillantes, declaraba no saber nada, menos que un puerco; porque sólo había tres ciencias de curar... Una, la de los monjes, por medio de peregrinaciones, milagros y contactos de reliquias, y ésta era falsa, porque el ilustre físico árabe Rhazei había probado que Dios no se entromete en la salud de las criaturas. La otra, la del Pueblo, hecha toda de brujerías, conjuros y sortilegios, era ilusoria, porque procede del Diablo y el Espíritu del Mal no puede producir el bien humano. Y la tercera, la verdadera, la eficaz, esa aun no había llegado a estos reinos de Portugal, y estaba toda en Francia, tierra de grandes escuelas.

Sin embargo, él, Porcalho, había hecho importantes descubrimientos. Era indiscutible que la

E Ç A D E Q U E I R O Z

piedra de ágata facilitaba los dolores de la maternidad, como él había probado con la señora doña Teresa; que la sangría de Marzo debía ser hecha en las venas del pecho, y que la hipocondría era producida por un viento funesto, que venía de la luna y que hinchaba el hígado!... Por lo demás, él había descubierto algunos cuerpos simples maravillosos; y a él, no a otro, se debía que en toda la tierra de Duero y de las Beiras se reconociese hoy la excelencia de la mandrágora... Decía estas cosas profundas con un aire hondo, inspirado y siniestro. En derredor, toda la cocina estaba llena de almireces, garrafas gruesas con líquidos de colores radiantes, aves disecadas, manojos de hierbas secas colgadas de las vigas ahumadas del techo; un olor dulce y triste perturbaba el alma; y en los vastos infolios, con cierres de metal, parecía dormir una ciencia inmensa y profunda...

Don Gil volvía hacia el caserón, devorado por la curiosidad de aquel saber. Ningún poder humano le parecía más alto que aquel que suprime los dolores, lucha con la influencia de lo invisible y vence a la Muerte. ¡Cuánto bien a derramar en la tierra cuando se posee aquel divino saber!... Si era ya bello y grande tomar armas e ir por el mundo a librar a los hombres de los males que otros hombres les hacen; cuánto mayor y más bello sería libertar al pobre cuerpo de los males infinitos que le hace la Naturaleza!... Y bien

comprendía ahora aquella regla tan fundamental de los libros de buena caballería; ¡que todo buen caballero debía saber el arte de curar las heridas que la lanza hace!... No era, pues, indigno, antes bien noblemente propio de un hidalgo, conocer los cuerpos simples, las influencias, el arte de bien curar. Por aquella ciencia, como por una escalera sin fin que se hunde en los cielos, el hombre asciende a los altos secretos... Aquel a quien aflige un mal puede entonces recurrir a ese alto saber, tan eficazmente como a Dios por medio de la oración; y en verdad, el buen sabedor del Gran Arte es como un Dios que recorre el mundo distribuyendo la vida...

Y de estos pensamientos, que le tenían de noche despierto, resultó que el gentil caballero, dejando las armas cubrirse otra vez de polvo, se quiso preparar, antes de tomarlas nuevamente, con la gran ciencia de los cuerpos simples y de las drogas... Comenzó entonces a estudiar asiduamente con Mestre Porcalho, que se enorgullecía de este discípulo, tan gentil y tan noble... Su día todo transcurría en el huerto, al pie del río. Sentados ambos bajo la parra, Don Gil con un pergamino en la rodilla, escribía todos los preceptos que le revelaba el viejo maestro, para comentarlos después paseando hasta deshora en su cuarto. Ya sabía los preceptos de Galeno y de los griegos, las recetas de Razhei y de los árabes. Y por un cuaderno mirífico, que Mestre

E Ç A D E Q U E I R O Z

Porcalho había logrado de un judío, y que contenía extractos del *Canon*, de Avicena, ya conocía veinte enfermedades y sus veinte causas y sus veinte remedios... Pero la experiencia original y propia del Maestro no era menos valiosa; y por ella aprendió Don Gil todas las medicaciones que se deben aplicar según los meses; en Enero tomar porción de gengibre, en Febrero sangrar-se en la vena del pecho; en Marzo, poner ventosas en el hígado...

Por medio de huesos humanos, que el Maestro había robado antaño, con gran riesgo, en un cementerio, y que guardaba en un arca bajo el lecho, conoció los secretos de la estructura humana; y al ver una calavera que nunca había visto, y que le hizo persignarse para alejar el *mal de ojo*, pensó, sin saber por qué, en Solena, en el brillo de su mirada, en su piel tan blanda y suave... Después, delante de él, Mestre Porcalho mató una noche un cabrito, y Gil conoció las venas, los tendones y el saco del estómago, donde el aire, al penetrar, descompone los alimentos...

VI

En la casa solariega, el viejo Don Ruy extrañaba la nueva existencia de Gil, que ahora, de sus caminatas solitarias, sin galgo y sin escude-

ro, volvía cargado de hierbas, como un aprendiz de herbolario. Pero cuando supo que él andaba aprendiendo el arte de curar, creció su admiración por aquel hijo excelente, y ya no dudó de que un día llegase a tener fama en todo el reino por su saber maravilloso; y una tarde, montando con trabajo en su mula, fué al monasterio a llevar a Don Abad la noticia de esta empresa nueva a que se lanzaba el gran espíritu de su dulce Gil.

Era en el tiempo de los higos, y habiendo comido demasiado de esa fruta, el buen Abad había sido atacado de un terrible mal. En su celda, donde recibió afablemente a su vecino, las reliquias del convento estaban expuestas sobre un altarcito para devolver la salud al buen Abad.

Un fraile rezaba junto al enorme lecho de roble. Otro machacaba una masa dentro de un almirez, y dos novicios con ramas de laurel sacudían las moscas de la faz venerable que el mal había empalidecido.

Don Ruy lamentó la dolencia del buen Abad; y sentado en un escabel al pie de la cama, contó luego cómo precisamente su Gil había comenzado ahora con un gran deseo de conocer el arte de curar aquel y otros males.

—¡Pues mandadlo a estudiar a Francia!...— replicó luego Don Abad, extendiendo la mano fuera de la ropa con un gemido—. ¡No sé que haya un saber más útil! Mas nosotros aquí, en

este reino, ni un dolor sabemos calmar... No lo digo por los doctos padres de esta casa... Pero ya desde el domingo, que fué la merienda, estoy aquí con sufrimientos... Estamos en gran atraso... Mandadlo a estudiar a Francia...

Y clavando los ojos en las santas reliquias, quedó mudo. Sólo cuando Don Ruy le besó el anillo de la mano, caída sobre la colcha de seda, volvió el rostro y murmuró:

—Mandadlo a estudiar a Francia...

Don Ruy se recogió al caserón melancólicamente. Seguramente Dios, por la voz de Don Abad, que sufría rodeado de reliquias, le indicaba aquel deber de mandar a su hijo a Francia para ilustrarse en el saber. Pero la idea de verle partir, y él ya tan viejo, desgarraba su corazón.

Casi deseaba que su hijo se convirtiera en un mozo de espíritu sencillo, contento con cazar y con probar las armas en el patio de su casa solariega. Ni siquiera contó a Doña Teresa esta visita al monasterio y el consejo penoso que había ido allí a escuchar... Y entonces veía con pena a su hijo cada día más entregado a los libros. Habiendo comenzado por estudiar el arte de los Simples y de las Drogas, como complemento de su educación de caballero, comenzaba ahora a amar esa sabiduría como fin supremo de la vida...

Como un peregrino que recorre un templo, y a quien la belleza o la rareza de una capilla inspira el devoto deseo de recorrer las que más allá,

en la sombra, hacen centellear sus oros;—este gentil caballero, de cada estrecha región del saber en que penetraba recibía la noble tentación de invadir otras que a lo lejos hacían centellear la maravilla de sus secretos...

Las plantas secas, con que Mestre Porcalho le había enseñado a hacer emplastos para curar humores le habían inspirado el deseo de conocer toda la vasta naturaleza que cubre la tierra y la estructura de esa tierra donde se esconden los metales y el fuego; la tierra misma le había hecho sentir el deseo de conocer todo lo que la rodea; los vientos que la sacuden, las nubes que sobre ella forman un toldo de multicolor belleza, los astros pequeñitos y grandes que sobre ella derraman su brillo fulgurante o suave. Del hombre, de quien el viejo físico le había explicado los huesos, quiso muy pronto conocer el alma y las leyes múltiples y maravillosas que la rigen... ¿Por qué aspiraba al bien? ¿Por qué sentía una resistencia al mal?... ¿De dónde nacía el amor?... ¿Por qué pensaba y en qué parte íntima del hombre brotaba la imperecedera fuente del pensamiento?... Después era también la curiosidad de saber lo que el hombre, desde tan largas edades creado, había hecho en la tierra, y las ciudades que había fundado, y las grandes guerras que había entablado, y las leyes que había creado para conservarse manso y sociable... Y del Hombre, su curiosidad ascendía al Dios que le había

creado. ¿Cuál era su esencia, dónde habitaba, qué cuidados tenía por la Humanidad que había creado?...

Y así, este mozo gentil, a quien apenas había nacido la barba, aspiraba a recorrer todas las Ciencias y a comprender todo el Ser. Pero, entre las viejas murallas de aquel solar, en aquella quieta aldea, adormecida bajo el olivar y la viña, ¿cómo podría adquirir todo ese saber, que ocupa, para ser codificado y explicado, a monjes de tantos monasterios y escolares de tantas escuelas?... Todos los treinta y tres libros que formaban la rica biblioteca del convento benedictino le habían sido prestados, por supremo favor, y en todos, confusa y tumultuosamente, había aprendido milagros de santos, leyes visigóticas, batallas de la antigüedad, recetas de drogas y noticias de países que están hacia el Oriente; pero eran como cortas hendiduras en un techo de vigas macizas, por donde divisaba puntos vivos de luz aquí y allá, y todo el resto era oscuro y la luz completa estaba por detrás, sin alcanzarla...

Aun a veces había leído un gran volumen de Aristóteles o de Séneca; pero sentía que su espíritu solitario, sin un guía, iba a través de aquel saber como un hombre perdido de noche en una montaña desconocida...

Su alma cayó entonces en una gran melancolía, a causa de esa sed que no podía ser saciada. Abandonó los graves infolios donde ya nada nuevo po-

día aprender, y no le atraía la compañía de hombres que nada le podían enseñar. Solo, con su galgo, salía muy de mañana, penetraba en los campos, buscaba la soledad de las quebradas y de los valles, y allí, caminando despacio a lo largo de unas márgenes o echado a la sombra de un árbol, él pensaba en la inutilidad de la vida...

Aquello, pues, era vivir; esta monótona prosecución de los actos instintivos: despertar, comer, caminar entre árboles, volver a la mesa, donde las tuestas humean, y cuando la luz se acaba, dormirse... ¡Así vivía cualquier animal en la selva!... Pero de todas las ocupaciones humanas, ¿cuál era la verdaderamente digna de que el hombre pusiese en ella el alma entera y la convirtiese en finalidad de su esfuerzo en la tierra? ¡No era seguramente vestir las armas, seguir un pendón, desgarrar las carnes de otros hombres, gritar entre el fragor de las batallas, para que el Señor Rey posea un castillo más o ensanche más allá del río las fronteras de su reino!... ¡No era ciertamente juntar maravedíes, comprar con ellos más tierras y más siervos, engrosar rentas, apilar en las arcas sacos de oro!... ¡No era seguramente andar de casa en casa solariega, con plumas en el gorro y un halcón en el puño, galanteando a las damas, conversando acerca de linajes, celebrando juntas en los patios y escuchando a los juglares que cantan durante las veladas!...

¿Qué sería entonces? Y su espíritu recaía en

aquella ambición vaga que le torturaba, la ambición de saberlo todo, de elevarse por la posesión de esa ciencia por encima de los hombres, y ejercer esa supremacía toda en favor y bien de los hombres. Querría tener un saber que le permitiese hacer las leyes más justas, curar todos los males del cuerpo, enriquecer a las multitudes, establecer la paz entre los Estados y guiar todos los seres vivos por la ancha senda del cielo... Para tal fin valdría sólo la pena de vivir. Y para conseguirlo no habría trabajo a que no se sujetase, fatiga que no afrontase. Vería sin dolor su cuerpo penar, comería las hierbas de los campos, vestiría los trapos más sucios, serviría en los menesteres más rudos, con tal de que el alma se fuese llenando de ese gran saber, cada vez más alto, más bello, dominando todas las almas por la abundancia de la verdad que poseyese y por la eficacia del bien que esparciese. Pero esta ambición, ¿cómo realizarla? ¿Dónde y cómo adquirir ese saber benéfico?... Y cuando lo hubiese adquirido, ¿de qué modo hacer que aprovechase a los hombres, para tornarlos mejores y ser aliviados de los males de la vida?...

¿Sería un gran físico, que fuese por el mundo a curar los males de la carne? ¿Sería un gran teólogo, derramando la paz en las almas? Y aunque mejorase algunas almas y sanase algunos cuerpos, ¿cuántos aún quedarían por el vasto mundo sin remisión y sin bienestar?... ¿Cuál era el medio de

hacer el bien simultáneamente a grandes multitudes?...

Así pensaba Don Gil en la soledad de los valles. Este mozo tan gentil tenía entonces veintidós años, y era tan bello y airoso, que la gente se volvía en los caminos y se le quedaba mirando con dulzura...

Sus largos cabellos, de un rubio oscuro, caían en bucles como los de un arcángel. Nada había más dulce y luminoso que la mirada de sus grandes ojos oscuros... Un bozo apenas naciente daba una sombra de virilidad a su piel, ebúrnea como la de una Virgen; y en su andar había una gracia altiva, como la de un príncipe en plena felicidad. Sus modales eran tan dulces y corteses, que cautivaban las almas.

Ninguna persona, por muy humilde que fuese, le saludaba sin que él se quitase gravemente su gorro de hidalgo, y en los caminos estrechos recostábase en las zarzas para dejar pasar a los viejos, aunque fuesen mendigos. Aunque en aquella abundante y tranquila aldea no había pobreza, su escuela salía llena y volvía siempre vacía. Amaba a todos los animales, y los niños le hacían detenerse, sonriendo, enternecido.

Con esta cordura de monje tenía todas las buenas prendas de un caballero. Nadie participaba en las justas, ni jugaba a los dados, ni domaba un potro bravo, ni levantaba una barra de hierro con más fuerza y primor. Nada temía, ni a los hom-

bres, por muy fuertes que fuesen, ni a las fieras, por muy bravías, ni a los duendes, por muy malignos. Pero en la casa de su padre era obediente como una criatura, y era él quien se servía al viejo, le ayudaba a levantarse de su silla y hasta le peinaba sus cabellos blancos. Una mirada de su madre era para él como un mandamiento divino, y con tanta devoción le besaba la mano, que otra mayor no tenía hacia la Madre del Cielo.

Nunca su alma, blanca como el agua más pura, había sido entoldada por el paso de un pensamiento injusto e impuro. La justicia era para él tan necesaria como la luz, y si era testigo de una injusticia sufría como si un guante ajeno le hubiese azotado el rostro, sintiéndose ofendido en la ofensa que veía hacer a los demás. Adoraba a la verdad inmediatamente después de la Virgen María, y toda mirada que no fuese franca, toda palabra que no fuese espontánea, le daban el horror de una cosa sucia.

Quería que todos los solariegos le hablasen sin sumisión, y amando a todos los hombres como hermanos, la servidumbre parecía una ofensa a su amor... Así el señor Don Gil era, en sus años aún mozos, una de las almas mejores de la Cristiandad.

Un día, habiendo despertado con el cantar de las calandrias y sintiendo el alma más triste, partió solo con un gran lebel, y arrastrado por sus pensamientos fué a dar a lo alto de una colina, que era

la más alta de aquellos sitios y se llamaba la sierra del Brujo. Desde allí veía, más bajas, la vasta colina donde negreaba su solar, la aldea de Gonfelim derramada entre el verdor, el blanco convento de los Benedictinos, el río, espejeando entre las márgenes altas, y la ondulación de los cabezos hasta el extremo de la línea azul del horizonte; y de pie, envuelto en el viento enorme que soplaba, Gil comenzó a considerar cuán estrecho era aquel horizonte y cuán imposible sería en verdad que dentro de él se realizasen sueños que abarcasen el mundo entero. ¿Qué había allí en aquel círculo de colinas? Los muros de su caserón, un convento de viejos frailes, una aldea de pobres colonos, y más allá, tierras bravías, matorrales, colinas que el tojo revestía... ¿Cómo podría jamás allí ser el hombre que deseaba ser, el hombre de gran saber y de gran acción?...

Y aún cuando por un don divino se tornase así, ¿dónde había allí una humanidad amplia y variada para ejercer la acción de su alma?... Pero, más allá, había otras tierras, grandes reinos, ciudades ricas, grandes escuelas, monasterios de alta sabiduría y multitudes innumerables, sobre quienes un alma fuerte y bien preparada podía ejercer una supremacía que valiese la pena conquistar. ¡Si él dejara su hogar estrecho, si se marchase!...

Un alborozo llenó su corazón; y casi inmediatamente sintió a su lado, entre unas rocas, una voz moza y fresca que cantaba:

E Ç A D E Q U E I R O Z

Por el mundo voy;
¿dónde llegaré?
Y lo que yo busco,
¿dónde encontraré?

Y apareció un mozo ligero y flaco, pobremente vestido, que traía una mochila de mendigo al hombro, un fuerte bordón y dos grandes plumas de gallo en su gorro remendado... Una alegría franca y libre iluminaba su rostro flaco. Todo él parecía respirar con delicia el aire áspero y libre de la sierra, y sus ojos refulgían con un fulgor risueño...

Detúvose delante de Gil, golpeando con el bastón en la roca.

—¿Cómo se llama esta sierra y adónde conduce este camino?...

Gil quitóse el gorro y contestó con cortesía:

—Esta sierra no tiene nombre, y este camino sólo lleva a otras sierras... ¿Hacia dónde vais?

El mozo limpió lentamente el sudor que le bañaba la frente.

—Voy buscando tierras de Francia...

—¿Así, para tan lejos, a pie?

El mozo se rió alegremente:

—Es que el Señor Rey, cuando distribuyó las tierras y las casas solariegas, olvidóse de darme una, y una mula para caminar cuesta buen oro. Pero las piernas son vigorosas y más vigoroso es aún el corazón. Es el que me lleva, en este deseo de ir a Francia para entrar en las escuelas y adqui-

rir gran sabiduría y venir a ser físico mayor en el palacio de un rey o enseñar Decretales en un consejo. En la finca en que nací sólo había un libro, que era el misal de la capilla. Y como hay en todo monasterio una corteza de pan para un mendigo y en las riberas de los ríos no falta agua, aquí me voy con mi cayado, cantando por estos caminos de la tierra...

Sus ojos fulguraban como dos llamas, y del cayado, que apoyaba, riéndose, sobre una piedra, saltaron vivas chispas. Y continuó:

—Sólo me falta un compañero. Mozo sois, fuerte parecéis; en Francia las mujeres son lindas; en las grandes escuelas se aprende el secreto de las cosas, y no faltan las guerras para quien apetece la gloria... Venid también conmigo y seremos dos a cantar...

Gil respondió gravemente, mostrando Gonfalon y el palacio acastillado:

—Acullá queda la casa de mi padre...

Entonces el mozo se quitó el gorro.

—Rico sois... Ayudad a un pobre estudiante...

Gil abrió la escarcela y, poniéndose colorado, sacó una moneda de plata que puso en la mano del estudiante. Y sin saber por qué, sentía una atracción hacia él, como un deseo extraño de unirse a aquel destino errante. Pero el mozo, arrojando el cayado sobre las espaldas, dando una sacudida a su mochila, marchó. Y de nuevo volvió a cantar:

E Ç A D E Q U E I R O Z

Día y noche camino;
¿para dónde iré?
Y el saber que busco,
¿dónde lo encontraré?...

A mitad de la cuesta aun se volvió y le hizo señas con la mano a Gil. Y súbitamente desapareció. En el suelo donde sus pies se habían posado, la hierba se había secado toda...

VII

Gil se recogió a la casa solariega pensativamente. Aquel mozo pobre partía sin temor a las miserias de los caminos, dispuesto a limosnear su pan por los monasterios, sólo para adquirir lejos, en las grandes escuelas, el saber a que aspiraba. Y él, rico, que podría marchar con bolsa abundante, escuderos y equiajes, vacilaba en partir para satisfacer las justas y nobles ambiciones de su espíritu. Si Dios le había puesto en el alma aquel ideal elevado, ¿era por acaso para que él lo dejara morir insatisfecho e inútil?... ¿Le daba Dios una luz clara para que iluminase a los demás, y en vez de tornarla más viva y más clara, tan alta cuanto pueda ser una luz de la tierra, y dejaría, por timidez y enajenamiento de la voluntad, que se amortiguase entre las bóvedas de un caserón viejo?... ¡No, indudablemente, no!... Y como pensando

así divisase a orillas del camino un crucero, se quitó el gorro y juró por la cruz que en esa noche hablaría a su padre y le pediría ir a estudiar a Francia.

Y fué en un bosque, en el huerto, donde reveló a Don Ruy y a doña Teresa este gran deseo de su corazón. A ambos les pidió que le acompañasen al huerto, que tenía grandes novedades que dar a quienes amaba... Y sentado en un rudo banco de piedra, bajo un emparrado, donde se entrelazaban rosas y madreselvas, teniendo en una de las manos cogida la mano de su padre y en la otra la de la buena señora, les dijo cuánta pena le causaba pasar los años en aquel caserón, sin provecho para sí ni utilidad para los otros hombres, sus hermanos; tenía la ambición de la gloria, de honrar su nombre y de derramar el bien por el mundo; pero el servicio de las armas, si le podría dar gloria, no le atraía, porque en la guerra no había sino miseria y mal; y después de mucho escogitar, había decidido que su deseo se satisfaría yendo a estudiar a las escuelas de Francia, para volver al reino como un gran estudiante de Medicina, que era un saber propio de nobles.

Sólo pasaría por allí uno o dos años. Daría de sí noticias constantes, y aun no habrían comenzado a sentir lo largo de la separación cuando ya estaría de vuelta, licenciado en el gran saber, para derramar el bien en todo el reino y ser bendito de los hombres.

—Yo os pido, por las llagas de Cristo, que no me neguéis este deseo, que es para bien de los hombres y por Jesús inspirado.

Las lágrimas caían por las mejillas de los dos viejos. Y ellos y su silencio bien mostraban cuán noble juzgaban el deseo de su Gil, inspirado por el cielo y difícil de ser rechazado... Pero dos años de separación, ¡y ellos ancianos y Francia tan lejos!...

Como si ya se marchase y ella le quisiese retener, la madre abrazaba al hijo, y murmuraba:

—¡Criado con tanto mimo!... ¡Y marcharte solo para esas tierras! ¡Y tan grandes los peligros y las tentaciones! Nosotros solos, sin ti, ¿cómo viviremos?...

Pero el viejo, más fuerte, dominando la emoción, gritó:

—¡Tan noble deseo no puede ser negado! ¡Nuestro hijo tiene ánimo elevado!... No es en esta aldea, en este viejo solar, donde puede ganar fama y servir al reino... No sería amor de padre el que, por no sufrir un año, dejase aquí en este yermo apagarse sin provecho luz que encierra tanta promesa... No te dé pena que lloremos... Cumple tu deber de hombre bueno... Dios te lleva; Dios te traerá...

Gil murmuró:

—Dios me traerá, ciertamente.

Quedaron un instante todos tres abrazados;

después, en silencio, fueron a la iglesia, donde rezaron mucho tiempo...

Sin otras lágrimas—aunque con grave melancolía—, fueron hechos los aprestos de la larga jornada. Dos enormes mulas de camino, una para Gil, otra para su escudero Pero Malho, vinieron de la feria de Covilhã con sus arreos nuevos. Las alforjas de cuero fueron cargadas de ropas nuevas, y el bolsillo de Don Ruy reunió quinientos maravedíes de oro. El buen Abad de los Benedictinos dió cartas de buena acogida para los conventos de España y de Provenza, y un monje, que había hecho la jornada, marcó en un gran pergamino la ruta que, a través de Castilla y de León, llevaba a la ciudad de París. En la víspera de la jornada, la capilla del caserón y la iglesia de Gonfalim estuvieron iluminadas toda la noche, con capellanes y solarengos rezando, para que el Señor protegiese al hidalgo que partía. Doña Teresa puso al cuello del hijo una reliquia, un pedazo del manto de la Virgen, dentro de un escapulario. En esa madrugada Gil oyó misa y el viejo Frey Munio dió la bendición a todo lo que él llevaba: armas, alforjas, el gran lebril y la mula. A la hora de matines, estando todas las ayas y gentes de servicio reunidas en el patio, Don Gil apareció, entre el padre y la madre, con su gran sombrero de fieltro de la jornada, un brial oscuro y grandes botas de cuero crudo, donde brillaban espuelas de oro. De rodillas recibió la bendición del padre y estuvo

mucho tiempo oprimido entre los brazos de la madre. Todas las campanas repicaron entonces. Los solariegos, levantando los sombreros, clamaron: “¡Buena ida y buena vuelta!...” Y con los ojos rojos, más pálido que la cera, el señor Don Gil, a galope, atravesó el puente levadizo del caserón.

Amparados uno en otro, los dos viejos subieron a la torre de atalaya. Y cuando vieron desaparecer las dos mulas, al fondo del sendero, cayeron de rodillas sobre las duras losas, temblando, llorando, murmurando el Padrenuestro... A la entrada del puente, un viejo de cabellos blancos sobre su garnacha negra, detuvo a Don Gil, que trotaba, sollozando. Era Mestre Porcalho, que venía a decirle el adiós de despedida. El hidalgo y el viejo físico se abrazaron largamente...

—Leed a Galeno—murmuraba el práctico, entre lágrimas mal reprimidas.

Y cuando Gil volvió a trotar de nuevo sobre las losas del viejo puente romano, todavía el físico le gritó, con la mano descarnada en el aire:

—¡Leedme a Aristóteles!...

VIII

Doce días había caminado Don Gil con su escudero Pero Malho; y tan fastidiosa y monótona se extendía la larga jornada, bajo los ardores de Agosto, que a veces el mozo gentil dormitaba co-

mo un fraile, al lento paso de su mula, o despertando suspiraba, con una *saudade* de su casa solarienga y de las frescas arboledas de Gonfálim. Desde que se alejara tanto de su aldea, en las sierras de la Beira nada encontraría que hiciese sentir la belleza o variedad del mundo.

Siempre los mismos ásperos y angostos caminos, surcados por el paso de las cabalgaduras o de los carros, se sucedían, a través de tierras pobres, sin verdor y sin hombres, de un color seco de greda, con algún árbol polvoriento donde cantaban las cigarras. A veces divisaba una pequeña aldea de casas de adobe y techos de bálago, agachada en derredor de una vieja iglesia medio en ruinas, acabando por una taberna, que extendía por encima del camino su rama de laurel, presa en la punta de un palo. Gil desmontaba allí, fatigado; había siempre algún fraile mendicante, de aspecto torvo, bebiendo en su jarro de vino, o dos menestrales errantes jugando a los dados sobre un tronco de roble; y la taberna, los hombres, la aldea toda en derredor, eran tristes, tan rudos, que Gil volvía a marchar, prefiriendo dormir al borde del camino, bajo la luz de las grandes estrellas de verano, junto a una hoguera que encendían por causa de los lobos...

Otras veces, caminando por la planicie, divisaban en un alto de la colina, entre rocas, un negro y severo castillo; y después de tocar muchas veces la bocina, aparecía entre las almenas algún viejo

siervo que gritaba hacia abajo en un tono ronco: "Nadie está y nadie entra." En las ermitas que encontraban, enclavadas entre peñascos, los ermitaños parecían entontecidos por la vejez o por la penitencia, negaban abrigo a los caballeros, o huían hacia lo alto del monte; y nunca en estas ermitas había cruz o imagen santa. Largos días habían pasado sin que encontrasen una capilla, un crucero donde se arrodillasen y dijese sus rezos. El pan que a veces compraban en alguna rara taberna y el agua caliente y turbia de algún pozo, había sido todo su alimento; y Gil pensaba para sus adentros qué guerra había assolado aquellas regiones o si sería así, árida y triste, toda la tierra de Portugal más allá del valle de Gonfalom...

—Mi buen señor—murmuraba entonces Pero Malho—, vamos equivocando el camino...

Y sucedía entonces que siempre algún pastor o fraile mendicante de barba revuelta surgía de un zarzal o entre las rocas y les afirmaba que era aquél, bien derecho y bien seguro, el camino que les llevaría a Zamora...

Pero Malho, derrengado, con los pies fuera de los anchos estribos, meneaba la cabeza pensativamente.

—Señor mi amo, estos caminos parecen preparados para que el diablo ande de jornada... ¿Ya reparó vuestra merced que aun no encontramos una capilla, ni monasterio, ni cruz donde se pueda rezar un Padrenuestro?... Y lo que más me hace

renegar es que aun no topamos con aguas claras, con aguas corrientes... Donde no hay agua no hay Dios. Suelo de greda es condado del demonio...

Y como don Gil permanecía mudo, alargando los ojos por los secos descampados, donde sólo vivían el brezo y la pitera, Malho echaba la mula para detrás de su amo y suspiraba bajito:

—¡Ay, Portugal, Portugal!...

Una mañana habían penetrado entre grandes serranías de roca, siguiendo el lecho seco de un torrente. Tan grande era la soledad y el silencio, que don Gil sentía como el terror de unas tinieblas y como si estuviese separado para siempre del mundo y de las cosas vivas. El sol, en lo alto, centelleaba furiosamente a través de una atmósfera tan densa que se le veía la vibración y el temblor lúcido, como de un polvo de vidrio suspenso. Las patas de las mulas estremecíanse a cada pisada al sentir la ardorosa calcinación de las piedras y del suelo, y de los altos muros de roca por ambos lados, salía un calor áspero, seco, como si fuesen los muros de ladrillo de unas termas encendidas. Don Gil jadeaba buscando una cueva, una hendidura de roca donde hallasen sombra y refugio; pero las dos laderas sólo ofrecían en sus dorsos redondos, como de grandes hornos, extensiones lisas y secas de pedrusco menudo que centelleaba.

—¡Y que éstas sean tierras del Rey de León!, murmuraba Pero Malho con fastidio.

Entonces don Gil, para huir aprisa de aquel valle ardiente de mortal sequedad, picó con furor los ijares de la mula... En aquel silencio siniestro de la tierra muerta, bajo el inclemente refulgir del sol, galoparon mucho tiempo, saltando por dos veces sobre grandes osamentas de caballos que, aun enteras, blanqueaban entre las piedras... Cuando se detuvieron, ahogados de calor, con grandes flecos de espuma cayendo de los frenos de las mulas, estaban enfrente de una vasta planicie desierta y desnuda, como barrida por un gran viento de desolación y de muerte... Don Gil murmuró: "¡Dios del Buen Viaje nos valga!..." Desde la víspera, en que en una choza desierta una vieja les había dado, rezongando y maldiciendo, un pedazo de chorizo y un jarro de vino, nada habían comido, y ya la sed les atormentaba, y en la infinita planicie no había camino marcado... ¿Qué hacer?...

—Andar, señor mi amo — aconsejó Pero Malho—, despacio y derechos y cantando para distraernos...

Y el alegre escudero cogió su viola de dos cuerdas y comenzó un largo canto morisco, doliente y durmiente, mientras al paso, sacudiendo la espuma de los frenos, las dos mulas arremetían a través del descampado ardiente. Ni un retoño de tojo seco ni una hoja de pitera surgieron en aquel vasto desierto chato, donde la tierra estallaba toda en hendiduras bajo las pezuñas de las mulas. Lar-

gos surcos tortuosos marcaban a veces los riachuelos secos. Y la única nota viva era el zumbar de grandes moscardones.

Con los pies caídos fuera de los estribos, las alas de los sombreros echadas sobre el semblante, las riendas abandonadas, don Gil sentía ablandarse, fundirse en aquella gran tristeza de la soledad y del calor, la voluntad, el deseo de acción que tan alegremente le hacía galopar en los primeros días de la jornada, como para una conquista; y ahora su pensamiento volvíase hacia ideas de reposo, de indolencia, entre mármoles frescos, en jardines bien regados. A su lado, con una pierna recogida sobre el arzón de la silla, Pero Malho hería las cuerdas de la viola en un don-din-don seguido, cantando para aminorar la marcha las trovas de un caballero que bajo un naranjo había encontrado a una infanta peinando los cabellos de oro. Y la imaginación de Gil seguía a aquella infanta, sentía la frescura del naranjo; y de los cabellos de la dama pasaba a sus brazos blancos, que se arqueaban al mover el peine. Una somnolencia lánguida íbale invadiendo en aquella debilidad creciente del ayuno y de la sed... Ya la gran planicie lívida llameaba en silencio... Muy cansadas las mulas, apenas sacudían el pescuezo bajo, que los moscardones mordían. Grandes vahos de calor pasaban a veces tan densos, que las mejillas de los dos viajeros sentían su embate blando y ardiente. E incansables, tercos, para animar la marcha, los

dedos de Pero herían la viola con un din-don seguido. El caballero, a la sombra del naranjo, arrojado en la hierba a los pies de la dama, besaba la franja de su cinturón blanco. Gil apenas seguía el canto; el sudor goteaba de su rostro pálido; el polvo blanqueaba los pliegues de su brial, y con los ojos medio cerrados, del cinturón de la dama venía a pensar en el cuerpo airoso que ceñía...

¿Por qué él no había de encontrar en su jornada un fresco naranjo así poblado?... La viola hacía din-din-don... La tierra seca desmenuzábese bajo las patas de las mulas. Y así seguían por aquel yermo del reino de León, bajo el cálido sol de Agosto, el señor don Gil y su escudero en sus mulas cansadas, cubiertos de polvo, llenos de sed, al son dormido y áspero de la viola morisca...

Uno cavilando, otro cantando, entre aquella irradiación de luz que les deslumbraba como una niebla de oro viejo, no habían reparado los dos caballeros que la tierra por donde caminaban se iba elevando en colina dulcemente. Pero de repente un aire más fresco, donde erraba un aroma de verdor, dió en el rostro del señor don Gil. Despertando de aquel tañer que le adormecía, detuvo su buena mula. Estaban en la cima de un otero, y abajo, en un valle hondo, verdeaba un gran bosque y temblaba como un brillo de agua...

¡Con qué ansiedad cascabelearon las mulas! ¡Y con qué consuelo, con qué prolongado suspiro penetraron bajo follajes y sombras!... Era una bella

arboleda de troncos espaciados, ya viejos, donde se prendía, tapando el sol, un largo encaje de follaje de un verde claro y tierno, como no hay en Agosto. Todo el suelo era un musgo fresco. Y en el silencio fino y alto, aquí y allá, cantaba un mirlo. Con los sombreros en la mano, al paso, respirando deliciosamente, penetraron en aquella frescura bendita, entre los altos troncos alineados, como avenidas de un coto real.

Y el bosque parecía interminable, cada vez más fresco, más verde, más silencioso. Por fin un espejo de agua que el sol bebía brilló entre los últimos troncos; y espantados los dos caballeros, detuviéronse a la orilla de un bello lago, todo rodeado de arboleda, cuyos largos ramajes colgantes rozaban el agua. Tan clara y pura era ella, que veían en el fondo relucir una arena muy fina y como mezclada de polvo de oro. En medio surgía una isla con un arbolado que hacía un gran ramillete verde. Y a la orilla del agua seguía un pequeño camino, limpio y blanco, orlado de flores silvestres...

Por ese camino penetraron lentamente, casi olvidando la fatiga y la sed en el asombro de aquel divino rincón de verdor y de paz silvestre; y de repente, saliendo del arbolado, encontraron una vasta y fresca pradera a orilla del agua, donde estaba perezosamente tendido un caballero, teniendo al lado una gran alforja abierta y esparcidas por la hierba botellas, empanadas y hondas tazas de plata. Al tronco de árbol que le daba sombra es-

taba recostada una enorme lanza; de las ramas extendidas como un toldo colgaba su escudo negro. Dos caballos flacos con riendas de cuero rojo y frenos de oro pastaban junto al agua, y un escudero que de bruces llenaba una botella que había clavado entre las rodillas volvía hacia los caballeros una faz extraña y grotesca, rapada como la de un fraile, con dos ojos negros que llameaban...

Costésmente, don Gil se había quitado el sombrero. Con gran cortesía también, el caballero se levantó de la hierba... Era un formidable hombre de armas, de barba rubia rematada en pico, los colores vivos y cálidos como los de un flamenco, y un ancho y robusto pecho ceñido por una sobrevestidura negra. El caballero, más rubio aún que la barba, erguía sobre la cabeza una melena aguda y llameante, que recaía en rizados anillados sobre los hombros fuertes, capaces del más duro esfuerzo y cubiertos por un brial rojo. De los ojos de este hombre, pequeños y redondos, salía un brillo infinitamente vivo, decidido y risueño.

—¡Bien fatigado debéis de venir, señor caballero, con tanta calma y tanto polvo!—exclamó—. Esta sombra es bastante para dos, la merienda está sobre la hierba, y quien os convida, que es el señor de Astorga, sólo quiere alegría y paz... ¡Harbrico!...

A este grito, que una viva mirada acentuó, el escudero de faz de fraile corrió a afianzar el es-

tribo para que el señor don Gil desmontase. Pero ya Pero Malho, más listo, había agarrado el freno; Harbrico corrió entonces risueñamente a sacar de dentro de la alforja, de colores chillones, una tela rica y blanda que extendió en la hierba para que el señor don Gil se recostase.

El mozo gentil se ruborizaba de gusto ante estos honores que le hacía el ilustre Señor de Astorga.

—Bendigo—murmuró Gil con la mano sobre el pecho—los duros caminos que nos trajeron a tan suave acogida... Mi nombre es don Gil de Valladares y el solar de mi padre es bien afamado y bien honrado en nuestra tierra de la Beira...

Con los dedos gruesos, que remataban en uñas muy agudas, corvas, el señor de Astorga aguzaba la punta de la barba pensando:

—Valladares, Valladares... Un don Ruy de Valladares conocí yo en Coimbra que tenía casa de buena piedra en el barrio amurallado, al pie de la Catedral, y era veedor del señor don Sancho II de Portugal...

—Mi abuelo...

El señor de Astorga dióse una palmada en la cadera.

—Pues soberbio abuelo tenéis, señor don Gil, hombre de buena alegría y hazaña... Muy bien me acuerdo de una tarde de Mayo en Lorvão... Pero mejor van a la hora de siesta las historias alegres... Ahora todo ese sudor y polvo están pidiendo agua clara y lustral...

Y delante de don Gil el ondulante Harbrico sostenía en una de las enormes manos velludas una bacia de plata, y en la otra una toalla fina que arras-traba sobre la hierba las blondas ricas de su franja. ¡Con qué delicia se lavó la cara! Del agua salía un aroma de benjuí. Y una frescura penetrante calmó de repente toda su fatiga de los yermos atravesados... Pero ya el ágil Harbrico había arrojado toalla y bacia, y volvía, todo él ondulando, con un denso manojo de plumas rutilantes de gallo; y tan fina y diestramente le sacudió el espeso polvo de los caminos, que la sobrevestidura negra y los botones de cuero rojo parecieron como nuevos, como si no hubiesen servido, y las espuelas de oro refulgieron con un centellear insólito...

Don Gil se maravillaba sobre manera. Y por detrás de él Pero Malho, habiendo limpiado y colgado las armas de su amo y echado a pastar a las dos mulas junto a los dos corceles negros, contemplaba al señor de Astorga con asombro y desconfianza. Era sobre todo aquel tupé de cabellos levantados sobre la frente, como una cresta flameante, lo que le inquietaba. ¿Y qué alforja era aquella que contenía en su estrecha bolsa bacías de plata, toallas de lino fino, toda la vajilla de una mesa real y tapices de fino damasco? ¿Y dónde había habido más refulgente mirada, negra como una hendidura del infierno, que la de aquel extraño Harbrico?... El buen Pero rascábase la barba, con un deseo que le invadía de gritar de repente, por

encima del hidalgo y del escudero y de las alforjas, el nombre ahuyentador de Jesús, María y José.

Pero precisamente Harbrico colocaba delante de los caballeros una deliciosa e irresistible merienda. Eran gordas perdices asadas, un vasto salmón frío y color de rosa, con una salsa y un olor de clavel que perfumaba el aire; cestos de albaricoques y uvas como sólo había en los huertos del Rey... Y a las botellas cubiertas de venerables envolturas negras, echadas cuidadosamente en la hierba, el diestro Harbrico juntó jarros de vino espumeante y blanco que había traído de entre la espesura del bosque y donde centelleaban trozos de hielo. Hambriento y sediento, el bravo Pero abrió los labios, de donde se escurría una baba. Y con convicción pensó: "Vengan de Dios o vengan del diablo, cuando hay hambre y sed, no se rechazan vino ni perdiz..." Y servilmente, fraternalmente, sonrió a Harbrico, que mostró también la gran dentadura amarilla y aguda como la de un lobo...

Todos aquellos buenos manjares y la frescura de los vinos encantaban sobremanera a don Gil. El, que en Gonfalim, en las fiestas de la casa solariega, siempre había sido indiferente a los mejores regalos del horno y de la bodega, ahora, desde que en aquel fresco prado se había extendido al lado del señor de Astorga, sólo pensaba en los regalos de la buena merienda... Al enterrar

la navaja aguda en el pecho de la perdiz sonreía con los labios lustrosos como un fraile glotón, y cuando Harbrico echó en la enorme taza de plata un vino helado que espumeaba, su mano de caballero temblaba de gozo y de gula. El señor de Astorga sólo cogió algunos granos de uva. Pero, ¡qué manera de beber!... Rechazando las tazas, agarraba con su enorme mano velluda los garrafo- nes, y de un trago breve y ansioso los vaciaba, sin que en su barba roja quedase un brillo de humedad. Y entre tanto, se preocupaba de la satisfacción de Gil.

—Probad de aquella empanada de Alsacia. Aquella pimienta amarilla viene de las pimenteras del Papa...

Después, extendiendo más en la hierba sus largas piernas, calzadas de botas negras:

—¡Hay en verdad horas dulces en la vida!—observó—. ¡Qué mejor alegría que una buena merienda con esta frescura de vinos, en una cálida siesta de Agosto, entre este hermoso verdor!...

—¡Gran razón tenéis, señor de Astorga!—exclamó don Gil, cuyos ojos resplandecían y que había vaciado una copa de vino de Chipre—. Y después de tan fea jornada como vengo pasando desde que entré en tierras de León, esta hora que os debo es muy para ser recordada...

El señor de Astorga, posó, sonriéndose, sus ojos redondos en don Gil y dijo:

—¡Mucho me recordáis a veces en el gesto, en

el decir, a vuestro abuelo don Ruy!... ¿Y para dónde caminais así en tan larga jornada?...

—A París, señor de Astorga.

El señor de Astorga meneó lentamente la cabeza.

—Gran ciudad, fina ciudad... Buenos amigos tengo allí... En la Corte y en las escuelas...

Fué una interesante sorpresa para el señor don Gil. ¿Cómo? ¿El señor de Astorga conocía así París y sus escuelas? Más ventajoso aún había sido, pues, aquel encuentro, pues de él podría sacar gran enseñanza y consejo. Que hacia las escuelas de París, iba en aquella jornada... Pero poco sabía, en verdad, de los maestros que allí enseñaban y de los usos de los estudiantes con quienes iba a alternar como camarada y de los preceptos que se imponían a quien buscaba la sabiduría... Sólo estaba seguro (que así era fama en Portugal) de que quien deseaba aprender debía ir a las escuelas de París. Allí estaba la verdad...

El señor de Astorga alzó con solemnidad su pesado entrecejo, alargó los ojos claros y soltó esta sentencia:

—Para la gran sabiduría sólo hay en la tierra una escuela.... y esa está en Toledo.

Y como Gil le miraba perplejo, añadió:

—¿Qué pretendéis aprender?

—Las artes médicas...

El señor de Astorga encogió los hombros con amplio y enorme desdén y dijo:

—¡Oh! Para eso, de seguro tenéis en París maestros que basten... Y hasta en Zamora encontraréis al buen físico árabe Reimão Esterravia... Y hasta en vuestra Coimbra tenéis un hombre profeso en esa ciencia, que todo os lo podría enseñar, en el maestro Esteves Garracho... Pero vos, señor don Gil, un mozo de tan buen porte y de ánimo tan elevado, que seguramente amáis la fama, ¿cómo queréis rebajaros en saber tan mezquino?

Don Gil, que se había ruborizado ante los loores, murmuró sorprendido:

—¿Y qué otro saber hay más?

Pero una risotada aguda, silbante, carcajosa, resonó por detrás entre los troncos de los árboles. Y los dos caballeros, volviendo el rostro, vieron a Harbrico sentado en la hierba al lado de Pero Malho, vituallas y botellas puestas delante, que se retorció con las manos en las caderas flacas, la boca hendida en una deforme hilaridad, gritando “¡que reventaba!”, mientras al lado, inclinado sobre él, con los ojos brillantes, el dedo estirado, Pero Malho le secreteaba una historia. Los dos criados, sentados uno enfrente de otro, conservaban una gravedad sombría.

—¡Divertido escudero tenéis, señor don Gil!— murmuró sonriendo el señor de Astorga—. Y por la viola que le vi al hombro pienso que sabe trovar. Ocasión tendré de oírle por esos caminos ahora que hay luna, porque, como vais a Segovia,

nuestro camino es el mismo hasta Zarro... Y ahora deberíamos descansar y echar la siesta a la morisca para montar y salir con la frescura de la tarde...

E inmediatamente don Gil sintió que los ojos se le cerraban, y reclinado en el cojín de terciopelo, dulcemente se adormeció. Pero adormecido sentía la frescura de los grandes árboles y veía el brillo del claro lago, y sin saber ya si era la viola de Pero Malho la que tocaba, comenzó a oír unos sonos muy lentos y dulces que temblaban como saliendo de cuerdas afinadas. Después una fina flauta suspiró; luego brotó un gemido de arpa, en seguida una dulce y grave melodía pobló tan completamente el bosque como si fuesen las ramas las que cantasen. Y era un canto todo de adoración, pero contenido, apenas murmurado, como de una multitud invisible que extáticamente esperaba una aparición maravillosa. Una inmensa languidez arrulló el aire. Todo el sol que caía en el agua y en las hojas refulgió con un centelleo más intenso...

Pero el canto ascendía más ardiente, cuando por detrás del puente de la isla que verdeaba en medio del lago, surgió la proa de una barca que tenía la forma de un cisne todo erizado y nadando. Y fué entonces sólo un murmullo infinitamente dulce, errando en la umbrosa espesura del arbolado. Lentamente la barca avanzó, y en ella, de pie, venía una mujer de belleza maravillosa. Entre

el vestido negro que la cubría, su cuello y los hombros desnudos destellaban una claridad como la de la nieve bajo el sol. Sobre el manto negro, cuyos pliegues descendían pesados y rígidos, llenando la barca, sus inmensos cabellos caían, formando otro manto de oro viejo. Ninguna joya la adornaba; una languidez negra y profunda casi cerraba sus ojos, y en sus labios rojos erraba la tristeza de una sonrisa. Lenta y serena, la barca hendía el agua sin dejar surco, y poco a poco el canto, en derredor, en la fresca arboleda, era más distante y vago...

Cuando la barca tocó en la margen de la pradera verde, el cántico acabó y sólo hubo en derredor un éxtasis mudo del verdor, de las aguas, de la luz... Don Gil esperaba sin moverse, deslumbrado... Entonces, la mujer maravillosa dió un paso lento en la hierba; después otro; su gran manto arrastrábase pesadamente, y bajo la orla de su vestido brillaba la blancura de sus pies desnudos... Así se acercó dulcemente a don Gil, cuyo corazón palpitaba ansioso; y a medida que ella se aproximaba a él, el casto mozo advertía que el pesado vestido negro y el pesado manto negro se adelgazaban y se tornaban transparentes. Ya dejaban distinguir bajo sus pliegues las vagas blancuras de un cuerpo divino. El largo manto no era más que un velo tan tenue que ni doblaba las puntas finas de las briznas de hierba. El vestido era tan fino, que se pegaba a los senos y se enrollaba a las rodillas. Y cuando la mujer maravillosa se

acercó junto a su rostro, toda su desnudez, más bella que la de Helena y la de Venus, resplandecía más blanca bajo la tenue niebla de una gasa negra...

Entonces aquel cuerpo maravilloso se inclinó sobre él, que le sentía el calor y el perfume. Y los labios rojos y fuertes posaron en los suyos, que temblaban, un beso tan profundo, que un gran grito de goce doloroso se exhaló de su pecho... Despertó...; y a su lado, ya de pie, con su ancho sombrero puesto, el señor de Astorga ataba al cinto la espada.

—¡Buena siesta echamos, señor don Gil! La tarde es fresca y es tiempo de cabalgar... si queremos aún hoy llegar a Alba de Tormes.

Don Gil aun temblaba. Y sus ojos inquietos buscaban en derredor, en una nostalgia de aquel sueño divino que había terminado...

Montó silencioso en su mula, que Pero Malho ya sujetaba por la rienda. Y cuando salió de aquel dulce prado aun se volvió en la silla, miró la hierba, el agua serena del lago, la isla, la arboleda toda, y un suspiro se le exhaló de los labios...

Mucho tiempo cabalgaron callados. El camino iba ahora entre grandes arboledas, fresco y risueño... (1).

(1) Aquí termina el manuscrito de Eça de Queiroz, que la muerte dejó truncado, en Agosto de 1900, cuando el gran novelista trabajaba en esta maravilla de hagiografía escrita con el poder de observación y el estilo plástico de una novela realista moderna.—*N. del T.*

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.— <i>La vida preliteraria.—Años de infancia y de formación intelectual:</i>	
I.—Patria de Eça de Queiroz.....	5
<i>Se inicia la vida literaria y bohemia en Lisboa:</i>	
I.—El ambiente literario.....	21
II.—Primeras producciones de Eça de Queiroz.....	36
III.—“As Farpas”.—Eça ocupa su primer cargo oficial	49
IV.—Sus puestos consulares.—Las primeras novelas.	56
V.—Período de madurez en Eça de Queiroz.—Su matrimonio.—Sus novelas últimas.—Su muerte	64
I.—San Onofre.....	71
II.—San Frey Gil.....	173





BIBLIOTECA NACIONAL



1001980947